OSVALDO BAZIL

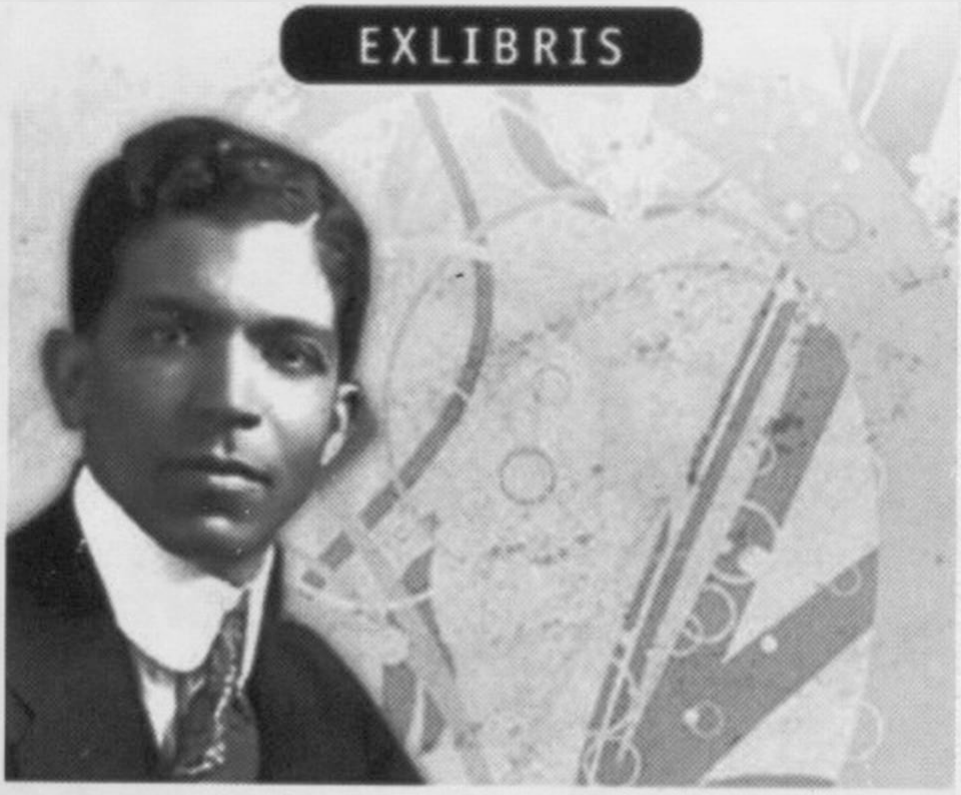
TAREA LITERARIA Y PATRICIA

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

LA VERONICA
LA HABANA. 1943

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EXLIBRIS



Héctor Boog
COLECCION

ABR. 7 1972

BN
865.42
B363Ta

I

TAREA LITERARIA

669396

VIDA Y MUERTE DE FABIO FIALLO

(Discurso en el Círculo de Bellas Artes)

Señoras y señores:

Bajo el palio impalpable de un fervor acendrado, acércome humildemente, a esta tribuna, para compartir el homenaje que el Círculo de Bellas Artes consagra en esta noche al poeta Fabio Fiallo. Estrecho desde aquí las manos aferradas al recuerdo del gran poeta desaparecido, que pasó por la vida repartiendo, en sus estrofas, los diamantes de su espíritu.

En esta ilustre Casa, hogar de valores artísticos, se sintió el poeta Fiallo, en casa propia. El la añoraba de lejos, la amaba de cerca, hasta el grado de que, cuantas veces llegó a La Habana, antes de buscar hotel, deteníase largo tiempo en ella con su equipaje a la puerta, calmando así viejas saudades, y, como si con ello quisiera demostrar su deseo de recibir en esta Casa, los primeros abrazos de sus amigos predilectos de Cuba.

Cúmplese hoy, justamente, un mes de su fallecimiento. Y este Círculo de hombres de buril, de pincel, de pluma y de citara, congrega a los admiradores del poeta, para llorar juntos, un luto de la América soñadora, que mi patria dominicana, considera tan suyo, que

sale al camino a recoger con mano agradecida, los tributos rendidos a su bardo insigne.

Emociona mi palabra la presencia de fieles corazones que veneran esta noche la gloria de aquel poeta, que caminaba las calles, como un cansado péndulo, llevando en sus hombros un tálamo de ensueños, y en sus ojos cargados de preguntas, las respuestas de los astros cuando se despojan de sus túnicas de oro.

No me fué dable para mí, evadir ni declinar mi palabra en esta ceremonia de recordación, a pesar de que mi soledad rehuye el instante de enfrentarse a la atención escrutadora de todo auditorio, por benévolo que éste sea. No miréis, pues, en mis palabras, sino la conmovida oblación de un ramo de laurel que deposito sobre el sepulcro recién abierto del eximio rimador de amores, a quien me unió, desde mi lejana adolescencia, una perfecta y cordial intimidad que me otorgó su cariño. Os hablaré del poeta, del político, del patriota que brillaba y ardía en los latidos del corazón del Fabio Fiallo. Pero, ante todo, y sobre todo, hablaré del poeta, ya que esta genial modalidad suya, fué, desde que abrió los ojos en la capital de Santo Domingo, hasta que los cerró para siempre en Cuba, la predominante característica de su vida.

Nació Fabio Fiallo en la Ciudad Romántica de Santo Domingo de Guzmán. Natural era, señoras y señores, que esta ciudad de aventura y de mando, propiciara a sus rimas el nido de encaje o el cofre de marfil y oro, donde se perfumó su cálida primavera sentimental. La rima de Fabio circulaba por los jardines hasta prender, en los rizos negros o los cuellos blancos, sus diamantes encantados. ¡Bellos los tiempos idos, que

ya nunca volverán a despertar del sueño eterno, al nostálgico Romeo de estas islas suspiradoras del Caribe! Fabio esperaba a sus Julietas y a sus Ofelias, a la salida de los templos, o las acompañaba en los parques frondosos o por las marinas alamedas. El poeta, de esta suerte, convierte su vida en un paraíso en éxtasis. ¡Vivir su paisaje, morir de su tedio, embeberse en su mística luz, es cumplir, a plenitud, la misión poética que todo soñador trae a la tierra! Es el caso de San Juan de la Cruz y de Juan Maragall; o ser torrente majestuoso: es el caso de Hugo; empapar los ponientes de gemas enfermas: es el caso de Verlaine; o ser infierno de geniales ráfagas: es el caso de Arturo Rimbaud; o producir un sabio ensortijamiento de perfectas rosas: es el caso de Rubén Darío; o ser incendio de astros o taller de gematizaciones estupendas: es el caso de Lugones, hijo de Hugo y de la pampa andina; o correr caricioso de fuente de luceros: es el caso de Fabio Fiallo. En la imposibilidad de traer aquí todos los nombres de los grandes poetas, cierro estas citas con los ilustres nombres gloriosos de Amado Nervo, de José Asunción Silva, de Herrera y Reissig y de Olavo Bilac, entre otros muchos que fueron ejemplos de dignidad en la vida y en el arte. La humanidad ha tenido mayor número de grandes poetas de lo que cree a simple vista. Sólo le es superior en número la cifra de los poetas fracasados. Porque el hombre prueba la conquista de la poesía antes que la conquista de la ciencia, de la espada o del oro. Pero, la lira no se deja conquistar sino por los elegidos.

A Fabio Fiallo se le entregó la poesía, como novia fascinada. Y le fué fiel y perduró en sus manos hasta la hora de su muerte. La lírica de Fabio, conservó la

frescura siempre. El no le quebró el cuello a la imagen. No abrazó modalidades nuevas. Sus moldes de expresión estaban tan arraigados en él, que no le hubiera sido dable trocarlos. Recibió, desde el principio, poderosa influencia de la estructura poemática de Heine, Musset y Bécquer. Todo poeta es eco de otros poetas. La poesia recorre desde el rompimiento de la primera aurora del mundo, una misma escala o trayectoria de Belleza.

Admirable fué en Fabio Fiallo su apasionante tarea de rondelista inagotable que convierte cada hora en canción de su vida.

A los doce años comenzó Fabio Fiallo a rimar endechas a las infantiles novias de colegio. Sus rimas vírgenes se pierden en la rosada atmósfera del aula donde aprendió primeras letras. Luego escribía las letras para las canciones populares que los trasnochadores diluían en los jardines de las Julietas del Trópico. Tradujo la poesía de Alfredo de Musset: *"Acuérdate de mí"* . . ., a la cual le puso música inspirada el inolvidable músico cubano Marín Varona, que a la sazón dirigía en Santo Domingo una compañía de zarzuela. En el año 1890, se cantó mucho en Santo Domingo y en Cuba esta romanza. Recuerdo que comenzaba:

"Acuérdate de mí cuando la aurora
abra su alcázar encantado al sol..."

La tierra dominicana siguió por muchos años entregando su alma, a esa música sentimental.

Ya el poeta tiene veinte años. A poco, abandona los estudios que él siguió luego a su modo y de modo desordenado. De ahí, que se librara de la monótona librea académica. Apretaba, entre sus dedos, los péta-

los de los fáciles amores iniciales. Aprendió a traducir la lengua de Moliére, y leyó clásicos del Siglo de Oro español. Leía con devoción a Musset, Lamartine, Heine, Don José Zorrilla y a Gustavo Adolfo Bécquer. Y, así, siguió sumando cultura, sin plan ni método; sin especializarse en nada, pero sabía de todo un poco. En cierto modo fué un autodidacta, llenando los vacíos que una ausencia de disciplina cultural había dejado en él. A los veinticuatro años, había logrado los más bellos aciertos de su lira: *"For Ever"*, *"Misterio"* y *"En el atrio"*, son, a mi entender, sus mejores poesías, y fueron escritas cuando el poeta tenía veinticinco años.

El cofre de romanticismo que es Santo Domingo, Primada de América, fué marco ideal para su espíritu bañado de altas melancolías. Todo gran poeta obedece al espíritu de la ciudad que nutre con sus jugos y lujos, su infancia, su adolescencia y su juventud. Entre murallas que respiran cansados aires de siglos, rotos fortines, penumbrosas iglesias, y suntuosas catedrales, y entre apagados ecos de monjes y huellas de espuelas de conquistadores, ¡qué bien se siente el alma de los soñadores!

Santo Domingo, vió en estos últimos cuatro lustros, en su espacio literario, formarse y desaparecer los mejores astros de su lírica nacional. Gastón F. Deligne, gran poeta leproso que suprimió con mano propia la agonía de su carne enferma, cuando ya la gloria le comenzaba a sobrar en el país; Arturo Perellano Castro, el genuino y verdadero vate, de fácil inspiración, que quemó en el alcohol, sus cualidades eminentes hasta que su pobre corazón se le rodó del pecho a la tumba. Y Enrique Henríquez, melódico nocturnista, susurrador vo-

luptuoso de encendidos epitalamios, que muere viejo. pero dejando la impresión de morir joven aún, porque murió como había vivido: en un perenne y fastuoso señorío del espíritu. Cierra con su muerte esta angustiosa procesión de sombras homéricas Fabio Fiallo. ¡Qué vacío tan grande dejan en el templo del arte dominicano, estos tronos vacíos! Ellos elevaron la gloria, la impulsaron en el lomo del pegaso ilustre por los patrios horizontes. Fabio fué más dichoso que los otros. Su renombre sumó más palmas en el extranjero. Fué el más conocido. Cultivó relaciones con cenáculos y fué amigo personal de grandes poetas. Viajó desde temprano y sintió cerca de sí la sal de los vientos marinos. En Caracas, publicó un libro, prologado por el egregio estilista Manuel Díaz Rodríguez. Este bello prólogo de maravilla, lo escribió el ilustre venezolano, alrededor de un verso de Fiallo, que dice:

"En la fronda cantaba el ruiseñor..."

Díaz Rodríguez explicaba que el milagro se producía porque el poeta llega y dice con suma sencillez:

"cantaba el ruiseñor".

Fabio Fiallo, vivió en La Habana en distintas épocas. Residió en Hamburgo. Allí encontró traductor al alemán para sus cuentos y sus versos. Más tarde encontró traductor al italiano. Residió en New York, y allí fué traducido al inglés. Era un espíritu inquieto, un andariego de profesión. En Santo Domingo, no cesaba de andar día y noche. Por donde quiera se tropezaba uno con Fabio. Recorría la República. Allá era querido y admirado de todos. Con la vejez llegó a ser un hombre-institución. Detenía a los amigos en las calles para

recitarles los versos que acababa de escribir. Siempre estaba proyectando un viaje, o una nueva edición de su único libro, recopilación de libros anteriores, titulado *"La Canción de una Vida"*.

Como el ruiseñor, no podía Fabio permanecer quieto un minuto. Y como el ruiseñor hace, también lo hizo Fabio: al menor descuido, se escapaba a otras costas, a otras playas, a otros cielos, sin mutilar el canto en la soledad, sino que lo elevaba más alto y le doblaba la porción de queja.

Fué Fabio Fiallo, el último de los grandes poetas dominicanos que supo mantener con gallardía el cetro de la preeminencia lírica. Os voy a decir unos bellos versos, que bastarían para justificar su fama. Quiso su cariño dedicarme esta poesía, por considerarla entre las mejores de su libro.

BALADA FUNEBRE

(A Osvaldo Bazil)

A veces, al tocarme
con las manos el pecho,
mudo de espanto escucho
un ruido sordo y lento,
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas,
sobre un antiguo féretro.

Entonces, por mis ojos
que el llanto dejó secos,
como visión fantástica

pasa, triste, el recuerdo
de aquel amor tan puro
que iluminó mi pecho,
dejándolo más tarde
oscuro como un féretro.

También ante mis ojos,
ansiosamente abiertos,
de otra visión fantástica
pasa el tenaz recuerdo...
Y pienso que ella vive,
que goza y triunfa pienso,
mientras callado oprimo
con mis manos un féretro.

Y digo: si es la misma
que iluminó mi pecho,
por qué si alienta y goza,
bajo mis manos siento
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas
sobre un antiguo féretro?

Y busco, y analizo,
y con espanto advierto,
que si en verdad existe
la que abrazó mi pecho,
algo que en mí vivía
quedó por siempre muerto,
y aquí en mi pecho yace,
cadáver en su féretro.

Sin ser Fabio Fiallo un seductor de mujeres, un perseguidor de hadas o de ninfas, sin ser propiamente, un Don Juan, en la ruin y arbitraria interpretación de este personaje de Tirso, entregaba en cada conquista las llaves de su corazón. Entonces no veía sino al través de los ojos de la amada, y no oía sino a través de su voz. Favorecido por Venus, natural era que ella ocupara el solio radiante en los azules dominios de su numen de poeta. ¡Qué bien supo siempre Fabio Fiallo, manifestar, sorprender y fingir la estrategia de un abandono, cuando más cerca de él sentía el roce de una promesa edénica o de un beso idílico. Nunca se sentía tan dichoso, ni tan bien acompañado, como cuando se encontraba en Cuba, entre poetisas bellas y jóvenes. El hombre de amor no había muerto en su espíritu, a pesar de la edad provecta. Todo momento lejos o fuera de las novias reales o imaginarias, era insulso y aburrido para él.

Del límpido joyel de sus cánticos de amor, escojo al azar, una poesía que estimo como joya bien lograda. Oídla:

EN EL ATRIO

Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
ay, todos, menos yo!

A la par que crecia en Fabio Fiallo, el árbol impresionante del poema, ganaba también en maestría en el cuento de corte elegante, con dejo psicológico a la manera francesa. Su cuento "*El Príncipe*", es sencillamente obra maestra. "*El último Ramo* ", entre otros cuentos que formaron un volumen, le asigna categoría entre los mejores cuentistas en lengua castellana. Ese cuento escrito y vivido en La Habana, expresa una imborrable emoción. El poeta, una tarde de carnaval, entra en el corzo con un ramo de rosas en la mano, buscando a la más bella para lanzarle el ramo. Se desespera de tantas idas y vueltas por el Prado y Malecón, sin decidirse por ninguna. Y ya al final de la tarde, descubre en un balcón una sonrisa de mujer... y le lanza las flores! Era la más fea de todas, a la que probablemente nadie le rindiera un homenaje en la ebria y bulliciosa tarde de un carnaval habanero, la que recibió el homenaje del ramo de flores.

Fabio se casó tres veces con damas dominicanas.

Señoras y señores:

Rozaré el aspecto patriótico, político y guerrero de Fabio Fiallo. El periodista precedió al político, y el soldado precedió al patriota. Pero, por sobre el político y el guerrero y el periodista, culminó siempre el poeta. Periodista vibrante y soldado valiente. Su pluma acerada no la humilló jamás ninguna tiranía. Cuidó siempre que la política no manchara su nombre. Siem-

pre fué altanero, susceptible. Su péñola era viril pero no virulenta. Por sus nobles campañas patrióticas contra la ocupación extranjera en nuestro país, fué condenado por la justicia prebostal a trabajos públicos. Se le vió barrer las calles vestido con el traje de presidiario. Hubo un momento en que se creyó que sería condenado a muerte, y fué entonces cuando sus nobles amigos de Cuba, alarmados, iniciaron una campaña mundial para obtener garantías para la vida del poeta. Esta campaña tuvo tal repercusión en Washington, que el Presidente Wilson ordenó que fuera puesto en libertad. Inmediatamente se sumó a la campaña que, por la libertad de Santo Domingo, presidiera el herido patriotismo del doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente de la República, en el momento aciago en que se proclamó la ocupación militar norte americana.

La política le trajo a Fabio Fiallo más amargores que honores. Unos cuantos consulados y tres gobernaciones provinciales, no valen, ¡no! las prisiones sufridas, las persecuciones y las tribulaciones que padeciera. Luchó por la palabra libre, por el pensamiento libre, por la libre conciencia ciudadana, desde las columnas de los diarios. Esta prédica le restaba fuerza y confianza de los caudillos de su adhesión partidaria, porque, en el fondo de ellos siempre hay un dictador o un usurpador del poder. Y con la pluma de Fiallo, ningún tiranuelo podía contar.

Fundó con Tulio M. Cestero, en 1904, el periódico *"La Bandera Libre"*, y desde sus columnas combatió al Presidente de entonces, Carlos Morales Languasco, a quien él había ayudado a escalar la altura del solio presidencial. De esta campaña de prensa le sustrae el

Servicio Exterior de la República, y fué nombrado Cónsul General en Hamburgo. Ya lo había sido antes en La Habana. De Hamburgo pasa al Consulado General de New York. Allí escondió al poeta Chocano en el Consulado, perseguido de la justicia, hasta que logró embarcarlo para Cuba, disfrazado de fraile, con un pasaporte dominicano. De Cuba pasó Chocano a Santo Domingo, acompañado del grato y talentoso Rafael Octavio Galván, para ofrecer recitales. De este modo cesó la persecución judicial a Chocano.

Durante la presidencia de Don Juan Isidro Jiménez, opositor infatigable del tirano *Lilís*, fué Fabio Fiallo, encarcelado innumerables veces, por orden del Fiscal, que encontraba delictuosos sus ataques oposicionistas contra dicho Primer Mandatario.

En una de esas veces escribió en la cárcel su célebre poema *"Los Odios"*:

"¡Qué alegres estarán los negros odios!
¡Qué alegres con su hazaña!

Fabio Fiallo fué un hombre-mástil, en los anales del periodismo doctrinario dominicano, como lo fuera también el eminente doctor Francisco Henríquez y Carvajal, que tenía, como José Martí, la paloma en el pecho, y en la mano un lábaro de probidad; como lo fueran también Miguel Angel Garrido y Rafael Justino Castillo, plumas de cristal de roca, y, en el corazón, un nido de aromas. Así fué también Fabio Fiallo. Era Fabio hombre prendado de la amistad. Hombre más que para el hogar, para la tertulia de parques y cafés. Quien lo tratara una vez, lo quería para siempre. De ahí

sus fraternales relaciones con Rubén Darío, a pesar de no ser Fabio hombre dado a las báquicas libaciones. "Alma de perla y trato de seda", dijo de él Rubén.

Deliciosamente cansado parecía siempre Fabio Fiallo. Paseaba su cansancio con deliciosa indiferencia por entre las rosas de los salones o por entre las balas en las revoluciones fraticidas dominicanas. Su sonrisa fué siempre la misma ante los asaltos a las ciudadelas que ante las rejas silenciosas de las amadas.

Figuró en varias revoluciones y alcanzó grado de General. Su reputación de hombre valiente nadie la puso en duda. Tomó por asalto la Ciudad de la Vega Real, donde Colón diera su primera y única batalla en América, frente a los bravos indios quisqueyanos, venciéndolos en el Santo Cerro, pequeña colina a orillas de la Vega Real. Fabio descendió de este Cerro, y entró en la ciudad vegana, delante de sus tropas, venciendo la resistencia de sus defensores. También entró victorioso en la ciudad de Samaná. De ambas ciudades fué gobernador, y luego, también lo fué de la Capital de la República. Una vez tomadas estas poblaciones ofrecía garantías y respetos a sus pobladores. Ni un preso, ni un confinado a otra provincia, ni un atropello se registró despus del día de la victoria. El Poder no era en sus manos rastrero ni mísero. Siendo gobernador de la Capital de la República, le escribió una carta a Rubén Darío, que se encontraba en París, comunicándole que estaba en el camino de la Presidencia de la República, que no tardaría mucho en escalar esa posición. Le prometía fraternal ayuda, recibirlo y tratarlo como a príncipe, proporcionándole una agradable situación económica. Rubén, emocionado y agradecido me mostró en París,

esa carta. Me pidió mi opinión sobre las posibilidades presidenciales de Fabio.

—Fabio sabe que él no llegará a la Presidencia,— le contesté.— Sueña con un sueño irrealizable. El no tiene un ejército detrás que lo apoye con las armas en la mano. En Santo Domingo, querido Rubén, como en tu amada Nicaragua, se llega al poder por medio de una revolución o de una traición. Y Fabio no es hombre que traiciona. Esto ocurría así en el 1902. La carta fué escrita en el 1904.

—Entonces, ¿tú no crees en la Presidencia de Fabio? . . .

—No creo. No tiene armas, ni dinero, ni soldados. . .

Rubén asintió, y con cara entristecida, me dijo:

—¡Qué pena! ¡Qué pena! . . .

Unos años después, en una conferencia anecdótica que pronuncié en Santo Domingo, sobre el caso literario de Rubén, en América, Fabio ocupó el primer asiento en la primera fila para oírme mejor. Y al referirme al generoso gesto de la carta de Fabio a Rubén, con gran sorpreta de mi parte, Fabio, que parecía cada vez más sordo, se levantó de su asiento y se marchó, visiblemente disgustado. Si mencioné este episodio de la quimérica Presidencia de Fabio, no fué con ánimo de mortificarle, sino para destacar el candor de dos poetas: el de Fabio, creyendo en la Presidencia, y el de Rubén, creyendo en Fabio. La sordera de Fabio Fiallo siempre fué para mí motivo de muchas bromas con él. No creía yo en su lesión auditiva, sino en su falta de atención. Fabio, cuando quería oír, lo oía todo. Al día siguiente de mi conferencia, me visitó para pedirme que suprimiera

el episodio de la carta a Rubén. Se lo prometí y lo cumplí al imprimirla en Cuba. Fabio era un hombre que se preocupaba mucho de cualquier detalle, por pequeño que fuera.

En el 1903, sitiada la Capital Dominicana, por una revolución poderosa, es decir, toda la Nación en pie de guerra contra Morales Languasco, que disponía sólo de la Capital, defendida por la juventud que le era adicta, Fabio Fiallo y Tulio M. Cestero eran jefes de puestos militares dentro de las murallas que circundaban la ciudad. Yo me encontraba en la *Puerta del Conde*, en donde fué dado el grito de Independencia patria. Fabio se presentó allí una madrugada para invitarme a salir con él y un grupo de jóvenes, a interrumpirles el sueño a las fuerzas sitiadoras. Le seguí con entusiasmo. Tenía yo dieciocho años y fué mi bautismo de fuego. Fué así como quedó sellada para siempre nuestra intimidad que nada pudo borrar ni entibiar, a pesar de la gran diferencia de edad que nos separaba. Se batió Fabio esa mañana con la serenidad de siempre, y como si en vez de balas recibiese flores. El Presidente Morales, reaccionó favorable y fulminantemente en toda la República y la hizo suya. De esta situación política partió la corta carrera militar de Fabio, que, luego trocara por el espadín consular, pero no logró ser ministro ni dentro ni fuera: ¡Injusticia sin nombre! Infelices los pueblos que viven de espaldas a sus grandes valores literarios que, en resumidas cuentas, son los que saben despertar y mantener en alto el prestigio de las naciones. También iba en el grupo de improvisados combatientes, el poeta Arturo Perellano Castro, el que más tarde llegaría a ser el poeta nacional por excelencia. En sus

BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA REPÚBLICA DOMINICANA

"Criollas", aprisionó como nadie el alma campesina dominicana, rústica, cándida, simple y enamorada.

El valor sereno de Fabio Fiallo, quedó consagrado en las audaces campañas de esa época. Recuerdo haber oído contar en mi adolescencia, un disgusto que tuvo Fabio en el *"Club Unión"* de Santo Domingo, con un bizarro Gobernador del negro tirano *Lilís*. Cada gobernador de ese régimen, gozaba de crédito de fiera o de alimaña salvaje. Este Gobernador, hombre apuesto y bien plantado, por cierto, era el General Arístides Patiño, quien ofendió a Fabio en una mesa de juego. Fabio se retiró. Se armó. Y esperó que el General Patiño abandonara el *"Club"*, camino de su casa. Fabio le siguió los pasos, y cuando ya el General Patiño se encontraba en su aposento, Fabio le golpeó duramente la puerta y le invitó a dirimir la cuestión personal, sin testigos, en la calle. Y en alta voz le dijo: "Salga usted, ahora mismo, que estamos solos, o de lo contrario, usted es un cobarde". Patiño no salió. No abrió la puerta. Desde adentro le pidió excusas y le dió explicaciones. Y eso que, su casa quedaba casi frente a la Gobernación y a la fortaleza *"Ozama"*, en cuya entrada había soldados con bayonetas caladas.

El Presidente *Lilís*, se enteró de esta escena y le dijo a su Gobernador; "que no peleara nunca con los poetas, porque era más peligroso pelear con ellos que con los lobos..."

En La Habana también tuvo Fabio un momento muy difícil. Sólo su presencia de ánimo pudo salvar la tragedia. En el *Unión Club"*, el Conde de Casa Romero, quiso zaherirle, no sé por qué cuestión, también en una mesa de juego. El Conde Romero era un hom-

bre que gozaba fama de ser violento y agresivo. Fabio lo llamó al balcón y le planteó la cuestión con su habitual serenidad. Todo se arregló, y al fin, quedaron siendo buenos amigos. Cuando el Conde Romero, años despus, en Barcelona, me contara este incidente, afirmo: "Fabio Fiallo, es *"hombre y medio"*, *"hombre y la parte*. como me dijo, con su peculiar acento dominicano, esa noche en el *"Club"*, con sereno y viril aplomo. . ."

Cuando años después le refería yo esto a Fabio, me contestó: "Nunca ví más cerca de mí la tragedia. El Conde era hombre de carácter violento y peligroso. Con él no había cuestión a medias. La situación había que despejarla sin vacilar, porque si el Conde me levanta la mano, allí mismo lo mato."

Era una vieja costumbre de la mejor juventud dominicana pararse en grupo, en las puertas de los bailes de barrio para escuchar las dulces notas de los valses y las bellas melodías de las danzas. El tirano *Lilís*. aquél déspota que ahogó en sangre y crimen la libertad política dominicana, durante doce años de Poder, solía también deslizarse en esos grupos de jóvenes, disfrazado de mendigo, para escuchar si alguien hablaba mal de su política opresora. Fabio, en uno de esos grupos, censuraba, una noche, los tribunales de justicia por su vil plegamiento al tirano. Cuando Fabio se retiró, *Lilís* le siguió paso a paso, discretamente, hasta que Fabio llegó a las puertas del hogar paterno. Allí lo alcanzó *Lilís*, y entabló con él un diálogo sobre lo que él había oído de labios del poeta. *Lilís*, seguía fingiendo ser un mendigo de lejanas tierras del interior. Le pedía, no una limosna, sino que le siguiera exponiendo su opinión so-

bre lo que debe ser la justicia y los jueces. Fabio empezó a sospechar. Despidió de mala manera al mendigo y entró en su casa. El padre de Fabio era *lilicista*, y desempeñaba, a la sazón, el cargo de Interventor de la Aduana capitaleña. Al día siguiente, el Presidente *Lilís*, mandó a buscar a Fabio a su despacho. Cerró la puerta y le dijo: "Yo soy el mendigo de anoche, y quiero dejar en sus manos este recuerdo..." Era un sobre conteniendo su nombramiento de Fiscal del Tribunal. Fabio rehusó el nombramiento. *Lilís*, le dijo: "Mire joven, la Justicia lo necesita, porque si los buenos no aceptan, necesariamente tengo que nombrar a los malos..." Tome el tiempo que necesite para estudiar mi proposición..." El padre del poeta lo convenció y aceptó la Fiscalía. Y fué un Fiscal dignísimo en medio de aquella tenebrosa satrapía. Salvó muchas vidas. No claudicó nunca en el desempeño de su cargo, ni se doblegó al déspota sanguinario, que, como dijera el verbo flamígero del tribuno dominicano Eugenio Deschamps, frente al río *"Ozama"*: "estaban aún allí las aguas en donde el monstruo más feroz de nuestra historia hacia arrojar, en sus delirios de muerte, a víctimas heróicas!"

Fabio Fiallo fué poeta antes que político y periodista. Lo que no pudo ser nunca fué orador ni buen bailador...

Como poeta miró como suya la tristeza que el ruiseñor derrama en la copa de los árboles. Vuelvo pues, señoras y señores, a encontrarme con Fabio Fiallo poeta, al pie de los jardines de las Julietas del trópico, embebido en la contemplación de los rizos que encierran entre su negra seda más noche que la que discurre afuera. Este Romeo de las islas del Caribe, no cesa

jamás de amar la rosada aparición de las musas de carne y hueso que tentaron las cuerdas de su lira. En estos enjambres quiméricos se desnudaba su espíritu. Por una sonrisa de mujer daba la vida. En cambio, jamás pisó un lupanar. Ninguna hetaira arebató su lira. Hombre de finos romances, sólo en la aventura elegante y sentimental se complacía. Ante su presencia de rondador de altares, la aurora se apartaba, coronada la frente de trinos, para escuchar mejor el paso de la góndola que hiere la quietud de las aguas, bajo las barcarolas que descendían de los labios del poeta. Y entonces era de ver cómo los nácares emocionados del alba, sorbían el dulzor de la canción de su vida.

Mientras más envejecía el poeta, se acercaba más a un Belén melódico que le iluminaba el Arbol de Navidad, que todo poeta lleva en su corazón.

Sus últimos versos escritos el nueve de agosto de este año, en Ciudad Trujillo, fueron dedicados a la pequeña niña Angelita Trujillo Martínez, hijita del ilustre Presidente Trujillo y de su bellísima esposa María de Trujillo. Con estos versos se despidió Fabio de su lira. Fueron escritos con motivo de cumplir Angelita sus tres años de edad. En ellos alude a sus padres con magníficas imágenes.

¡Bien hizo el poeta en cantar a esta rosada niña, capullito de sol, que si sonríe, los jardines de su mansión, recobran el color y la vida que perdieron en la noche. Cuando esta niña sonríe, sus padres reciben el mejor premio codiciado por sus corazones. Dicen así estos versos del poeta:

YO SE QUIEN ERES...

A la preciosa niña María de los Angeles Trujillo Martínez.

Yo sé lo que es tu frentecita pura:
Leve girón de un cielo que retrata
el dulce ensueño de una madre amante
y el raudo vuelo indómito de un águila.

También sé lo que son tus lindos ojos:
Dos estrellitas que su luz derraman,
ya en el raudal sonoro de una fuente
de amor, ya en la altivez de una montaña.

Vienen después las perlas de tu risa
que es cual canción de alondra en la alborada.
La fuente lanza en ondas su contento
y el águila sonríe en la montaña.

Era tanta la ternura que inspiraba Angelita a Fabio que él le entregó con estos versos, el ejemplar de su libro *"Cantaba el Ruiseñor"*, ilustrado primorosamente, por la genial poetisa cubana Dulce María Borrero de Luján.

No militó Fabio Fiallo en las modernas escuelas literarias, ni participó en efímeras modas métricas. Cantó sin estridencias y cuidó de no romper los espejos clásicos clarificados en su espíritu, siempre apegado a la sencillez. Su versificación fué transparente de tan pura que era! La combinación métrica del endecasílabo, seguido de un heptasílabo, le era familiar a su citara. En ese molde vació sus mejores poesías. Prefirió el asonan-

te al consonante. En la rima asonantada fué un maestro de selección. Rechazó todos los *ismos*, porque ellos son a manera de libreas. Mal podía creer Fabio en otra poesía que no fuera la que sale del corazón e interpretar sentires universales, con la menor suma posible de hojas, y la mayor cargazón de esencias. La poesía sin emoción nace condenada a vida corta. La poesía no tiene color desde un punto de vista étnico. La poesía de Plácido, no es poesía mulata; ni la de Heredia, es blanca; ni la de Andrés Bello, es india. De ahí que el llamado *"verso negro"*, cuya vida declina sin pompa ni duelo, no responda a un sentimiento de la humanidad. Reducir la poesía a un estrecho margen de raza, es arrinconarla en un precipicio mortal. La poesía tiende a la universalidad. Lo contrario sería traicionar la grandeza de su destino.

La poesía es dramatización de fibras íntimas. Así la comprendió y la vivió Rubén Darío, Chocano, Villaespesa y el venezolano Andrés Mata, íntimos amigos los tres de Fabio Fiallo, y a tal título los he citado. Y la entendió y la vivió así, el egregio poeta, a quien rendimos esta noche el homenaje de nuestra más viva devoción.

No hay, señoras y señores, cosa mejor en el mundo, ni tampoco la hay peor, que la pasión del verso que recuesta su sombra sobre otras sombras, en un sillón vacío, en la alta noche. En la naturaleza milagrosa de la poesía, el cauce por donde discurre la inspiración, debe permanecer siempre libre y limpio para que la emoción fije su vuelo y su música. La poesía de Fabio Fiallo es una maceración de los sentidos del alma que flota sobre los jardines en sombra. Y en este ínclito linaje de poe-

sia sumergieron sus liras los más gloriosos cantores de todas las épocas. Gracias a este linaje, la poesía sale a todos los caminos, sin perder un átomo de su virtud esencial. La poesía es un éxtasis embebido en la voz del corazón del mundo. Abunda en la poesía una presencia de gracia que abarca el misterio de un infinito encerrado en la brevedad de un aljófar. La poesía de Fiallo llegó a esta suprema brevedad, en su poema *"For Ever"*, cuando dijo:

"Bajo el sudario inmenso del olvido
¡"cuán corta encontraré la noche eterna
"para soñar contigo!"

Señoras y señores:

Permitidme que os diga, antes de terminar, que presencié los últimos días de la vida de Fabio Fiallo. Y pude ver la extrema sensibildad de su epidermis. Era él de una hiperestesia agudamente pronunciada. Por pequeño que fuese el dolor carecía Fabio, en lo absoluto de resistencia. En cambio, era ejemplarmente estoico para resistir, asumir y sufrir graves responsabilidades o arrebatos de acerbas pesadumbres morales. Sufrió mucho por eso, al morir. Lo ví tan desesperado de dolor físico que se arrancaba y quebraba en la piel la aguja clavada en sus venas. El mal lo llevaba muy adentro de su pulmón y le envenenaba la sangre con crueldad. Sin embargo, creí muchas veces que vencería en el combate entablado. Pero, los ratos de calma le venían por efecto de la morfina. En uno de esos momentos de lucidez y tranquilidad, llegó el médico y lo examinó. Nos apartamos con él, su hijo René y yo. Fabio, cuando se fué

BNPHU BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA REPÚBLICA DOMINICANA

el médico, nos llamó a su redor y nos contó todo lo que el doctor nos había dicho. Lo había oído todo! Le dí bromas con su sordera que para mí siempre fué un cuento que él administraba a su antojo. Se sonrió y gozó mi broma.

¡Pobre gran poeta! La mañana de su muerte, no la puedo desprender de mis retinas. Amaneció con los ojos cerrados. Ya no había esperanzas. Le habían librado el cuerpo de toda tortura inútil. La morfina le sumía en profundo y sereno sueño, pero, a ratos, se quejaba. Solamente movía las manos y se las llevaba al pecho, a la altura del corazón. Se había quedado largo rato tranquilo. Entró el doctor, y lo auscultó, y dijo:

—Ya ese corazón no late.

—Entonces, doctor, es la muerte? . . .

—Sí, —me respondió.

Su hijo recostó su sien sobre la frente de su padre muerto, la besó y lloró. Se había ido el gran poeta sin darnos cuenta, ni su hijo, ni yo, que éramos los únicos que estábamos junto a él, en ese terrible instante.

Fabio no le vió la cara a la Muerte. No se dió cuenta del tránsito amargo. ¿Qué cosa es —pensé yo— el corazón de un hombre? Ni siquiera avisa, ni salta al quebrar su último latido. El, que lo llevaba siempre a flor de labio para que los demás se lo vieran latir el primero. . . Ahora se le escapaba sin ruido al descender en la nada eterna!

El coche fúnebre esperaba en la puerta el cadáver. Su hijo debía permanecer un rato más en la Clínica, pero no quería que el cadáver de su padre fuera sólo con el chofer. Y me pidió que yo lo acompañara. Atravesamos las calles de La Habana. Yo no veía

las gentes. Mi pena era un muro entre las gentes y yo. Me parecía aquel trayecto el verdadero entierro del poeta, y yo su único acompañante. Pensé en mi patria lejana. Era una gloria suya la que yo llevaba ahora hacia una funeraria, donde su cuerpo sería embalsamado, como si lo llevara a una doble muerte. Y hundí mi espíritu en la vida de Fabio Fiallo y en lo que nos oculta la mano del destino.

Ahora, llevaba yo a Fabio Fiallo muerto y nadie lo sospechaba. Recé en silencio profundo por la gloriosa paz de su alma. Cerré los ojos y ví la ascensión de Fabio a la gloria de los cielos, rodeado y cubierto el pecho, los hombros y las espaldas de un montón de mariposas; todas salían del reino azul de Dios. De todas partes venían nuevas mariposas a recibir al poeta y guiarle hasta los pies de Nuestro Señor. Y del cendal, vago y leve, que formaban las mariposas, una se desprendió y se le acunó en las manos. Con ella, se apartó. Esa mariposa representaba la imagen vívida y alada del amor en la tierra. Fabio la contempló largo rato con una dulce y profunda mirada que se le quedó muerta en el espacio, y acercó suavemente a su pecho la mariposa y le dijo estos versos de un poeta cuyo nombre ahora no recuerdo:

"Mariposa: los dos somos muy pequeños,
"menguados son mis sueños y tus galas,
"tú, sin tener mis sueños, tienes alas:
"yo, sin tener tus alas, tengo sueños!"

Y el gran poeta, apagado su acento, entró en la inmortalidad, todo cubierto de mariposas de oro del reino de Dios.

Señoras y señores: nunca olvidaré a Fabio Fiallo. ¡Sea, pues, bienvenido el verso suyo que llegó a la tierra ungido de un milagro de adivinación!

¡Y bendecida sea, ahora y siempre, la excelencia sentimental del poeta Fabio Fiallo, el último romántico de América!

Los dos artículos siguientes completan la vida y la muerte de Fabio Fiallo. El primero "Los Diamantes Cantores" lo escribí en Ciudad Trujillo un mes antes de morir el poeta y el segundo el mismo día que ocurrió su fallecimiento en Cuba.

BIBLIOTECA NAZIONALE
PEDAGOGICA "ZUZZERIA"

LOS DIAMANTES CANTORES

"La Canción de una Vida"

Ningún poeta tituló mejor su libro. Si hay canción en una vida y vida en una canción, es la de Fabio Fiallo.

Siempre habrá vida de poeta en Santo Domingo, mientras exista Fabio Fiallo; y habrá poesía dominicana, mientras dure el último eco de "La canción de una vida".

Cada ciudad, cada nación tiene su poeta representativo, como un ornamento que ofrecer a las miradas de los extranjeros que ven en la expresión milagrosa del verso de un país, su monte más alto y su cascada más fresca y diáfana, más blanca y rumorosa. Y Fabio Fiallo, es el poeta representativo de la República Dominicana. Ha envejecido escribiendo versos. Desde los 14 años hasta los 76 que contaba al morir, no ha hecho otra cosa sino escribir versos, rimar amores, rubendarizar inquietudes del espíritu y de becquerizar su corazón sobre los rosales, junto a los ojos de la amada, bajo la noche que anda con sus estrellas despeinadas como una hermosa con el cabello suelto al aire, hacia el lecho de la aurora. Envejecer así, es una dignidad, una excelencia, un don de los dioses, una merced de los cielos, una gracia de Orfeo, que sólo Apolo agradece y comprende. Ha

vivido mucho Fabio Fiallo. Es capaz de llegar a los cien años para desmentir aquello de que los amados de los dioses mueren jóvenes. ¡Que Dios se lo conceda!

En este trópico, especialmente en estas islas punzadoras, que se sostienen a flote, gracias al mar que ciñe sus cinturas con sus potentes manos, las vocaciones literarias se queman prematuramente, casi no duran, comienzan a brillar, y a poco, emigran, y van a parar a un bufete o a una sinecura, por todo el resto de sus días, sin acordarse jamás que amaron una vez el canto o la rosa que rubendariza los jardines espirituales. (Este verbo RUBENDARIZAR, que acabo de crear, no lo he visto hasta ahora usado, presiento que va a tener buena suerte. Ojalá así sea.)

Bueno. Sigamos rubendarizando sobre "La Canción de una vida", de Fabio F. Fiallo. Es lo mejor, porque ello trae consuelo al interior "VACIO IMPLORANTE", que a Lord Byron hizo cantar y errar, desesperar de hastío y romper contra las peñas del infortunio, la copa de trino inmortal que él llevaba en su corazón, como ningún otro bardo, como ningún otro inglés, por los caminos del mundo. Ese "VACIO IMPLORANTE", lo siente y lo lleva Fabio Fiallo, en amor, como ningún otro poeta dominicano.

Fabio Fiallo, ostenta bajo su sonrisa de maestro de la paciencia, de apóstol de la complacencia, de patriarca sin memoria y sin oído, y ya casi sin vista, ese tesoro del implorante vacío bayroniano.

"SU VACIO IMPLORANTE", que él arrastra con pies que no le ayudan apenas, pero sí el espíritu en donde hay un gran espacio para su hastío; pero sí su canto en donde abunda el azul para acunar su esperanza, que

ya no espera nada sino permanecer cantando en la noche...

El día que muera Fabio Fiallo, como don Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo, Tulio M. Cestero, los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña, las letras patrias tardarán mucho en reponer el prestigio de esos nombres, porque no nos damos cuenta de que una vasta porción del continente hispano-americano, se inclina ante ellos, y considera un honor tenerlos en sus labios y agitarlos en sus prensas. Y no nos damos cuenta, porque la cortina plúmbea de nube del trópico, nos ciega las pupilas y nos resta la visión exacta de las perspectivas de los ornamentos nacionales, que son los poetas, los escritores, los artistas del pentagrama o de la paleta, todos, ¡"torres de Dios"! como les llamó aquel genio de la poesía castellana que tuvo cuna humilde en la aldea del Metapa y que tiene glorioso sepulcro de mármol en Managua. No se puede hablar de Fabio Fiallo, sin evocar o invocar la sombra de Rubén Darío. Yo, por lo menos, no lo puedo evitar.

A los poetas les basta, a veces, con una sola poesía para perdurar. La de Fabio es "FOR EVER". Podría citar otras cinco. Pero, llegar a tener seis poesías consagradas por la crítica y por el pueblo, es ya tener las crines de Pegaso entre las manos. Y Fabio tiene las seis poesías que retendrán las Musas y las hadas, los Silfos y los gnomos, las auras nativas, y las distantes y remotas riberas. Junto a "FOR EVER", figurarán "EN EL ATRIO", "PLENILUNIO", "MISTERIO", "UNA LAGRIMA", "GOLGOTA ROSA", "BALADA FUNEBRE. Podría agregar "LOS ODIOS". Podría citar y transcribir en este artículo que escribo más que con la punta de la pluma con el fuego del corazón, en un

abrir y cerrar de ojos, muchos versos del libro del egregio trovador dominicano. Pero, ¿quién no conoce este libro? ¿Quién ignora aquí su contenido?

Y ahora, para terminar la emoción de este día que concentro en esta crónica, recordaré que Fabio Fiallo, no hace mucho, en La Habana, fué rodeado de jóvenes poetisas, en una comida. Una de ellas, le llamó aparte para sorprenderlo, regalándole una copa ya vacía de champagne, como recuerdo del homenaje. ¿Cuál no sería la sorpresa de esta dulcísima poetisa, cuando Fabio, al acercarse a recibir este regalo, extrajo de debajo de su pañuelo, en aquel mismo instante otra copa de champagne y se la extendió como un presente, pero al descubrir la copa (sin duda se la robó), había dentro de ella una flor. Cuando me contó este episodio la inolvidable cantora, Matilde Alvarez Frank, celebrando la delicadeza y la viveza juvenil de Fabio, yo le dije: Fabio hizo en ese instante feliz, acaso, sin proponérselo, el símbolo definitivo de su vida. Poetisa, le dije, usted consiguió el milagro de que Fabio definiera con otra copa el secreto y contenido de "La Canción de una Vida". Porque la vida de Fabio es eso: una copa de cristal con una flor dentro, depositada en las manos de las Musas!

Ciudad Trujillo, 3 de Mayo de 1942.

MUERTE DE FABIO FIALLO

Fué Fabio Fiallo, el último gran poeta representativo de Santo Domingo. La ciudad de gloriosas viejas piedras monumentales, tenía su poeta y lo ha perdido. Ha muerto en La Habana, adonde viniera hace pocos días, en busca de salud. Y la muerte le sorprende cuando parecía vencido el mal. Pero, el corazón que amó tanto, que abrigó tantos sueños, sofocado de tanto sufrir, se le cae del pecho y se negó a andar, a prestarle ayuda a él, que lo ayudó a vencer y a ir cantando por el mundo la Primavera Sentimental y la Canción de una Vida. Lo cargó de sueños y no pudo con la carga. La Habana lo conoció joven. Ella fué teatro de solares amores y ara propicia de sus rimas apasionadas y de elegantes cuentos de impecable estilo. Su libro "Cuentos Frágiles", es modelo de libros. Bajo el cielo de Cuba, acaso el más estrellado de América, reposarán un tiempo sus restos hasta partir un día sus despojos, en busca del calor de un poco de su tierra natal dominicana.

De la vida de Fabio Fiallo, no son desterrables estas tres mágicas palabras: Poeta, Soldado y Caballero. Eso fué siempre, al través de su larga y azarosa existencia. Hombre de amor y de lira. De amor romántico, espiritual y fino. De lira provenzal, madrigalizadora. La balada conmovía y perfumaba sus cuerdas. Rimaba amores como un Bécquer antillano. Musset y Bécquer fueron sus influencias visibles en su modo de expresión poética.

El amor a su dama, fué el ideal que movía su lumbre interior. Musa suspiradora fué la suya que, al volar, regaba estrellas o cortaba rosas. Gozaba ingenuamente como un niño atraído por celeste ambrosía, al contar o referir o describir sus triunfos amorosos, sus aventuras espirituales con bellas mujeres. Para él, todas las mujeres eran bellas y eran buenas. Poeta de toda la vida, conservó hasta el final, el verso en los labios. No dejó nunca de ser poeta, ni cuando fué valiente soldado en guerras intestinas, donde derrochó valor al tomar por las armas ciudades, ni dejó de serlo cuando fué periodista de acerada pluma incisiva ni cuando fué patriota preso al ser invadida su tierra por los norteamericanos. Era hombre responsable, de talla entera.

Publicó varios libros de poemas. El primero "Cantaba el Ruiseñor" y "Primavera Sentimental", hasta su reciente y último libro "La Canción de una Vida", le dieron larga fama en toda América. Cierto que él cultivaba su gloria; la mimaba como un jardinero sus rosales predilectos. He aquí uno de sus poemas más favorecidos: *"For Ever"*;

Cuando esta frágil copa de mi vida
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloreis, amigos.

Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, oh, mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.

Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

Días antes de morir me llamó con ternura a su lado y me encargó cablegrafiar al Presidente Trujillo, su profundo agradecimiento por el interés que mostraba por su salud, ordenando que se le informara a diario, por cable, su estado. Cumplí su deseo. Luego le dije, como un consuelo, que él había ya ganado la batalla, y se sonrió escépticamente. No lo creía. Se sentía mal. Muy mal. Entonces no se sabía que este mal era un cáncer en el pulmón derecho. El dolor no le daba tregua. Sus gritos y lamentos partían el alma. Quebraba las agujas en la piel y la rajaban. Pedía con fervor la muerte. Nadie la ha pedido como yo —me dijo—. Yo no había visto nunca sufrir tanto a un hombre. Mientras él se debatía entre feroces dolores, yo me preguntaba interiormente: ¿Y tanto dolor para qué? ¿Es acaso necesario, ¡Dios mío!, tan lacerante sufrimiento para llevar un pobre cuerpo bajo la tierra y llevar hacia arriba un gran espíritu?

Nació Fabio Fiallo el 3 de febrero de 1866.

Santo Domingo lo vió partir sano y jovial. Esa visión le quedará a la bella ciudad. No lo vió ella morir. Le ahorró a su ciudad nativa ese espanto de la moribundez dolorosa. Cuando lleguen sus cenizas, la gente no creerá que en ese poco de polvo está Fabio Fiallo, el poeta representativo, que aparecía por todas partes, por plazas y cafés, a toda hora. La generación que reciba sus despojos, no sabrá cómo era Fabio Fiallo-hombre. Su gesto, su sonrisa, su andar, todo eso se habrá perdi-

do. Pero, al recibir sus cenizas, sus trovas cubrirán de alas melancólicas el pedazo de cielo que cubra su fosa, y sobre ella rondarán sus rimas en musical enjambre de emociones.

¡Paz, Señor, para la gran alma del poeta, en tu vasto azul dormido y florecido de estrellas!

MUJERES DE RUBEN DARIO

No tuvo Rubén Darío, en su vida de poeta, la compañera que llega a ser cumbre y remanso de toda existencia humana. Musset, la tuvo, el Dante, también. Su primera esposa, Rafaelita Contreras, fué la única que se acercó a serlo. La segunda esposa Rosario Murillo, capullo de ardor tropical, no supo retener al poeta, apagada la luna de miel.

La tercera, Francisca Sánchez, española, con quien no contrajo nupcias, fué la que le sirvió de lazarillo, pero, mujer inculta, no pudo ser ni la camarada cordial ni la compañera. Fué mujer de abnegación y de servicio. ¡Alma infeliz! Rafaelita, aspiraba al hogar, Rosario, a la pasión. Francisca al ahorro.

Con ninguna de las tres fué feliz.

Rubén no era hombre de hogar ni hombre de pasión ni hombre de ahorro.

RAFAELITA CONTRERAS

Tres como las Gracias, fueron sus musas de carne y hueso. En realidad, la huella de hombre de amor de Darío, casi no existe. Ni una carta de amor se conoce de él. Y en las cartas de amor es donde vierte el hombre superior, al desnudo, sus más altos e íntimos pensamientos. Se puede seguir la huella de un hombre a través de sus cartas de amor.

Rafaelita Contreras, nacida en Nicaragua, residió siempre en Costa Rica, o en El Salvador; niña mimada, criatura romántica, escritora de pequeños poemas en prosa. Hija de Don Alvaro Contreras, hombre influyente en Centroamérica. ¡Gran personaje en los ideales de unión Centroamericana.

Rubén, recibía anónimamente, páginas de literatura íntima, amorosa, firmadas con el pseudónimo de Stella. A veces, las aplaudía y publicaba en diarios o revistas. Estas páginas procedían de la pluma empapada en el oro de los crepúsculos de Rafaelita Contreras, descubrimiento que hizo Rubén más tarde. Celebraban ellas, la virtud pánica y el milagro apolíneo de Rubén Darío.

Cuando Darío la conoció, se encontró frente a un trigueño lirio, poseedor auténtico de una radiosidad auroral. Pero esto no bastó para que Rubén siguiera su vida de bohemio desde sus años mozos, siempre con una copa de alcohol, en la mano, le sorprendía la hora del alba. Sin embargo, decidió en su espíritu que aquella flor de hogar sería su esposa, cuando, cansado de la bohemia, necesitase embeber su tedio en unos ojos que de tanto mirar al cielo, fueran como dos plegarias impregnadas de luz de Dios.

Con Rafaelita contrajo bodas en El Salvador, en el año 1890. De esta breve unión nació un hijo, que es hoy célebre por su talento y por su temperamento. Fué educado por unos tíos millonarios hermanos de Rafaelita. Se hizo médico y pianista en Alemania, y ya médico y hombre, se hizo abogado en Buenos Aires, donde ha creado familia y vive rodeado de consideraciones. Además, es Ministro de Nicaragua en la Argentina.

Rafaelita Contreras murió a los pocos días de ser madre. "Azucena tronchada por un fatal destino", así

reza un verso de Rubén, dedicado a ella. En este verso, volcó el poeta la angustia de su viudez que poco habría de durarle. Los ojos de Rafelita Contreras, eran dos negros azabaches enfermos que ahora deben estar junto al poeta, abriéndole caminos de paz a su espíritu. Imagino que de los negros ojos de Rafaelita se desprendían canciones de cuna para un niño enfermo. Dios bendiga esos ojos negros de Rafaelita.

José Joaquín Palma errante y nostálgico poeta bayamés, conoció y fué íntimo amigo del padre de Rafaelita Contreras. Una vez, en presencia de Rubén, siendo ella su novia, el poeta cubano Palma, verdadero aedo, improvisó estos versos que son a manera de un retrato espiritual.

A RAFAELITA CONTRERAS

Hoy que el otoño al aura gemidora
Se deshojó la flor de la ilusión,
Al recordar tu infancia encantadora
Me duele el corazón.

¡Cómo ha cambiado el tiempo! A sus estragos
Y llorando las dichas que perdí
Pienso en la tierra de los grandes lagos
Y te recuerdo a tí.

Pienso en tu padre, espíritu brillante,
Alma fundida al fuego tropical;
Su palabra terrible y fulminante
Era luz y puñal.

Y en aquellas dulcísimas veladas
En que tú, niña, con gentil candor,

Nos recitabas cuentos y baladas
De algún encantador.

Ya eres mujer; en tus pupilas bellas
Temblar los sueños mágicos se ven;
Han crecido tus formas, y con ellas
Tu hermosura también.

Eras ante la viola que se pierde
Entre las frescas hojas del gramal,
Mientras hoy eres la palmera verde
Del suelo tropical.

Al mirar la radiante primavera
Que te corona, exclamo sin querer:
—Más te querría viola que palmera,
Más niña que mujer.

Visible fué la gratitud de Rubén, por el poeta Palma, al escuchar los sonoros versos del romántico cisne bayamés. Allí mismo, Rubén, escribió para Palma, un lírico medallón que luego ha figurado en su libro "Azul". He aquí el soneto de Rubén:

A J. J. PALMA

Ya de un corintio templo cincela una metropa;
Ya de un morisco alcázar el capitel sutil,
Ya como Benvenuto del oro de una copa
Hace un joyel artístico modelo del buril.

Pinta a las dulces gracias o a la desnuda Europa
En el pulido borde de un vaso de marfil,
O a Diana, diosa virgen de desceñida ropa,
Con aire cinegético o en grupo pastoril

La musa que al poeta sus cánticos inspira,
No lleva la vibrante trompeta de metal,
No es la bacante loca que canta o que delira.

En el amor fogosa y en el placer triunfal;
El tiene entre sus manos la septicorde lira
O rítmica y sonora la flauta de cristal.

Rubén lloró encerrado en un hotel de otro país centroamericano el dolor del mensaje que le traía la noticia de la muerte de su esposa. De este país pasó al suyo de Nicaragua. Y durante esta estancia, al mes de su viudez, surgió su segunda esposa.

Rubén, poco tiempo después de la muerte de Rafaelita, se encontraba en New York. Y allí, le asalta el recuerdo de la dulce muerta. Y escribe esta breve y sentida página, que luego él llevó al verso, con casi parecidas palabras. Dice:

STELLA

"¿Por qué viene tu imagen a mi memoria, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, hoy que después de recorrer el hirviente Broadway me he puesto a leer las páginas de los versos de Poe —cuyo nombre de Edgardo, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía—, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño?

Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes, cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos.

Tú, como ellas, eres llama de la hoguera del infinito Amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, oh mi ángel consolador, oh, mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta que dirige al cielo su mirada; la tercera es Eleonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Francesca, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helena, la que fué vista por la primera y única vez, a la luz de perla de la luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extra-terrestre esplendor.

Ellas son, cándido coro de ideales océanides, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a la montaña yankee, cuyo cuervo, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñalándolo con la monótona palabra de la desesperanza.

Así tú para mí, en medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas. Porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal; cuando las fuerzas me faltan, o cuando el Dolor tiende hacia mí el negro arco.

Entonces, Alma, *Stella*, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre, luminoso y simbólico, surge en el cielo de mis noches, como una incomparable guía; y por tu claridad inefable, llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza!"

ROSARIO MURILLO

En sus segundas nupcias, Rubén es víctima de una trama villana, dirigida por un hermano de Rosario. Detrás de una cortina, aparece un cura y un puñal, y el poeta, ebrio de todos los demonios del alcohol, se casa con Rosario. Rubén, al salir de este estado de dipsomanía, se fuga y se embarca. Dura veinte años su separación. Ella lo persigue. No le concede el divorcio. Se dedica a los negocios y hace algún dinero, con el cual viaja a París, en persecución de Rubén, quien no la recibe y rehusa verla. En la frescura de su juventud, fué ella nereida apetitosa, sílfide diabólica, sensual y audaz.

Tenía los ojos verdes de engaño. Ojos de lago que reflejan el verde de las ramas que le sirven de ojeras de tentación. Queriendo yo tener una impresión fiel de cómo son los ojos de Rosario Murillo, hube de preguntarle a Rubén Darío Contreras, en Buenos Aires, ya que él la conoce personalmente, y por escrito correspondió a mi pregunta con estas líneas:

"Todo cuanto pueda decirte de Rosario, debes tomarlo como una impresión puramente personal mía. Sus ojos me parecieron, desde el primer instante, dignos de un hipnotizador, aún cuando no sean negros sino, por

el contrario, tan claros que más de una vez me hicieron pensar en algún ídolo de esos de los cuentos fantásticos. Cuando Rosario mira —aún hoy que ya está en pleno crepúsculo vespertino de su vida— da una sensación de vigor tal, que si en lugar de ser mujer fuera hombre, yo no concebiría para ella más profesión que la de militar ni más grado que el de general. Como tú ves, no es gran cosa lo que puedo decirte de la segunda esposa de mi padre; pero sería injusto con ella si no te hiciera notar que desde que me conoció (Guatemala 1915), siempre me ha tratado con grande afecto que quizás sea eco o reflejo del cariño que siempre le tuvo a mi padre".

Ojos de mando, entonces, los de Rosario. Ojos que si bien atraen, no son nunca amados de los poetas. El poeta no ama sino los ojos que se entregan en una acariciadora invitación de luz de ruego. Rubén no amó nunca a Rosario. Es más, la odió con toda su alma. Sin embargo, murió en su casa y en sus brazos, porque ella fué a buscarle viejo y enfermo a Guatemala. El ya estaba herido de muerte. Ella fué generosa y maternal en los últimos días del más ilustre instrumento lírico de la lengua castellana.

FRANCISCA SANCHEZ

En Navarzauz, tierra de lobos, tierra arisca, de la provincia de Avila, nació y creció Francisca Sánchez. Se fué a Madrid como otras chicas de su pueblo, a servir menesteres domésticos, en su afán de ganar más suel-

do y de ahorrar para la vejez. La española de la clase pobre tiene la pasión del ahorro.

Francisca, cuando yo la conocí. en el año 1911, era una buena ama de llaves. Hacendosa, honrada, cumplidora. Pero era mujer sin cultura, sin espíritu, sin belleza. En Madrid, Rubén, a la sazón Ministro de su país, le fué recomendada para el servicio de su casa. Se la recomendó Pedro González Blanco.

Francisca Sánchez le dió un hijo a Rubén. El le llamaba "Guicho". Rubén quiso mucho a este hijo. Era un niño taciturno y triste. El hijo del alcohol. Y efectivamente, vive ahora en Nicaragua, entregado a los vapores fatales del vino. ¡Pobre "Guicho", tan parecido a su padre en todo!

Francisca, adora a su hijo. El se firma Rubén Darío Sánchez. Pero al casarse ella, después de muerto Rubén, él la abandonó. Darío no amó nunca a Francisca Sánchez, rústica y dura, de ojos grises, acerados, como para ahuyentar lobos en los riscos de sus frías montañas nativas. No era mujer para Rubén.

Rubén, interviniendo yo, en un pleito doméstico, entre él y ella, me dijo un día con ira: "Es que tiene los ojos patibularios". Luego, los arreglé a los dos, y se charló amablemente. Fué la tarde en que Francisca, extrajo de un viejo armario, los versos que en horas de angustias, le dedicara el poeta. Son aquellos que dicen: "Francisca Sánchez acompáñamé". Y otros que aún no se han publicado.

¡Pobre Francisca! Ahora, vieja, cansada, cuando piense en el hijo ausente y en el ilustre padre que vivió junto a ella veinte años, recordará con lágrimas

en los ojos, en su frío rincón de su tierra de lobos, la mancha blanca del primer cisne de América.

Francisca Sánchez, acompañó a Rubén, por espacio de más de veinte años, como he dicho. De pensarlo sólo, la mano siente el deseo de coronar su frente con la corona de las heroínas, porque, durante ese lapso, Rubén padecería miles de crisis dipsómanas. Y una sola noche de esas crisis de espanto, de gritos, de dictar versos, de no consentir que nadie duerma, era suficiente para ganar la gloria eterna. Una noche junto a Rubén en crisis, era una eternidad.

¿Era Rubén Darío un hombre de amor? ¿Amó Rubén en su vida a alguna mujer? La interrogante cierra los ojos y niega. Que pavorosas son las interrogaciones.

Si amó alguna de esas tres mujeres de su vida, hasta donde él podía amar, fué a Rafaelita Contreras. De ella me dijo un día, en la intimidad, que: "era un espíritu delicado". Una preciosa inteligencia. Si hubiera vivido hubiera hecho obra. ¡Tenía fibra!" Y le dedicó a ella los versos "El poeta pregunta por Stella".

¡Qué mal parados salen los grandes hombres cuando se trata de penetrar en el misterio que guardan las cenizas de ayer y los deslumbramientos de hoy que enlazan dos épocas, frente a la posteridad.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

LA TONICA DE LOS APOSTOLES

La tónica de la democracia o de los apóstoles consiste más que en el oro del énfasis que la sostiene y la alimenta, en el óleo expansivo, flotante, envolvente, que le nace del alma religiosa que posee y la enfervoriza el tránsito como nube de incienso.

Bajo este clima de música, embebida en el misterio de la idealidad, flotan las esencias de la tónica que, partiendo de la rosa asoma por su tallo como un licor que se derrama por la negra tierra que nutre el rosal. Entonces se hace el énfasis, música de ofertorio que consagra lo que hay de más bello en la naturaleza apasionada del hombre. Hay encumbrados intelectos que no pueden prescindir de la tónica. Se les distingue por ella. Hay discursos o literaturas que se elevan por la sostenida irradiación tonicial.

Más que el ropaje que le sirve de razón de ser a la tónica, se sostiene ella por el aliento de la magia que agita su ala ascendente. De ahí, que, con todo respeto, la llame tónica de la democracia o de los apóstoles. Sin ella no se podría soportar la motorización de las ideas ni la desnudez de los sentimientos.

Hay en literatura, en oratoria, en la lírica, una tónica del estilo que tiene su cuna en la impalpable orla del cántico. Pero, se la ve y se la siente como nube que cruza la pensativa aristocracia de los soliloquios del crepúsculo en los misioneros del Ideal.

El orador, el poeta, el escritor, es un intérprete natural de esta tónica que viene al espíritu de muy lejos, transponiendo montes, o tal vez, salvando costas, como un heraldo de plenitud epopéyica, para prenderse o aferrarse en la palabra humana.

Maestro de esta tónica de los apóstoles, que llamaremos tónica de la democracia, fué en Hispanoamérica, José Martí. Diré que todo gran poeta, gran orador o gran literato, trae su propia tónica. No hay gran artista sin tónica, sin su tónica "peculiar", que no siempre ha de ser la tónica, exuberancia ni prodigalidad ni fugacidad inconsciente. Muchos piensan mal de la tónica. Se ha dicho en tono despectivo: "Hombre de tónica". Pero, en realidad, hombre de tónica es aquel que mira la vida en grande y transmite esta grandeza a los demás. Es aquel que está organizado para sentir y ver desde un plano de grandeza, todas las cosas pequeñas hasta engrandecerlas.

El indomable escritor y polemista Juan Montalvo, también fué hombre de tónica arbitraria pero robusta. El publicista y pedagogo, moralista insigne, Eugenio María de Hostos, era también hombre de tónica evangelizadora. Cuando él comenzaba a hablar apuntaba ya en su primera palabra la tónica grave, solemnizada, tónica aristotélica que, en la más sencilla frase aparecía denunciando en él la existencia de un reino espiritual.

¿Y en José de la Luz y Caballero no había tónica? ¿Y en José Antonio Saco no la había? Claro que sí. ¿Y tan diáfana era en sus labios que el cristal de ella caía transparentemente en copos de sabiduría sobre el corazón y la mente de sus discípulos hechizados.

No podían sus discípulos librarse de una patética adoración por tan insignes apóstoles de la verdad. Lo

propio ocurría con Hostos. También Federico Henríquez y Carvajal, es hombre de tónica. Nunca se despoja de ella. Su vida, blanca de toda blancura moral, se eleva en la tónica como en una espiral de incienso que mantiene en alto la blancura de su corazón.

La tónica apostólica o democrática, cuenta entre sus atributos, con una intensa luz apasionada, que se desenvuelve en una atmósfera de lentitud que semeja el blando izar de una bandera hasta el tope, o el despliegue sereno de una vela en el horizonte.

¡La bandera que se desdobla al viento dulcemente, para que el viento sepa el valor de la dádiva que recibe, me hace el efecto, más que otra cosa alguna, de esa dulce fiebre de trenza de novia, que hay en el despliegue de la tónica de los apóstoles en todo espíritu selecto.

Sin fervor de misión no hay tónica. Sin misión no hay obra de iluminación.

El credo se hace sangre y la fe se hace cruz, bajo el sol de la tónica delirante. ¿Qué otra cosa fué el Gólgota? ¿Qué otra cosa fué el Chimborazo? La tónica abrasa la fibra del corazón de los evangelistas, de los redentores o libertadores.

Sin lentitud no hay elegancia en los matices ni en las facetas en la piedra preciosa. La Tónica viene de la flor y aspira a la estrella. José Martí es un ejemplo de este linaje de tónica en el arte epistolar y en la prédica patriótica. Cuentan los que le escucharon que su palabra, su voz, su ademán, era de tono menor a tono mayor, y que siempre unciosamente ascendía. Pienso que era milagro de tónica su palabra, y que por eso era lenta y envolvente hasta parecer que todo él estaba rodeado de estrellas, cuando sólo era una la que apretaba

en su corazón y una la que le salía por los labios cuando tocaba con su palabra la flor del pecho.

Como ola en la playa que llega callando era la voz de Martí, que, por llegar de prisa a su patria, le crecía en el discurso hasta reventar en florón de epinicio.

¡Tónica bien amada la de los apóstoles de Jesús— suma de apóstoles— suma de iluminaciones, suma de martirios, hasta concretar en su corazón la triple divinidad! El corazón del mundo se conmueve todavía ante el eco de la palabra de Jesús que, al través de los siglos, sigue haciendo milagros.

Hay una tónica de la democracia y una tónica de la guerra, que nos hace pensar con devoción en Jorge Washington y en Simón Bolívar. La Tónica de la espada libertadora que duerme en esas dos gloriosas tumbas, como en la de Juárez y en la de Hidalgo y San Martín, y en la de Máximo Gómez, vivirá eternamente. Esa tónica está bañada de palmas y laureles. Despide un halo de inmortalidad.

El heroismo militar en América, tiene su tónica su pedestal y su campo en "Junin", "Las Guásimas", "Las Queseras del Medio", "Carabobo" y "Palo Seco."

Hay una tónica que se enseñorea sobre las cumbres atravesando todas las almas y los cuerpos: la tónica de la democracia, que hace libre el espacio, libre la tierra, libre la conciencia por la cultura y la justicia. Juan Pablo Duarte, fundador de la nacionalidad dominicana, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Andrés Bello, Enrique José Varona, Hostos, Luz y Caballero, Manuel Sanguily y tantos paladines del derecho que no aprovecharon jamás situaciones de fuerza, fueron portaestandartes de la tónica de la virtud democrática. Ellos fueron verbos tonificantes que sentaron sus prestigios en la cascada

luminosa de los nombres ilustres de la libertad americana. En todos ellos hay una similitud moral en el fondo y una actitud espiritual en la conciencia. En la expresión pueden parecer distintos, pero son vidas de Plutarco.

Bolívar poseía a plenitud la tónica libertaria. Parecía como si él se sintiese delante de un espejo de la historia, fijando en él la imagen de sus épicas contiendas. Entonces él escribía y deliraba, como si, tras ese espejo, estuviese la posteridad entonando un himno a su memoria.

Sin la tónica no se riega el fuego sobre las almas. Es brasa que incendia llanuras y montes y despeina cimas, hasta crear la necesidad del sacrificio, como un estado luminoso de conciencia. Por ello la fé católica de los apóstoles regaron en el mundo la esperanza en el más allá, convencidos de la pureza y blancura del cetro de Nuestro Señor Jesucristo que abre a los hombres el camino de la perfección.

Fueron en la tierra las voces de la Democracia las que ahuyentaron la furia de los bárbaros, las que impidieron a los Judas, Caifás y Caínes de la historia, el entronizamiento de sus crímenes. ¡Mientras el nombre de Abraham Lincoln alumbre en América, habrá sol en el cielo de la democracia americana! La historia norteamericana está llena de ejemplos, de arquetipos de la democracia. La historia de la humanidad reverencia en el "Sermón de la Montaña", un monumento de tónica. Toda la raíz y la flor de la misericordia terrenal y celestial, nace de él y converge a él. Mientras el hombre posea la palabra, y el sol fuego benéfico, y la noche, estrellas, el Sermón de la Montaña, será tónica maestra de la palabra divina y humana que corre como sangre por las venas del espíritu de la humanidad.

EL POETA DE LA PAMPA

La calle de la Vida y de la Muerte

Pasa Enrique Larreta, con un cetro en la mano. Del cetro se desprende un resplandor que arropa el hastío de una infinita llanura. Bajo su mirada pensativa, contemplativa, se acuesta una soledad inmensa sobre una inmensa tierra vacía. Produce el efecto esa tierra chata, ancha, amplia, de un vasto mar sin ondas, de un bosque enterrado sin hojas, sin nidos, sin rumores. Es la Pampa. La Pampa, casa vacia, mar sin ondas, bosque sin ecos; ciega pupila que se hiela en el camino, ajena al misterio de la creación y al símbolo del éxtasis que amortaja la lágrima en el óleo de una plegaria infinita.

Pasa Enrique Larreta, alto y pálido, los cabellos caídos, los brazos como remos insonnes, tumbados en un arenal de fastidio, pasa con los ojos tristes como dos lampadarios del desierto, ensimismados como si quisieran embalsamar la luna de los ayeres lejanos; la boca fina, apretada, alta y lenta la figura; con ademán implorativo como queriendo callar algo de su corazón. Pero, lo dice, por fin, en Montevideo, en una charla sugerente, interesantísima. "Lo que yo no hubiera querido decir todavía", la titula.

El poeta de la pampa argentina pasa, ahora, ante mí, con un libro debajo del brazo. El libro recién aparecido se llama "La Calle de la Vida y de la Muerte". Ningún

nombre más alto que el suyo en la poesía contemporánea de América, tampoco lo hay en la pura prosa emotiva, novelada. Para mí siempre fué Enrique Larreta, más que el eximio prosista de "La gloria de don Ramiro", el ínclito poeta de la Pampa, excepcionalmente dotado de una honda emotividad que flota en alejandrinos, de fuerza y de belleza únicas. Pasa el poeta de la pampa, y abre hueco en la lírica hemisferial americana, para tejer en el espacio su sonoro pendón heráldico. Y cubre con sus melodías parisinas y sus ancestrales acentos hispánicos, la urna de los grandes sonetos.

Leopoldo Lugones fué también egregia cítara de la pampa, que rodó al sepulcro, como un semidiós del canto.

Enrique Larreta, en un soneto a "La Pampa", dice:

Anhelosa llanura desmaterializada.
Fantasma de ese mundo que el mundo me escondía;
Metáfica paz, divina geometría
de abstractos horizontes y tierra despojada.

El cautivo color y la forma cansada
hallan aquí su fuga; y el alma, se diría,
reconoce sus vértigos y reconocería
también aquella música que alguien llamó callada.

Torbellino de potros o espanto de plumajes
Animan, rara vez su quietud, un momento.
Sólo arriba aparecen y pasan los paisajes.

Paisajes del espacio. Sueños de firmamento.
Glorias de soledad en ámbitos salvajes.
Crines, alas y nubes, para goce del viento".

¡Y, luego, este gran poeta, alza su plectro y prende su mirada vaga, melancólica, casi extraterrena, y dice así, al Gaucho:

"Es un misterio inmenso, ilimitado
que le sigue, se aleja, le precede,
como el mismo horizonte. Nada puede
refrenar su veloz, su desgarrado,

correr, cuando parece que un alado
viento le lleva. Cuando él sigue y cede
a ese goce brutal, y suelta adrede
blanda la rienda al potro desbocado.

Furor que se prologa y que resbala
sobre el otro furor. El es la vida.
Toda, toda la suerte buena o mala,

de la gran soledad. Sueño infinito
que dispara ante sí, como perdida
boleadora, su afán, su amor, su grito".

¡Qué magno florilegio de sonetos nos ofrece la lira argentina de este artista de la más bella alma americana!

La primera vez que oí el nombre de Enrique Larreta, fué en labios de Rubén Darío, que le prodigaba encendidos elogios a su talento, a su gentileza, a su mano de príncipe, gozosa en la dádiva, cálida en el servicio de amistad. Era, entonces, este gran Enrique de los alejandrinos maravillosos, hombre de riquezas en su tierra y Ministro de la Argentina en París. Poseía la llave intelectual de Francia. Los hispoamericanos qne arribaban a la radiante Lutecia, deseosos de estrechar manos de

escritores y poetas franceses, lo lograban, gracias a Larreta.

No había publicado aún sus grandes sonetos. Pero, seguramente los escribía, porque el dominio que él tiene de métricas y ritmos, de rimas inesperadas, no se improvisa. Fué al regreso a su patria, cuando comenzó a dar en "La Nación", de Buenos Aires, sus sonetos, destacándose en seguida como poseedor del instrumento apolíneo, límpido, mágico. Este Petrarca de los Andes, este Dante de la Pampa, comenzó a dar obras maestras en sus sonetos.

Cada nuevo soneto, generalmente, en alejandrinos, en puros consonantes (la rima perfecta de los grandes poetas), era un cálice de antología.

No cabe en mi pluma otro interés que el de rendir reverencias al famoso sonetista. Oíd, poetas, este soneto suyo "La guitarra del gaucho":

Yo no puedo olvidar de qué divino
rincón del mundo nos llegó tu pura
voz de amor, y tu voz de sangre y vino
cuando eres negra caja de amargura.

Pero aquí te salieron al camino
otras cosas más anchas. La llanura
te embebió de tristeza. El remolino
De polvo y el redoble de la dura

sinfonía de potros que disparan
te enseñaron rasgueos. Hoy el viento
se queja en tu cantar. Dice un salvaje

rencor, tal vez. Es como si brillaran
dagas de orgullo gaucho en tu lamento.
Filos que al fin, degüellan tu cordaje.

Y así, en todos los sonetos de este florón eufónico del poeta de la pampa, dramatizan el aire los recuerdos. ¡Collares de sonetos deslumbrantes es todo este libro, en el cual fulgen los siguientes: "El Hornero", "El Pozo", "Gato Lunero", "Si eso fuera morir" y "La Sombra", del cual retengo la siguiente estrofa:

"Con una gran dulzura de cosa de otra vida,
como un tul, como un velo, menos aún que un velo,
como el ser y el no ser del olor de un pañuelo
en la memoria triste de alguna despedida".

Y "La Gitana", "La copa oscura", "La conversión de Don Juan", todos, en fin, estos sonetos de Larreta, perdurarán prendidos en la guirnalda de la Posteridad.

También canta él a España, en este libro, cuyo título se lo dió Avila, la vetusta, la callada, la mística, la misteriosa, la dormida ciudad que tiene una calle llamada "La Calle de la Vida y de la Muerte". Canta el poeta a la divina doctora de "Las Moradas". Canta el "Anochecer en Toledo". Piensa Larreta en francés, siente en español pero sueña y sangra en argentino.

"La Corrida", "Granada", desbordan su magia en este libro en el cual reune ochenta y ocho sonetos, en sus doscientas treinta y cuatro páginas. Oiréis ahora el soneto "Granada":

"Cuentos con diamantes. Viejo rosal de vida.
Resoles de su Alhambra. Cuentos ensangrentados
que murmura, también en patios deslumbrados
el delirio del agua. Segura, consavida

seducción. Sólo aquella nocturna despedida
nos reveló por fin los símbolos sellados.
¡Oh, verde luz de luna sobre los ignorados
sepulcros, junto al lecho de la alcoba escondida!

Pidió socorro al mío tu labio tembloroso.
Nunca fué más terrible mi sed, nunca más fuerte
mi urgencia de besarte, de aspirarte anheloso,

de esconderte en mi sangre, por miedo de perderte.
Mis manos descubrían, con frío misterioso,
bajo tu piel de amor durezas de la muerte".

¿Lo véis? Larreta es copa de la más fina autenticidad cantora de esta América, tan triste en suss rincones como en sus corazones.

¿Queréis, ahora, poetas del trópico, poetas de las Islas del Caribe, escuchar el desgarramiento de un alma, en un magnífico soneto, dedicado a la muerte de Leopoldo Lugones? Oidlo pues:

"Doblen, doblen campanas por Lugones, Lugones;
y serraniegas flores sepulcrales de aromo
con sus blancas espinas, cubran el suelo como,
como sus amarguras, como sus ilusiones.

Llamadores de Córdoba, silencio de crespones.
Ya le llevan a pulso. Ya sellaron el plomo.

¡Ah, su piedad aquella de la faz de Ecce Homo
y aquel nuevo perfume de Dios en sus canciones!

Por qué, por qué, por qué?, todos se han preguntado.
Callad y daos con una piedra en el pecho;
El abrevió su pena con su propio despecho;

más no se crucifica sólo el crucificado
ni fueron forasteras las manos que esto han hecho.
Tú, destructora tierra. tú misma lo has matado".

¿Padre nuestro, hasta cuándo serán las tierras americanas cunas crueles y tumbas duras, para sus grandes hijos, para sus grandes voces, sus grandes cítaras?

"Tú, destructora tierra, tú misma lo has matado", exclama la amargura desesperada de Larreta.

Siempre fué igual la inclemencia de los hombres frente al hombre que piensa, que siente, que canta! La incomprensión, el tardío reconocimiento, la filante piedra en el camino, la sombra en el alero, la mesa vacía, la perfidia que tala ensueños, hasta que ya no puede más el pobre jardinero, y se precipita en la muerte, para no arrastrar en vida el ala o el trino.

Otro soneto de Larreta, diademado, uncioso, de vago y hondo presentimiento, broche entreabierto al misterio, al cansancio, lo traigo aquí, como puerto final de este elogio que rindo al poeta de la pampa. Dice:

"Ya le falta muy poco al peregrino
para dejar la mundanal posada.
Ha salido al balcón. La madrugada
clarea en la frescura del camino.

Llévese el diablo el canto, el naipe, el viento,
como también la moza enamorada.
Tú sí que importas libación dorada
de la luz natural y el aire fino.

Qué más diera morir si uno pudiera
llevarse algo de aquello. Qué más diera,
si el alma desde el cielo contemplara,

cuando se va de alondra y gira y sube,
la misma luz. Dejara y no dejara
la brisa, el agua, el prado, el sol, la nube".

¡Para Enrique Larreta, guardo un lugar en mi corazón embebido en su fanal interior que despide luz de melodías, de lejanías, en su "Calle de la Vida y de la Muerte"!

¡Para su arte y su vida, todos mis devotos homenajes!

Y para su angustia que me penetra el espíritu, y para sus ventanas abiertas a la tierra, al mar, al canto y a ese inefable ósculo de la Patria qu hiere y aroma, todas mis alabanzas! Y bendigo desde mi soledad, el cardo heridor que florece y la fuente que nutre y fecunda el alma del poeta de la pampa argentina.

EL MILAGRO DEL BRASIL

Si hay en el mundo una ciudad maravillosa, esa es Río de Janeiro. Ciudad, cañamazo de ciudades deslumbrantes, con su bahía Guanabara que tiene dentro una multitud de islotes feéricamente iluminados. Parecen pupilas ancladas en un sueño de luz. El paisaje en Río sale de todas partes, interrumpe el tráfico de las almas, atraviesa lomas, electriza esmeraldas.

Dicen que Constantinopla es más bella por las noches. Como no la conozco, no sé si supera a Río, en paisaje y belleza. Dios ha tenido que hacer un milagro de superación celeste para crear una tierra más prodigiosa que Río de Janeiro. Los ojos no creen lo que ven. Es tan bella, tan opulenta su bahía, tan verdes múltiples hay en sus montañas y lomas que la ciñen y rodean, que en verdad, os digo, que realmente tienen razón los brasileros en llamarla "Ciudad Maravillosa".

Río de Janeiro sale de la bahía a conquistar lomas que nacen o mueren en cada patio de casa o de jardines privados. Se extienden los Repartos modernos por entre montañas que la mano del hombre echa abajo unas veces, y otras las horada en largos túneles, profusamente iluminados. Por eso he dicho ciudad "cañamazo" de colores y de esplendores sin igual.

En Río, desde todas partes que uno mire, no importa la distancia ni la ubicación, se ve un gran Cristo Redentor que, de noche, todo iluminado, parece como

si descendiera o estuviese bajando a la tierra para bendecir a los que sufren, a los que ríen, a los que sueñan. Marconi lo iluminó desde Italia, apretando un botón eléctrico. Las estrellas lo rodean, la luna lo sigue, le corona unas veces y otras se le recuesta en los brazos.

Como ese Cristo está enclavado en la montaña Corcovado, la noche borra con su sombra el zócalo, la base de tierra y de monte, y surge el Cristo como si estuviera realmente suspendido en el aire, con sus dos brazos de luz abiertos sobre la ciudad.

Brasil es tierra de grandes prosadores y de grandes poetas.

Siente por la antigua Francia republicana, democrática, una atrayente simpatía. Francia le regaló el edificio de su prestigiosa Academia de Letras. En Río, todos los intelectuales hablan perfectamente la lengua de Moliere. El brasilero es fino y ceremonioso como un francés.

Al Brasil lo emociona una bella estrofa más que si aparaciera una constelación de astros en su cielo. Cuando llegó hace tres años a Río, el gran poeta portugués, Arturo Correa de Oliveira, y dijo esta estrofa que, por primera vez aparecn hoy en español, todo el Brasil literario se conmovió profundamente y la repetía de memoria.

"Sino, coracao de aldèia
Coracao, sino da gente,
umo a sentir quanto late,
outro a bater quanto siente."

Traduzco esta estrofa, a pesar de saber que traducir es destruir, de la más fiel manera:

"Campana, corazón de la aldea,
corazón, campana de la gente,
siente él cuando ella suena,
y ella suena cuando él siente.

El Brasil es tierra romántica y culta. Este verso del padre de la poesía portuguesa Camoéns, que dice: "¡Para tan grande amor tan corta vida!" hubiera hecho la independencia del Brasil, más que las armas de sus combatientes.

El Brasil tiene entre sus gloriosos valores intelectuales a Gustavo Barroso. Hombre de cien libros. Hombre audaz, terrible, temido, pero gran escritor. El descubrió la huella del primer judío que llegó a la América del Sur, y que, perseguido como asesino del Jefe de la Policía de Berlín, burló a sus perseguidores hasta instalarse como catedrático de la Universidad de San Pablo, en cuyo patio tiene una estatua erigida y no se sabe porqué está puesta allí aun ni quien la puso.

Tengo que evocar, en mis recuerdos de Río de Janeiro, a la poetisa Ana Amelia Carneiro de Mendonza. Ilustre rimadora aristocrática, que tiene en Río de Janeiro, un ambiente social de gran proyección. No se puede ir a Río sin conocer o besar la mano de Ana Amelia, como no se puede pasar por Cuba, sin rendir homenaje a Dulce María Borrero ni a Mari-Blanca Sabas Alomá, ni pasar por Montevideo, sin visitar a Juana de Ibarborou. Diré también que entre los grandes poetas, se destaca el diplomático Luis de Guimeraes, recién fallecido, autor de "Piedras Preciosas" y de otros valiosos libros, en prosa y en verso. También recuerdo al doctor Afranio de Mello Franco, gran internacionalista,

hombre de vasta cultura jurídica. Yo no creo que haya actualmente en América un hombre de mayor autoridad moral que el doctor Afranio de Mello Franco.

No es dable olvidar a Claudio de Souza, novelista y orador eximio, y al doctor Elysio de Castro, almas tan puras en el Arte, como en la Vida, cuyos nombres merecen ser arrullados por las más altas palmas americanas.

Y de la juventud consagrada en el verso paisajista y en la prosa ática menciono a Osvaldo Orico, y al fino intelecto de Pedro Cálmon. Todo el Brasil es tierra de poetas, es ánfora de poesía. Lo fué ayer. Lo sigue siendo hoy. Hasta la "poesía negra" tan estúpida, tiene allí portavoces de renombre.

Los viejos clásicos cantores son allí una religión en el recuerdo. Y Olavo Bilac, el gran artista, supremo estandarte lírico desaparecido, es diaria oración de alabanza en los labios brasileros.

Del Brasil de eminentes liras, como del Brasil de fogosas peñolas consagradas, habría para hablar toda una vida entera sin agotar las canteras de los nombres destinados al mármol.

LA VIGILIA DE LOS ASTROS

Este Héctor Incháustegui Cabral, autor de un libro de poemas, cuyo título "Rumbo a lo otra Vigilia", —es por sí sólo un hallazgo fortunoso, de esos que ya apenas aparecen, porque el mar no devuelve nunca los tesoros de los naufragios de los barcos piratas— es un poeta sorprendente, un buzo noctívago que dió con uno de esos tesoros del fondo del mar, en sus largas vigilias por las costas. ¡Gran poeta es este banilejo ilustre que, sin darse cuenta nadie, adquirió de pronto, carta de ciudadanía capitaleña. Y a todos los moradores trasnochados sin noches que cantar y sin vigilias que referir, les ha parecido bien ganada y mejor otorgada esta ciudadanía, a tal grado que a mí me preocupaba ya no conocerlo personalmente, porque entiendo que es un honor ser su amigo y su compañero de vigilia. Cuando conocí a este poeta, la impresión fué más bien de estar delante de un hombre escurridizo, que no pierde, sin embargo, el equilibrio, que no avanza un pie sobre un ladrillo sin tocarlo antes con las manos no vaya a estar flojo y a tropezar. Pero, a medida que él hablaba, avanzaba con seguridad mental de hombre responsable de lo que piensa y de lo que dice. Y me ganó el espíritu. Se atreve el poeta a decir sus vigilias; a pasear su pensamiento libre, a lanzar sus ritmos libres, con dominio del escenario y con la sagaz comprensión de las máscaras. Picoteamos sobre temas diversos, y me dí cuenta

de que estaba delante de un hombre que lee y que comprende, que piensa con ideas propias y que oye su propio corazón. Baní, a pesar de toda su grata trasparencia virgiliana, no podía aspirar a retener un día más en su cañamazo, los verdes y los ocres de esta paleta lírica ni los hilos de oro de este profundo decidor de poesía social universalizada, en cuyo fondo revientan los oleajes del mundo. Este poeta es una onda libertadora, rumbo a la otra vigilia embebida en un pensar hondo que no abate su frente sobre el camino que conduce al establo, en donde tantos otros seres se sienten tan felices y tan cómodos que parece que nacieron para vivir entre sus yerbas.

No siento interés por la raza bovina. De la rés mansa me atrae sólo el muerto panorama de llanura cansada que se ha instalado en sus ojos, que son como lechos para la pesadumbre que le sobra al mundo.

Este libro de Incháustegui Cabral, ha tenido crítica excelente. De ningún libro de poeta de ahora he leído tantos ni tan bellos comentarios en la prensa dominical. Me llamaba la atención de que en un país inconforme siempre con lo que nace en él, estuvieran de acuerdo para el concierto de alabanzas. Yo no había leído nada de él. El nombre no era de poeta ni me parecía destinado a la gloria. El de "INCHAUSTEGUI", es largo y casi impronunciable o inretenible. Y yo pierdo memoria y necesito llenar la poca que tengo, con nombres fáciles, sonoros, simpáticos. Pero, me decidí a leerlo. ¡Y cuánta cosa sugerente y bella encontré en la lectura de sus versos! Me ví delante de una cordillera de ideas. Rota la cárcel de las estrofas. Decapitación del consonante. Irrupción briosa de música interior que sale de cada idea, como una raíz que empinara su flor en medio de la

tierra. La música termina donde termina la idea. No le preocupa "lo bonito" del verso que le va saliendo de la pluma. La métrica, la poética, la retórica, trae su verdad sobre los hombros o entre los brazos, como una cruz su drama, su epitafio, como una madre su niño sonriente o fragante. No todos los poetas de retórica pueden o saben escribir versos así, pero todos los antiretóricos pueden o saben escribir versos académicos como la poética oficial obliga. Luego, estos locos de inarmonía que dan sus ideas sin preocuparse de los acentos, son los poetas completos. Y no creáis en la facilidad de escribir de esta lisa ni menos que no son versos sino prosa lo que ellos escriben. Leed estos poemas de Incháustegui Cabral, como prosa seguida, corrida, y veréis, entonces, con sorpresa que tienen su musicalidad poética propia, su orquestación íntima. No resultan como prosas. Necesariamente hay dentro de estos poemas una idea que trae su música ceñida. No alarga ni acorta el acorde las alas de un pensamiento. Este gran poeta dominicano me ha convencido de la excelencia de su arte. El libro está formado de diez poemas. En todos ellos hay expresiones líricas que la menor bastaría para hacer con ella un gran poeta de esos que escriben antes de comenzar, los consonantes de los sonetos. Para mí el poema "MARTA", es, si no el mejor, uno de los mejores del libro. "Marta" comienza así:

"Yo busco a la bien mandada,
a la que todo adivina,
a la mansa,
a la de los ojos siempre bajos,
a la que aprecia las lentas palmadas en la espalda
a la que sabe lo que es tragar palabras

y sonreír desde la sombra
a la que ocupa el más huérfano rincón del lecho."

El poema "Secreto", es sencillamente un alarde de fuerza y de belleza. De este poema copio, al azar, algunas ideas para que se aprecie su música:

"Eres algo más que lumbre de estrella
madurada en el color de las hojas
que el viento despierta por las madrugadas,
porque está hecha de la sustancia
con que el sueño fabrica sus figuras,
con que la fiebre expresa lo que halló
en el fondo tembloroso de la angustia que no tiene nombre.

He oído tu voz en otros mundos,
he sentido tu presencia en los humildes valles
en donde vuelven a crearse la penumbra, los lagartos y
(el silencio.

He oído tu voz cuando lo agradable
abrió las anchas puertas de la risa
o cuando la sonrisa abrió su ventana sobre un día
en que éramos inexplicablemente felices."

"Mujer con un ojo dormido", es un bello poema de eximia orquestación mental que define que en Santo Domingo, hay ya el gran poeta nuevo que esperaba. Y precisamente nace este hombre de lira en el valle de Baní, como Máximo Gómez, el hombre de la espada en la Independencia de Cuba.

"Tienes, nada más, un ojo dormido,
y en él adivino tu adolescencia quebrada,

tus sueños destrozados,
y veo que vas por un mundo sin caminos
bajo una noche larga
con lechos que no se hicieron para dormir
ni para descansar,
ni para morir siquiera..."

Para Incháustegui, parece escrita esta frase de Martí: "Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se entrelazan. ¿Qué es el poeta sino alimento vivo de la llama con que alumbra? Echa su cuerpo a la hoguera y el humo al cielo, y la claridad de incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra". Y del mismo Martí, hablando de Walt Whitman, el patriarca poderoso y natural de la lírica de la naturaleza norteamericana, —nos dice el egregio espíritu del cubano hechizador, (como dicho para que el joven y ya ilustre poeta dominicano, se entere y lo escuche, lo siguiente, al comentar una poesía de Whitman, en la cual dice este cantor que el "Canta la eternidad de la existencia, la dicha de la vida, y la hermosura implacable del Universo". Yo uso —dice— zapatos de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de un árbol".— Y Martí comenta esto y dice: "Y todo esto lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh, no! su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas."

¿Apareará consonantes Walt Whitman?

¡Oh, no! él habla en versículos sin música aparente, aunque a poco de oirla se percibe que aquello que

suena es como el casco en la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos los ejércitos triunfantes."

"En cinco líneas agrupa, como un haz huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recojer la frase y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo, en el uso de las palabras que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Su censura, inesperada y cabalgante cambia sin cesar y sin conformidad a regla alguna aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros." —¿No es, acaso, un precursor Walt Whitman de los poetas que queman hoy los establos para clavar sobre el campo y bajo los astros, el rumor de su vigilias de montañas? Este gran estudio crítico sobre Whitman, escrito por José Martí, condensa la nueva escuela y abanderiza su natural proceridad. Pienso, al releer a Whitman, en estos días, en la exposición genial que hace Martí de su obra y de su método de poetizar, y pienso seguido, por ley de afinidades, en el poeta Incháustegui Cabral, y lo sigo en sus ideas, en su música, en sus rumbos a la otra vigilia, con la simpatía de un hombre que goza con los triunfos de la lira de su patria y con los laureles musicales de sus compatriotas que saben ser abanderados del Ideal.

JUNTO AL POETA

En un breve espacio de cielo, se reune, para brillar, en magnífico conjunto, un puñado de estrellas. Este es el efecto que produce a mis ojos el breviario lírico que encierra el libro que publicará próximamente Gustavo Julio Henríquez. En el fondo de este libro hay como una extensión de plegaria que esparce en el céfiro de una tarde de otoño una sugestiva afirmación de ensueño impresionante. Gozo la finura de aire sentimental que circula por la enredadera de endechas que el poeta junta para que vivan abrazadas a su poder de amador y de cautivador de la Belleza que persigue su numen.

La auténtica poesía, en todo gran poeta, es la que se corona de nube, la que reza, la que se susurra, la que se enferma de los aromas de la noche y de los trinos de los amaneceres, en los ramos de rosas, en un rincón de jardín, para detenerse de súbito ante una flor, o para reclinarse, cálida y tierna, ante un surtidor que canta su encanto de agua fresca.

Me afirmo cada vez más en la creencia de que el poeta en *tono menor*, es el que más espacio de cielo ocupa en el misterio del corazón del mundo. Y Gustavo Julio Henríquez, es un primer gran poeta en el tono menor en la poesía dominicana. Su poesía íntima recoje en el tono confidencial, el eco de su jardinería interior. No la ciñe de oropeles ni de gritos de clarines. Su poesía, como la de Nervo y la de Andrés Mata y la de Luis G.

Urbina, que son las tres influencias estimuladoras, es para decirla al oído, para verterla como una caricia por entre el abre de los guantes en las manos de una mujer que llega con una sonrisa en los labios o que se aleja con una lágrima que no llega a rodar por el rostro de rosa porque el velo de encaje la retiene.

No es, pues, Gustavo Julio Henríquez, un poeta épico ni su poesía sería nunca onomatopéyica ni declamatoria. Ni se destaca en su instrumento lírico la preferencia por la poesía descriptiva, aunque a ratos, se enseñorea su verso por las cumbres más altas como ocurre en su bellísimo "Canto a Caracas" y en su "Oración Americana". Y en "La Torre del Homenaje."

El "Canto a Caracas", de gran aliento patricio, honra el linaje poemático hispanoamericano. El final de este Canto corresponde a un trazo de solar vuelo apolíneo sobre una alta cumbre:

"Caracas, fuerte y santa
madre de pueblos libres! Pródiga sementera
de héroes cuyas proezas la misma Historia canta
porque vibró en sus pechos tu alta virtud prócera!

¡Ciudad de mil blasones!
Quiero besar la tierra que tus recios varones
con su sangre tiñeron;
inclinarme, con gesto de profundo fervor,
entre los paredones
de tus casas añejas, que alguna vez oyeron
la palabra encendida de tu Libertador,
y deshojar al paso de tus bellas mujeres,
cuyas pupilas tienen luces de amaneceres,

En la "Oración Americana", brillan los mismos diamantes de entonación insigne que el poeta José Santos Chocano, mimara en su altivo penacho con sus dedos hechos para el canto épico. He aquí el final de esta vibrante "Oración Americana":

"¡América es tu hora!
la hora que te anuncia con ritmo de oración:
tú salvarás la idea que hacia tus mares huye
en busca de tu vientre, tropicalmente puro,
propicio a los milagros de toda redención!

¡América, mi verso a su pies ahora!
Tiende tu mano pródiga sobre los horizontes,
más allá de la gracia celeste de tu azul,
y, con fervor supremo,
entre sus sombras lanza
tu mensaje de luz
y verás cómo entonces se cubrirán de estrellas
y se abrirán al cálido soplo de la esperanza!"

Mas, yo sólo me siento vivir a plenitud en su verso azul de irremediable madrigalista que vive aferrado al culto venusino. Es, bajo esa estrella, que lo orienta en la noche, cuando conmueve imperativamente mi corazón.

No es en las altisonancias donde se relamen de gusto los labios de Píndaro y de Olmedo, donde Gustavo Julio Henríquez, encuentra, a mi ver, su expresión de poeta. Su plectro se solaza sólo en el roce de las velas que el amor y el dolor hinchan sobre la sensible epidermis de los hondos azules que él pone ante su vista de

cruzador de los mares. En su "Visión de Río de Janeiro", joya pictórica de este libro, que no me resigno a la tentación de no dar entera, domina victoriosamente, el secretos de los pintores poetas:

"Este mar que parece sólo maravilloso
por el supremo encanto que hay en su colorido
y su quietud suprema, junto al borde armonioso
de la orilla impoluta que es como tul tendido
noche y día en espera de un sol voluptuoso...

Estas innumerables villas multicolores
en la cercana altura asomándose en los rumores
de sus rizadas ondas que después, al llegar
a la playa, con copos de nítidos blancores...

Y, en fin, un cielo azul que es siempre azul y ostenta
una serena gracia que hace pensar en Dios
y con cuya infinita mansedumbre sustenta
sonrientes rosales y arboedas sin cuenta
entre el mar y la altura, que aroman a los dos!"

Y, ahora, hablemos del poeta de amor que va dejando en Gustavo latentes fibras por los cauces donde él se consume como un lampadario en contacto con la vida. Expresar lo que los demás sienten al través de uno o hacer sentir a uno el sentimiento de los otros, he ahí el ancho y prodigioso enigma apolíneo abriéndose paso hacia los astros o por entre las rosas, poder que sólo alcanza quien posea la gracia que los dioses otorgan a sus preferidos. Y esta gracia o prenda de excelencia, luce plena y diáfana en Gustavo Julio Henríquez, renovando con su aporte o reverdeciendo con ella, viejos y

gloriosos laureles que le son familares y permanentemente queridos. Refiérome a las liras de su raza y de su sangre. No es posible olvidar al ínclito y selecto artista Enrique Henríquez, de imborrable influencia en la poesía dominicana y la cual ilumina la trova de Gustavo, y se le siente resplandecer en su pórtico y en su techumbre epitalámica.

Por donde quiera que él ha posado el ala de su vuelo deja encendido sobre una frente de mujer el óscu-lo de su arte o el nimbo de un erótico ditirambo. En su orla de cantor o de peregrino del rosal venusino, tan grato a Orfeo le asiste la presencia del don divino que le enciende los ojos y se los deslumbra, como a todo poeta que sabe que la brisa que se enreda en los rizos de Eva, contiene el perfume de la inmortalidad, en la dura tierra, que los hombres no acaban de comprender todavía, porque ignoran cómo le sangra el corazón a la tierra y cómo le duelen las entrañas cuando cortan rosas con toscas manos o pisan simientes con feroces pies. Sólo el poeta sabe cortar rosas o recoger espigas sobre el surco abierto, llenándolo de música de ofertorio, en loor a la divinidad pánica y a la santidad apolínea:

Oíd: ¡espigas y rosas! Oíd: a este poeta dominicano, cuando exclama:

"Mi alma es a manera de un camino
que se llena de sol cada mañana
mientras la suave música del trino
irrumpe de la fronda más cercana".

"Por él va mansamente mi destino,
insensible a la ráfaga pagana,

dejando sobre el polvo blanquecino
eco sentimental de caravana".

"Mi alma es como senda sonriente
que en sus ámbitos guarda, con paciente
quietud, todo el tesoro de sus huellas..."

"Y cuando viene ya la noche oscura
reza hondas oraciones de ternura
bajo una blanca floración de estrellas..."

Y luego, ¡oh! rosas y espigas, inclináos ahora ante esta "Flor de Orgullo":

"La vida nunca te ofreció sus mieles,
más tú tampoco le pediste nada...
y así, a manera de adversarios fieles,
vivir es para tí banal jornada".

"Ante sus más fastuosos oropeles
se ha erguido tu sarcástica mirada
y aunque te hirió con sus desdenes crueles
tu orgullosa actitud no fué humillada..."

"Entre la vida y tú fué duelo a muerte
la pugna de que aún con alma fuerte
haces, invicta, prodigioso alarde..."

"Por eso, si te ofrece ya la vida
su grada, tu cabeza encanecida
responderá sin vacilar: ¡es tarde!"

Sed, estrellas y laureles, todo oídos, y luego todo alfombra, para oír y recoger el eco de esta "Voz Interior" de Gustavo Julio Henríquez:

"Ya muchas veces anhelé ser bueno
así como el buen pan, como la mansa
linfa del arroyuelo,
y dejar como el sol en cada rama
una cálida ofrenda...

Y me dije: —¡qué fuente de ternura
sería entonces mi alma, qué infinita
música de esperanza en el minuto
que ahora inútilmente se marchita
como flor sin fortuna!...

Y pregunté a mi instinto,
a mi pasado que colmó de voces
imperativamente mi destino,
y a mi mano que alguna vez fué pródiga
con la mano extendida...
Y esperando, esperando, hora tras hora,
la vida entera se me puso triste!"

Y si os place más deleitosa ofrenda, más alto galardón de pétalo de fino arte, os ofrezco la "Ansiedad" de este bardo, que vive sin sentir sobre su frente la lívida envidia punzadora que crece en los medios ruines, ígnaros y torpes. Gustavo, poeta y caballero, es un ornamento de gentileza en la república de las letras:

"Mi canto tiene ahora vibración de ansiedad...
y así irrumpe en el claro silencio de mi vida
como una voz distante
que me trae el mensaje de algún nuevo destino
y me deja una honda huella de soledad...

Ansiedad que es a veces el latido remoto
de algún absurdo afán,
que se quiebra de súbito y pasa y se deshoja
para no volver más,
para perderse en una lejanía de sombras
bajo un sueño de paz!

Ansiedad que florece sobre el ánima errante
como una arisca luz...
que no me dice nunca lo que quiere ni sabe
que es temblor de añoranza
clavada en una cruz!"

En este libro resplandece la idea que moviliza las imágenes del culto venusino. "Evocación". "Ruego". "Desde Lejos". "Pax", "Confesión", son testigos del evangelio de "ser en la flauta de Pan como Apolo en la lira". Es decir, carne y alma, luz de lo real y de lo ideal, removiendo triunfalmente la psiquis del poeta, o agitando las aguas de las fuentes de sus inspiraciones. Pero, por sobre todas las poesías de este libro, tiene mi cálida preferencia la titulada: "Voces del Silencio". En esta gran poesía, la más honda y sugerente del libro, encuentro la huella evanescente de los oros erráticos del crepúsculo, que caen sobre las cuerdas del arpa de este ilustre trovero, como gotas de angustias que tocan el pecho de las noches. Pero, a pesar de este silencio que se extiende plañideramente por el valle de una contemplación interior, flota en un no sé qué de melífica unción que se acuna en el rosal del poeta. Mis lectores conmigo se inclinarán ante esta poesía y repetirán conmigo la estrofa final:

"Silencio de una vida que se fué poco a poco
que se agotó sin eco...
silencio de mirada que tristemente implora,
fija en el alto cielo...
silencio de la muerte
que en el alma que vela va clavando sus voces!"

¡Siga fiel el apasionado madrigalista antillano sin olvidar jamás que la aurora nace en los labios de Venus, y se enjardina en los brazos de Afrodita! ¡Crea siempre que Apolo es rubio rey indesterrable, como el sol divino, que Palas Atenea, goza supremamente con la mano que practica la inextinguible religión venusina, que es concreción lúcida de las religiones que poseen y gobiernan el misterio de las florestas! ¡Y así, de tal suerte, esperemos nuevos libros suyos, con las manos llenas de loas y con la confianza orgullosa para rendirlas a su paso de sabio hechizador del verso azul y de la endecha crepuscular que, gracias a Dios, ocupa más espacio en el corazón del mundo!

BNPHU BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
FONDO BIBLIOGRÁFICO Y DOCUMENTAL

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

PETALOS DE ORO

(*Matilde Alvarez Frank*)

El marco de la hora actual del mundo es de siniestro contorno. Pero en el filo del dolor universal aún hay espacio para la presencia lírica de un pétalo de oro. Asistimos al desquiciamiento trágico de la espiritualidad. No parece que estemos en hora propicia al vuelo níveo del canto erótico. Pero, tal es de milagroso el trino que escucho, que se abre paso por entre las nubes que cubren el corazón del mundo en guerra.

Para la poesía siempre es hora. Para el rosal siempre es oro el beso del día. Hay quienes dicen que ya nadie lee poesías. Esos negadores, ni ahora ni nunca, amaron ni leyeron las poesías. Para ellos, no tuvo hora el verso en la categoría de las eminencias del espíritu. ¿Qué mucho o qué poco que ahora sigan negándole a la poesía linaje de cofre de excelencias? La poesía se abre paso por entre el montón de sombras, que hoy agobian el pensamiento de la humanidad, que, si bien es cierto que la moral humana asiste al lúgubre desfile de ensangrentados fantasmas, no menos cierto es el anhelo de encontrar una salida a un horizonte de esperanza. Y sólo la poesía sirve de claro dichoso en el camino que conduce a una placidez de remanso, o a un surtidor de paz espiritual. Por la poesía —puerta del beso— asomará la sonrisa de los cielos que la tierra espera. Por

eso hay que saludar como el nacimiento de una perfecta rosa, la aparición de una poetisa en el escenario lírico de un país, y reverenciarla como pura imagen de una nueva divinidad en la tierra. De ahí que yo lance en el vuelo de las campanas, un ramo de loas en honor de Matilde Alvarez Frank, poetisa de Cuba, que, juvenilmente viene con un sonoro milagro de puras melodías, a luchar por el cetro de la joven poesía femenina cubana, que tiene en su ilustre caudal poético un prestigio bien ganado en la poesía de América. Bastaría citar el nombre de Dulce María Loynaz, y los de Isabel Alvarez, de Esther Costales de Verdura, de Serafina Núñez, de Adela Jaume, entre otros que ya están rodeados de laureles. Pero, como no es mi propósito en esta crónica emprender una valorización, sino tejer o labrar una diadema para las sienes de Matilde Alvarez Frank, conságrome a decir que esta poetisa es un agudo y fino temperamento artístico, que me hace el efecto de una aurora melódica suspendida en el éter de los sueños juveniles, quemando sus ópalos en el urente filo de las realidades del amor que ya empieza a llovar ceniza sobre el desgranar de pétalos de sus jardines interiores.

¡Qué cosa más linda es el alma de Matilde! Y qué cosa más bella su lira de alba cantora! Esta espiga de canto, que no otra cosa es esta joven poetisa, dice en voz baja:

"Amado, cuando tú faltes
me seguirá tu recuerdo
y yo seguiré soñando
con aquellos sueños nuestros".

"Ninguno habrá que me ansíe
al cruzar por mi sendero

porque yo estaré impregnada
de tus caricia y anhelos.

Y no se treverá nadie
a penetrar en mi huerto.
¡Qué seré la amante que hizo
todos sus sueños eternos!"

¿Verdad que es, por su luciente espíritu, por su fragante matización órfica, una promesa hechizada de canto, que merece puesto de distinción en el parnaso de la poesía femenina de Cuba? Esta sílfide de los marinos azules tropicales, tiene, además, en los ojos una quemante orgía de luces, como no la había visto jamás bajo este cielo único y sobre esta tierra de solares poemas. Oíd, de nuevo, el canto de Matilde:

"Más que el dolor de arrancarte
de mi vida atormentada,
más que el afán de olvidarte,
me duele poder mirarte
sin que me despiertes nada...!

"Si me pregunta un amigo
por mera curiosidad
dónde estuve ayer contigo,
para no mentir, le digo:
¡que estuve en la eternidad!"

Matilde Alvarez Frank, solamente vive para la hondura del amoroso sentimiento, vive en una ascensión de superación espiritual. Llegará a ser enredadera cuajada de fulguración. Vive ella seducida por una generosidad de espíritu, por una acumulación de méritos, y pronto ha de ver a sus pies, cetros, cítaras y altares.

Ella trae el secreto del dominio en las esferas del arte y de la poesía. Y trae, además, como gracia, la infatigable e inefable capacidad de amar infinitamente. Prueba elocuente de ello es esta poesía que no me resigno a mutilar del todo.

"Alma mía, mi amor,
todo te lo perdono
en mi gran abandono;
pues qué me importa el precio de dolor
con que pago la dicha que he gustado
si el minuto que yo pasé a tu lado
tiene un precio mayor...!

(Desde que tú llegaste soy una vibración...)
¡tengo lo que anhelaba para el verso!
Más, como tienes fama de perverso
cuando estoy a tu lado me censuran...
¡Qué me importan los labios que murmuran!
Soy una viración. De cuanto bello
contiene la existencia estoy henchida.
¡Al fin es poco el precio que por ello
me reclama la vida!"

En el horizonte de la lírica del trópico, ya sea femenina o masculina —no hay más que una lírica y no hay más que poetas, sean hombres o mujeres— suele sorprender dolorosamente, inesperadamente, ver muchas promesas truncadas o malogradas, y llega esto a tal punto, que pocos terminan como han empezado, es decir, que se les enfrió el canto en los labios o se les escapó la esencia del alma. Pero, esto no ocurrirá nunca con Matilde Alvarez Frank. De ello estoy cierto. Ella

seguirá cantando, ascendiendo hasta el oro de los pétalos después de haber sembrado su camino de blancuras, dulzuras y amarguras. Atravesará jardines sin arrancar ni una rosa, sin quebrar ni un tallo, tan delicado será su paso. Ella será entre las flores la rosa melódica, que cuidará sus compañeras de jardín con célico arrobamiento. Y de tal suerte será Matilde, rosa perfecta y preclara, que será entre todas las rosas para ella, un albo ornamento de la poesía femenina cubana.

¡Mujer de América, linda mujercita del trópico brillador y cantor: ¡yo te saludo y reverencio desde el fondo de mi recogida y bendita humildad de hombre destrozado, "porque únicamente el que está destrozado percibe la aspiración y la necesidad de la perfección." Por eso, en mi voto, te deseo que seas todo lo feliz que puedas ¡oh, ninfa de la canción, esquife que ronda los mástiles de la aurora! Y sé siempre linda poetisa, (porque si bien las lindas son un peligro, las feas son una tragedia) para que Apolo esté siempre complacido y contento de tí, en cada una de las estrellas de la noche y en cada una de las rosas de la tierra.

RUBEN DARIO EN EL SALVADOR

Un gesto cívico en la juventud de Rubén Darío, merece registrarse en el libro cada vez más borroso de la historia del civismo americano. Ese *"gesto"* del poeta eleva su moral ciudadana y limpia su dignidad de toda mácula. La abyecta satrapía de un audaz ignorantón, no logró con óptimas ofertas humillar ni doblar su alma de artista. El alborescente cantor, el escritor en ciernes, presencia el golpe militar que él califica en su *"Historia Negra"* de *"hecho horrible"*, *"procedimiento incalificable"* *"cuadro ignominioso"* *"gobierno manchado por un crimen y establecido sobre bases de traición"*, lo indigna hasta el grado de rechazar con firmeza toda insinuación de favores que le fueron ofrecidos por el déspota que cree, en sus delirios de mando, que puede torcer el curso de la democracia o modelar la historia hasta convertirla en trapo que dobla y achica hasta que le quepa en un bolsillo, como sucia moneda, olvidando con ello que, mientras más la doble o achique, más pequeño y ruin será su nombre y más vileza tapara su boca cuando muera y cuando la tierra cubra sus huesos con repugnancia.

Era el año 1890. Ocupaba la Presidencia de "El Salvador" el general Francisco Menéndez, anciano militar. Hombre probo que ponía integridad moral donde los demás ponen obsesión y lucro y escuela de vilipendio; que alzaba escuelas donde los demás levantan patíbulos o prostíbulos. Este viejo general abrazó con des-

interés y serenidad orgullosa la causa de la unión centroamericana. Su gobierno era austero y popular como es de rigor a todo gobierno que nace para honrar la vida democrática de un pueblo. Cuando él llegó al Poder fué recibido con triunfales coronas de flores, con músicas y palmas en la bella y noble capital salvadoreña. Era el vencedor que llegaba con la bandera desplegada a los vientos de la libertad anunciando una era de progreso. Fué durante su mandato, liberal sin mancha en el pensar y en el obrar. Fué consecuente con las ideas que lanzó desde el primer día de su advenimiento al solio presidencial. Rubén Darío le llama "soldado sencillo y firme. Invulnerable su carácter catoniano como una coraza de bronce". "Vió —dice Darío— "la caja del Erario vacía, comenzó a llenar la caja del Erario, dando impulso al trabajo y siendo custodia de los caudales públicos que veía como cosa sagrada". Y agrega Darío: "La hermosa Casa Blanca de El Salvador nunca vió tanta modestia en su recinto, nunca guardó entre sus paredes tanta honradez severa ni tanta virtud hidalga".

Bajo la presidencia del general Menéndez llega Rubén a San Salvador. El predicaba y amaba la causa de la Unión de las cinco Repúblicas, bajo una sola enseña unionista. Funda en San Salvador un gran diario que pone al servicio de ese ideal del cual era el Presidente Menéndez campeón infatigable y convencido. El Gobierno rodea la persona de Darío de honores y de ayuda. Subvenciona el periódico. En la sencilla mesa del viejo Presidente, Rubén era diario comensal. El público recibió con entusiasmo el vocero que se llamó "La Unión Centroamericana". La prosperidad por primera y única vez sonreía de cerca al poeta. Pero el dinero se le

escurría de entre los dedos como el aire y el agua. Saber ahorrar era una virtud que él no trajo al mundo. El mezquino y turbio sentimiento del avaro no empañó jamás una hora el opulento cristal de sus albas de oro, de sus sedas de ocaso, de sus noches de champagne. En una de esas comidas con el Presidente Menéndez, se enteró éste del noviazgo de Rubén con la señorita Rafaelita Contreras, que a la sazón residía en San Salvador. Y el Presidente tomó con entusiasmo la idea de casar a Rubén y apoyó la boda. La ceremonia civil se verificó la víspera de los grandes festejos en conmemoración del aniversario de la victoria que llevó al poder al varón ilustre. Un gran baile de gala se celebraba en Palacio. Al fin de la media noche el palacio fué rodeado y tiroteado por la tropa.

El hombre de confianza del general Menéndez a quien él llenó de favores y de honores, de preseas y de galones era el intrépido oficial Carlos Ezeta, nombrado por Menéndez jefe del Ejército. Sentía Menéndez por Ezeta un cariño filial. Corría el rumor de que pretendía una hija del Presidente Menéndez, que no iba a la reelección, y le preparaba a Ezeta el camino del Poder. El general Menéndez "al oír los primeros disparos de fusilería de la tropa, se abrió paso por entre la concurrencia y se asomó al balcón, revólver en mano, y disparó sobre los amotinados que vitoreaban al general Ezeta. Sintió visible y amargo desengaño al oír este nombre, no por la traición triunfante como por el traidor que la encarnaba." Así relata Rubén el hecho en su memorable y cívico panfleto "Historia Negra", escrito y publicado pocos días después, en Guatemala, para donde pudo partir después de grandes dificultades, pues Ezeta no cesaba de llamarle y por fin le fué ne-

gado el permiso de embarque. Ezeta fué proclamado Presidente. Y lo primero que hizo la misma madrugada del golpe audaz fué buscar personalmente a Rubén para ofrecerle su influencia y apoyo oficial. Insistentemente fué tocada la puerta de la casa de Darío por emisarios de Ezeta.

El propio general Ezeta llamó a Rubén para "beber un trago por su éxito". Pero Darío se fingió enfermo y no le abrió su puerta. Desde adentro le presentaba excusas de no hacerlo por su invencible cansancio. Pero era por una tenaz e irreprimible repugnancia. Al levantarse decidió sin pérdida de tiempo marchar con su mujer casi de incógnito con destino a Guatemala. Al llegar a este país hizo un fiel relato de los acontecimientos que mereció los aplausos del Presidente de esta República y del pueblo que simpatizaba con el general Menéndez. Se publicó en el "Diario de Centro América". "La Nación" de Buenos Aires, lo reprodujo. Cuando Ezeta lo leyó estalló en ira y rabia y dijo: "¡Qué lástima, tanto como yo quería a Rubén!". Y en medio de su cólera agregaba: "Si alguna vez Rubén cae en mis manos no saldría vivo de ellas". Para bien y gloria de las letras de América no cayó Rubén en las manos del bárbaro. Si hubiera caído y hubiera salido muerto, toda la escoria del mundo no hubiese bastado para maldecir y cubrir la tumba del sátrapa.

Las ejecutorias del viejo Presidente se recuerdan aún. Le preocupaban dos objetos: escuelas para el pueblo y ejército para la nación. Prefirió entre los oficiales para el comando militar a Ezeta "por ser joven y ambicioso, simpático de trato". Pero era hombre, según escribe Rubén "de pocas luces, con cuerpo de Hércules

y manos de tigre. Entre sus amigos se hace notar por su charla de buen muchacho y la rudeza cruda del militar áspero e inculto. Se le juzgaba un hombre honrado. Hoy ya nadie duda de que es un infame. Puede llamarse a Ezeta parricida."

¿Cómo pudo la mano de este hombre favorecido, engrandecido por Menéndez, derribar a su viejo protector? Rubén se lo explica diciendo que "un relámpago de ambición escondido y aumentado cada día más por malos consejeros que le rodeaban, dió por resultado esa sangrienta oscuridad que la deshonra". Fraguar el crimen político, mimar día tras día la traición hasta descargar sobre la inmaculada víctima su nefasto golpe mortal, arrastrándose ante o bajo ella, como alimaña negra que se escurre y se desliza sigilosamente es y será siempre la estampa viva y siniestra del "asco", que hace crujir los dientes y apretar la boca y cerrar los ojos del hombre honrado que ve la vida como senda de elevación moral, como patrimonio trasmisible de honras que se agitan en la torre del espíritu, como cóndores en reposo o palomas sin hiel en los risueños aleros, en los despertares del sol.

Rubén pudo haber sido rico de no haber abandonado El Salvador y de no haber escrito su "Historia Negra". Fué un gesto cívico que vale por una hazaña. Los poetas también saben ser pararrayos que no tiemblan al rayo que se les mete en las entrañas. Cuando faltara un olímpico ejemplo, un escándalo de luz en las tinieblas ¿no os viene a la memoria el nombre de Hugo?

La noche de la alevosía de Ezeta, cuando el viejo general Presidente se dirigía al balcón, hirió en la mejilla derecha de un balazo, en pleno salón, a uno de los traidores. El general Menéndez, después de agotar sus

balas, bajó las escaleras y se encaminó solo a la calle, con espada en mano. La tropa infiel se batía furiosamente con los pocos que le eran leales al Presidente. Era ya un cuerpo a cuerpo. Su señora se interpuso, y él, como todo un hombre, le dijo: "Vaya usted a rezar que yo voy a cumplir con mi deber." Y salió a la puerta de la calle en un arranque conmovedor y poderoso en su ira noble y honrada. El general Menéndez llegó hasta la propia calle, en medio de los tiros, y lanzó a los amotinados este grito que aún resuena en los oídos de la Historia: "¡Miserables! ¡Si el general Ezeta quiere el Poder, que me lo venga a disputar de hombre a hombre, pero no derramen la sangre de esos pobres soldados. Infames, con las armas que les he dado me traicionan ahora."

"¡Trágico reto magnificente! Fué vitoreado por su guardia fiel. Eran los soldados del honor. Hasta un grupo de los amotinados se unió al grito de ¡Viva Menéndez! ¡Milagro del valor que suma estrellas, que abre los corazones, que domeña el corcel de la Victoria! Pero la estúpida y ciega desgracia, a veces, se empeña en fundir los bellos gestos de los bravos hombres. Y el general Menéndez dió unos pasos atrás, y cayó muerto, con la espada en la mano. Rubén escribe que unos cuantos soldados ebrios de aguardiente en su traición victoriosa, con las dagas apuñalaron al ilustre muerto. "El general Menéndez murió —dice él— de muerte natural. ¿Pero qué muerte natural es ésta?" ¿Queréis veneno? Ahí está el más corrosivo, el más ahogador, el más quemante, el veneno de la ingratitud. Un colapso cardíaco mató, fulminó como un rayo la vida del viejo patricio. La traición mata sin balas.

Rubén Darío no podía sumarse a esa sórdida ca-

terva de monstruos precipitados contra un anciano digno del cántico épico y de la ínclita loa homérica. El gesto cívico de Rubén merece recordarse. Y yo hoy lo recuerdo con filial emoción americanista.

¡Qué satisfechos estamos, Maestro, tus discípulos, amadores de tu plectro excelso, de ese rasgo de hombría de bien, de ese "gesto" de resonante civismo de tu juventud dignísima!

Valdría la pena que esa "Historia Negra", tan poco conocida fuera reimpresa, como escarmiento y castigo a los tiranos, que no logran a la postre, sino merecer el asco de la posteridad. ¡Valdría la pena que ese gesto de dignidad humana de un poeta, bohemio y andariego, que fué tan rico de rimas que llegó a ser rey a perpetuidad del parnaso americano, fuera de todos conocido y de todos alabado.

RECLINATORIO

(*Isabel Alvarez*)

¡Qué gozo tropezar con un alma recostada en el olvido, o enhebrando adioses en el canto errante! Ver desplomarse un alma sobre el silencio o sentir las pestañas de unos ojos cerrados dentro de un deshielo de pasiones que antes fueron brasas, es de un dramatismo tal que nos hace cruzar los brazos y bajar la cabeza porque apenas tendríamos fuerza para mantenerla erguida. Sólo con los ojos cerrados al borde de los abismos, medimos toda su profundidad y percibimos todos sus gritos y sus espantos. Esta sensación la he sentido al acercarme a la triste y desolada poetisa Isabel Alvarez.

La vida ha pasado sobre esta misteriosa mujer, alma de singular excepción, abatiéndole ensueños y esperanzas, como si ella no tuviera derecho a la merced de los días claros ni a la porción de las dádivas de estrellas que la misericordia reparte entre las buenas criaturas de Dios, en premio a que embellecen la tierra y decoran los caminos que conducen al azul de los cielos de Belén.

Esta lira de mujer ha cantado, sangrándole los labios a las estrofas. Ha sufrido mucho Isabel Alvarez. Por eso, las gemas marinas le han dado el secreto de las ondas y las ninfas del bosque le han comunicado el hechizo del encantamiento.

Cuando me ví frente a esta mujer, no se si fué por

la atracción de sus ojos de hondo mar o por su acibarado diluir de tristeza que sonríe en su rostro, no tuve más remedio que cerrar los ojos y cruzarme las manos sobre el pecho. Y cuando pude abrir los ojos no podría decir si la emoción era de haber llorado o de haber rezado. Entonces no me atreví a mirarla. De ahí que no me diera cuenta de que ya no la tenía delante. Se había deslizado como una onda. Y se escapó como una melodía que tuviera su linaje en la nube que pasa.

Pues bien: esta mujer suspiradora, amorosa y cálida enredadera del canto de la tarde, ha publicado ya dos libros de versos. ¡Cuánta emoción contenida en cofres palpitantes que sus labios besan y sus manos miman con un roce de sedas de tibios jazmines! Entre todos sus bellos aciertos, tengo predilección por este manojo que iré destacando. En su poesía *"Caminos"*, encuentro esta corola disipada en el viento que sacude el nido de las altas tristezas:

Un camino que va como una huída
buscando el lenitivo de un miraje...
Se nos va un poco el alma en cada viaje
con el dolor de cada despedida.

Esta cantora cubana lleva sobre sus ebúrneos brazos hechiceros, la perpetua interrogación de la vida, como una garra que hiere sin clemencia. ¡Cuesta mucho llevar sobre los hombros blancos el peso negro de una desolación clavada como una cruz que se hunde en la carne en pos de un lecho para su sombra inmóvil!

Sigo sus versos:

Mañana me iré sola,
y al abrazar distancias no se lo que persigo,
cualquier rumbo del mar me llevará a una playa,
y todas son iguales, porque no estás conmigo.

Mañana ya mi mano
no tendrá la caricia que tu boca le dió,
y quedaré extendida en un gesto doliente
pálida de tristeza, enferma de dolor.

Mañana, ya ni amigos
para contarnos cosas, dulces a media luz,
mañana es el invierno, mañana es la agonía.
mañana es la esperanza frustrada cada día;
mañana no eres tú.

Estos destellos de su lira son como lampadarios anhelantes en la tiniebla de las emociones. Agrego a esos versos otros de su estro, que son a manera de testigos angustiados del desmoronamiento de las noches sobre los nenúfares que se reclinan en los lagos sombreados:

Encontrase de pronto en mitad de la vida
apretando una dicha que se quiere escapar,
y saber que los siete puñales de la ausencia
rubrican el misterio que nos dice: ¡jamás!
Y luego andar y andar por caminos de sombra,
invocar la palabra que se quedó prendida
como un secreto enorme, dentro del corazón,
y saber que no hay límite ni tiempo ni medida
para colmar el ansia que aquel rezo dejó.

Esta trágica y deslumbradora mujer paréceme que está siempre abstraida en la contemplación de los dolores. Pienso, a veces, que en su voz, en su gesto, en su ademán, hay presencias de amarguras de virreinas destronadas, de huríes delirantes que escapan a la tragedia, en un vuelo de tules que cubren sus cuerpos.

Hay algo en ella de la abismática alma rusa, contemplativa y desoladora en la inconmovible contemplación de su silencio que se abraza al silencio de los otros. Dos silencios de estepas fatales, que se encuentran sin rechazarse, sin demandas ni urgencias.

¡Qué gran espíritu el de esta trágica Isabel que tiene, en medio de su soledad, tiempo y complacencia para cantar su pasión de mujer, con acento de fuente que juega con un poco de sol y otro poco de tierra.

Dicen así estos versos de Isabel:

Se lo conté a las flores...
Y en sus corolas vírgenes
el viento sonreía...
¡el viento lo sabía!...
¡El viento lo sabía!...
Se lo conté a la fuente...
Y repitió su nombre
sonora y dulcemente...
¡la fuente lo sabía!...
¡La fuente lo sabía!...
Y saltando gozosa
su nombre repetía...!
¡Hombre mío!...
Las raíces de las plantas

se hincharon con mi lloro,
la selva y el camino y el árbol
sollozaron...

Tu nombre se hizo música
de tristes resonancias,
parpadearon las luces
de los cielos remotos
sobre el lago dormido,
y en ondas quejumbrosas
fué tu nombre llenando
los confines del mundo,
todo cantó tu nombre sollozando...
la flor, el árbol,
el agua del camino,
el pobre peregrino
y la zagala impúber...

Cuando ella dice: *¡Hombre mío!* . . . es una cosa trágica y muy seria. Hay en este grito una maceración de todos los sentidos y una concentración lúgubre que ensombrece la vastedad de su silencio. Y finaliza esta bellísima poesía, para mí la mejor lograda del florilegio rítmico que su mano amiga ha depositado gentilmente entre las mías, con esta estrofa de entrega total de su emoción encendida, quemada como vela consumida en su propia llama:

Todo cantó tu nombre
por mi amor infinito,
todo cantó tu nombre
soñador y bendito...
¡Pero tú no lo sabes!...

Ya habéis oído el canto de esta sirena de tentaciones, de esta tormenta atormentada que se deshace entre dos paraísos: el canto y el hogar, donde ella tiene una bella hija que adora como recompensa al vuelo fatigado y que la compensa del olvido que la persigue de cerca.

Isabel: cuando el trino se rompa en tu corazón aunque el nido se hunda en sombra, míralo complacida, sonreída y déjalo con su afán de costa, camino del mar, hasta perderse en el azul horizonte. Y si retorna pidiéndote perdón, perdónalo y recíbelo en la infinita misericordia de tu alma trágica de artista.

LAGRIMA INFINITA

(*Discurso en el Teatro Encanto*)

Señoras y Señores.

Celebramos en esta mañana la aparición de un libro de versos de Hilarión Cabrisas. Este simple hecho nos junta las manos a todos en un sólo voto y en un sólo ademán ofrendatorio.

¡Caigan y permanezcan las recompensas de las Musas, sobre la pluma del novelista y periodista Jesús Masdeu, por su función de hada madrina, que le ha tocado en suerte, al propiciar la publicación del libro "Breviario de mi Vida Inútil", como también por la realización de este homenaje público, tanto tiempo deseado por el pueblo de Cuba, que lo llevaba en el fondo de su corazón, como un deseo largamente acariciado.

Hoy alcanza su expresión plena la apoteosis de las lágrimas en el sentimiento amoroso de la poesía en Cuba. ¡La odisea de las rimas tristes culmina en toda vida de poeta con la apoteósis de las lágrimas!

Pero, para lograr esta apoteósis, no sólo se requiere el aciago aporte de una vida sin ventura, sino también la condición de ser poeta genuíno. En todo poeta, late, larvada, la tristeza imprecisa de los seres que se desposan con su mal irremediable. Las lágrimas son blancas porque encierran el principio de la luz que recorre el alma humana en su agonía por alcanzar la imposible felicidad. Y claro está que el poeta que haya

sabido llorar sobre este anhelo de apresar lo divino, obtendrá siempre el favor de la inmortalidad. Los poetas que lograron encerrar sus lágrimas en un soplo de eternidad, desde Dante, hasta Verlaine, y hasta el último Amado de México, sembraron de estrellas el cielo y de lirios la tierra!

Las flores, en poesía, están hechas para encerrar y recoger en su seno las grandes lágrimas vertidas sobre el túmulo de los amores universales. El dolor teje estas flores y las fecunda el amor infeliz, y, entonces, las bautiza el Arte, con el nombre de "Lágrima Infinita." Os voy a decir el final de la poesía "Lágrima Infinita", de Cabrisas, porque ella me afirma en la creencia de lo que acabo de expresar.

Lágrimas que no alivia la tortura
de los ojos, cansados de infinito;
lágrima que no cura la amargura;
que no es ni queja, ni expresión, ni grito!...

Cántaros secos, áridos, mis ojos;
páramos sin frescura ni rocío;
febricitantes de escrutar los rojos
límites, del espacio y del vacío!...

¡Esa!... La que no llega ni ha llegado,
ni llegará a los ojos nunca... ¡nunca!...
Mi lágrima tenaz que no ha mojado
el Sahara estéril de mi vida trunca,

esa... no la verás, porque en la calma
de mis angustias, se ha cuajado en perla!...
Para verla hace falta tener alma;
¡y tú... no tienes alma para verla!...

Cabrisas, como todos los poetas que nublaron con sus lágrimas el oro de los Parnasos, obliga a la humanidad a reclinarse sobre su ofertorio de llanto. Por eso, en la fecunda historia del sentimiento elegíaco de la poesía, en Cuba, no podrá faltar el nombre de Hilarión Cabrisas, junto al de Heredia; al de Zénea; al de Julián del Casal; al de Juana Borrero; al de René López. Cabrisas es el Leopardi de estas islas melancólicas del Caribe sonoro. Ningún poeta en estos tiempos de vesania rítmica, ha alcanzado como Cabrisas, la plena expresión del sentimiento erótico, elegíaco, musicalizando, a manera de un Cellini de la melodía, la estrofa llena de exquisiteces de terciopelo, plena de perfumes de otoño, cargada de elegante y de fina tristeza, y sobre todo, de esa desgarradora nube de tedio infinito que se cierne, como ala negra y fatídica, sobre un prolongado deshielo espiritual!

Vivimos unos tiempos como he dicho antes, de vesanía inarmónica, en poesía. Yo no se hasta dónde ni hasta cuándo consentirá la sensibilidad del hombre moderno, la antena desorbitada del arte actual que amenaza con tragarse la elegancia de las liras maestras. Pretender desacreditar o borrar de la poesía la huella del sentimiento herido de amor o de infortunio patrio, o de punzante desengaño, aquivaldría a quedarnos sin historia de la poesía. Los poetas, —"torres de Dios"— como les llamó Darío, son los trasmisores de los sentimientos delicados, de generación en generación. Y sería defraudar a las futuras generaciones no trasmitirles este legado espiritual que los poetas han recibido de los dioses. Puede que una generación de hombres no sienta la necesidad de llorar sobre la huella de los grandes amores, pero estaría, de fijo, condenada de antemano,

a conocer sólo la mitad del amor, porque la otra mitad la forman las lágrimas infinitas!

En arte, siempre hubo esas ansias de incursiones escandalosas de minorías insatisfechas, ansias demoledoras que han paseado sus estandartes de guerra, sobre fraguas iconoclastas, entre estridencias de motores. Pero, por encima de esta expresión incompleta y ruidosa, ha quedado, a la postre, sobre el mástil de la historia del arte, la bandera única de la poesía del sentimiento, enarbolando el triunfo del corazón!

Valdrá siempre más al corazón del mundo, la lágrima de otoño en la urna cerrada de la estrofa, que todo ese tumulto de inarmonías despeñadas contra la vocación al dolor que consume al poeta genuíno en sus lúgubres ansias de infinito.

De haber nacido Cabrisas, bajo el sol de Italia, en los bellos días de Roberto de Anjou, Rey de Nápoles, habría sido coronado, como lo fué Petrarca en el Capitolio, por las manos de este Rey ilustre, en medio de doce niños, que declamaban sus estrofas a Laura, arrancada de sus brazos por la muerte. ¡Qué bien ceñida la corona de laurel en medio de las desnudas frentes infantiles! Paréceme como que señala a la infancia la ruta de los dolores y de los vía-crucis inmortales. ¡Qué bien luce el laurel, sobre los armiños sonrientes, indicando que en el fondo, son niños, todos los poetas, ios todos los hombres que sufren, y todos los seres que, dormidos sobre el sueño de una esperanza muerta, se aferran a sus deshechas ilusiones!

De ahí que el poeta que no sepa sentir como el niño y escribir como hombre, no logre la plena apoteosis de sus conciudadanos. He aquí un fragmento de una

poesía de Cabrisas, en la cual su gran alma de niño enfermo y bueno, resplandece de pura que es:

¡Reyes de mi niñez! Por el humilde
pesebre del Infante de María;
por la dulce mirada
y la dulce sonrisa,
que dicen las leyendas de aquel tiempo
os dió Jesús en vuestra visita,
cuando a ofrendarle fueron
Baltasar oro, incienso, Gaspar, y Melchor mirra;
sed piadosos conmigo y perdonadme,
que yo puedo curarme todavía.

Yo pondré mis zapatos, como un niño,
en la ventana abierta de mi vida,
y esperaré que llegue la mañana
soñando que soy niño todavía,
pero que soy niño que no tiene
curiosidades locas ni malditas
de verlo todo, de analizarlo todo,
de correr a porfía,
detrás de los secretos,
que nos tiene vedados el enigma...!

Baltasar: dadme el oro
de una conformidad, mansa y tranquila;
de un encontrarme bien, en cualquier forma,
sin correr afanoso tras la dicha.
Gaspar; tráeme tu incienso,
sahúmame el altar del alma mía;
que Melchor, compasivo,
pondrá también su mirra,
y yo me curaré de mis afanes.

de esta curiosidad tan infinita
que desde niño me amargó las horas
y va siempre conmigo por la vida!...

¿Qué me traerán los Reyes este año?
¿Qué me traerán, Dios mío?... ¿Más ceniza?
¿Más carbón?... ¿Qué será?... ¡Ya estoy curioso!
¡No me curo, Dios mío!... ¡Qué desdicha!

¡Qué influencia más bella ha ejercido en el arte de Cabrisas, natural y espontáneo, la poesía provenzal! Es el trovador, el rondador, el ruiseñor sin refugio, con el asombro de la noche entre las alas! Quien no haya sentido esa dulcísima influencia de los troveros provenzales, en sus comienzos líricos, restó a su lira las aromas del amor y del dolor que mantienen encendidas las guirnaldas de luz que impregnan los lejanos cielos.

Esta poesía provenzal influyó en el Dante, le preparó el alma; le donó perfumes inmortales a sus versos. Influyó en sus antecesores como en sus sucesores. En Dante Alighiere, para llamarle por una sola vez por su nombre de pila, fué palpable esta señorial influencia de los trovadores, en su "Vita Nuova", donde recoge a la manera provenzal, su amor y su dolor por la novia muerta. Estas poesías se cantaban por las calles de Italia, en todos los cafés, en presencia del poeta atormentado. Y siguió el Dante, por toda su afanosa existencia, cantando a su Beatriz, anhelándola, inmortalizándola, hasta clavar su nombre por siempre, como enseña de su vida, en el tope de su peoma inmortal. Beatriz Portinari, su bella muerta, de no haber sido cantada por un poeta modelado en el azul provenzal, estaría hoy tan olvidada e ignorada como una de las mil y una rosas que

el poeta entregara a la caricia de sus manos, en el jardín de su casa solariega. Pero, su amor cayó, a la hora propicia, en tierra fecunda para el canto sentimental. Y le dejó al poeta para siempre, el sello de un infortunio inconsolable que le hizo fijar sus ojos en el cielo, hasta aprisionarlo entre sus versos. Precisamente, por este dolor de amar a Beatriz desaparecida, pudo ese estro de la desolación de Italia, imprimir valor de perennidad a su Divina Comedia.

En su obra, —monumento del espíritu humano— la elegía teje sus más bellas coronas. Casi tengo ganas de decir que fuera de la elegía no hay gran poeta ni gran poesía. En la elegía, cuando la asiste la tragedia íntima de un amor deshecho, verdadero, sincero, está columnada la poesía universal. Veréis ahora, como cuando el Dante, que viene acompañado de su amigo Virgilio, enviado por Beatriz, recorriendo el Infierno y el Purgatorio, encantado de esta amable compañía, cuando se ve que va a llegar al cielo y sabe que allí le espera Beatriz, entonces, aparta a Virgilio, y entra sólo. No quiere en este instante, testigo. En ese momento no quiere el poeta la compañía de su amigo. Va a caer sollozando en los brazos de su Beatriz augusta, y siente entonces el inquietante egoísmo humano que siente todo hombre ante la presencia de su amor. Quiere estar sólo con ella. ¡Véis ahí, revelado el sentido humano de la Divina Comedia! Ese sentido humano del enamorado que, al fin, va a enfrentarse a su amor y a su dolor, inyecta luz de vida eterna al poema del Dante.

Petrarca también recibió la influencia del canto provenzal, en su forma y esencia. Llegó Petrarca a la grandeza cuando se sirvió de la ternura para cantar a Laura de Nobes; y muerta su musa, asume, desde enton-

ces, un acento poético solemne, en todos sus cantos. Y cantando así, a lo provenzal, le sorprendió un día la muerte, en su biblioteca, con la cabeza reclinada sobre un libro abierto. ¡Le alumbraba en su pupila una lágrima infinita, la última que no pudo recoger su lira egregia! Véis, ¿cómo la religión de la amada ocupa la imaginación de todo poeta verdadero? En el amor y el dolor, se purifica el alma de todo gran poeta y se santifica su gloria y su renombre. Por algo nos legó Rubén Darío, este maravilloso terceto:

"Oh saber amar es saber sufrir,
amar y sufrir, sufrir y sentir,
¡y el hacha besar que nos ha de herir!"

Los griegos supieron llorar mejor que nadie. De ahí que sobre ninguna tierra, acumulara más laureles la Fama. Los griegos crearon la elegía, maestros en todos los géneros, sobresalieron en la expresión del amor y del dolor. Cuentan, entre otros supremos pontífices, con el gran Ovidio. ¡En su libro "Los Tristes", libro de destierro, lanza este poeta, a la posteridad, sus alas fatigadas de lágrimas gloriosas!

No es, pues, poesía inservible, la poesía del corazón. No son, pues, inútiles las lágrimas, cuando las llora una gran alma desolada. Nervo, en la "Amada Inmóvil", me hace el efecto de un ser seráfico con una lira en la mano, despedazándose contra una roca que se deshace en lágrimas, ante la muerte de su incomparable Ana de Francia! Así, Cabrisas, poeta sentimental, poeta elegíaco, por excelencia, poeta del amor y del dolor, arranca a su lira, como del seno sangrante de una herida, sollozos supremos que cuajan en lágrimas, que

han conmovido las fibras de la poesía nacional cubana.

Innumerables son las veces que este gran poeta de Cuba, vierte en su libro "Breviario de mi Vida Inútil", en estrofas puras, el aciago vino de las grandes decepciones de su paso por el mundo. Es poeta en todos los momentos. Su hechizo está en la emotividad y en la musicalidad que vuela sobre su excelencia de trovador, que ya no cree en nada ni espera nada. Todo cuanto él toca o canta, lo baña de melancolía suspiradora. Si rinde tributo a su patria, se le ve el alma fervorosa, pero se le escapa también, entonces, un poco de sombra de su duelo íntimo, al través de la ternura con que la saluda y reverencia. Váis a oir algunas estrofas, escogidas al azar, de su "Oración Votiva" a José Martí, el más grande de los cubanos y una de las santas reliquias de América:

Tú también fuiste triste, Martí!... Tú también fuiste
inmensamente triste. Una aureola te viste
de luminoso resplandor.
Y en el instante trágico, y absurdo en que caíste,
nadie enjugó tu herida, ni un corazón tuviste
a quien confiarle tu dolor!...

Por eso no es mi verso un canto de epinicio
sino un himno votivo a tu hondo sacrificio
de todo anhelo terrenal;
que no hubo humano escollo, ni mar, ni sacrificio,
ni súplica, ni ruego, ni amor, ni maleficio
que se opusiese a tu ideal!

Nadie como tú, supo de todas las tristezas,
de todas las angustias; espinas y malezas
se conjuraron contra tí.

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO

Dios, perdonaste todas las humanas vilezas;
hombre, no te embriagaron las humanas grandezas
padre y lirófolo Martí!

Y aquí estuvo tu fuerza: en tu dolor intenso.
Qué abismo más abismo que tu alma, que denso
límite más que tu dolor
¿Dónde hallar otro ejemplo de sacrificio, inmenso
como el tuyo, que fuiste para la patria incienso
que ardió en la pira del amor?

Nostálgico, errabundo, proscripto, silencioso
trágico mendicante sintiendo el oprobioso
yugo del esclavo en la cerviz;
pálido como un Cristo enjuto y ojeroso;
eras, más que árbol, leño de dolor, seco, añoso,
y más que flor eras raíz...

Pero te hundiste, Padre, en el negro infinito
de la muerte, tan pronto como lanzaste el grito
de nuestra heróica rebelión.
Como Jesús, te fuiste sin ver triunfar tu mito;
triste, como viniste, santificaste el rito
con sangre de tu corazón!

¡Cómo hubiera agradecido este votivo canto del doliente aedo, aquel supremo varón de todas las ternuras que se abrazó a las balas en Dos Ríos, para que no fueran a herir ni un árbol, ni una piedra de su tierra antes que su pecho, en donde todo dolor tenía su cruz y todo amor su altar!

Señores: Para Cabrisas que triunfa hoy todas las palmas! Para el Cabrisas que llora y sufre: todas las loas de mi alma antillana!

EL FARO DE LA DEMOCRACIA

El "Faro de Colón" tiene sus enemigos. Y los ha de tener más numerosos y poderosos a medida que se acerque su inauguración. Santo Domingo no es un país dichoso para dormir sobre sus viejos laureles históricos. La suerte de Santo Domingo está empeñada en esta empresa del Faro a Colón. En virtud de este propósito americanista es hora de deslindar el Faro, de los Restos. Es decir, habrá FARO como un homenaje de América a la memoria de Colón, aunque se sigan discutiendo sus restos. Pero el FARO no debe discutirse. Se erigirá el FARO y bajo él reposarán las cenizas del genio que ha merecido, por la grandeza de su hazaña, que le dejen sus huesos en paz de Dios. Estos se colocarán bajo el FARO. El FARO es una cosa aparte de sus Restos. No deben discutirse en el momento de ser trasladados. Ha de llegar el buen día en que Santo Domingo, nombre una comisión que recorra el mundo para producir con sus pruebas y luces un movimiento perpetuador de la verdad histórica! Esta Comisión, crearía la necesidad de la verdad sobre los restos de Colón. Ella, invitaría a España, a afrontar definitivamente una discusión oficial y pública sobre la autenticidad de estas caras y gloriosas cenizas. Del choque de las dos tésis, la dominicana y la española, saldría la verdad depurada, y uno de los dos restos, o los de Sevilla o los que están en la Catedral de Santo Domingo, serían depositados bajo el Faro Monu-

mental, que la gratitud de América, erigirá al desgraciado nauta genovés en la costa de la Isla que él amó tanto! Y así, acabará de una vez y para siempre, el litigio que no deja tranquilos los restos del hombre que mayor servicio rindió a la Civilización y a la Democracia, para que los hombres de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las lenguas, vivieran hermanados en el Nuevo Mundo. Colón fué el predestinado demócrata, por excelencia, porque le dió medio mundo a los pobres de la tierra, y le dió al mundo entero, un camino nuevo para el trabajo universal y para la esperanza que sueña con la lumbre de un hogar. La veracidad de la tesis dominicana no rehuye la discusión si se presentare antes de la inauguración del Faro, a su memoria. Pero esa discusión sería larga. Este problema lo deben diafanizar los especializados. Los datos se deben difundir en libros y folletos, en ediciones populares, y si fuere posible repartirlos como obsequio, tanto mejor.

Conviene recordar que la España oficial, no estaría nunca dispuesta a reconocer la tésis dominicana, o sea la del hallazgo de los restos de Colón, el 10 de septiembre de 1877, si no se le somete antes una amplia prueba documental indestructible. Y, sin que España reconozca esos restos, como los verdaderos, la humanidad quedará siempre dividida, pues, España és, a ese respecto, la mitad del mundo, la otra mitad es Santo Domingo. Sería de desear el reconocimiento de España. El de Washington, y el del resto de América, como también el de Alemania, Italia y Francia, no bastan. Estos países reconocen como buena la tésis dominicana. España podría emplazar a la hora de la inauguración del Faro, a que se le demuestre que esos restos son los verdaderos.

En este caso, sólo se lograría azuzar la controversia a destiempo.

¿Y cómo conseguir ese reconocimiento? Reuniendo, en Santo Domingo, y luego en Sevilla, a hombres sabios en paleografía y en epigrafía para que estudien y fallen, sobre el terreno, con el estudio de la caja de plomo, lo que corresponda a su misión, y llamando a una reunión de sabios españoles, a discutir con otros extranjeros, para aportar sus ciencias, borrando las tinieblas de esta cuestión histórica, en la cual la tesis española empaña y perturba la verdad.

Los sabios oficialmente, llevarían el asunto a las Academias y Centros científicos, para acordar el reconocimiento. Mientras tanto, una Comisión Dominicana, debiera salir al extranjero a completar su documentación, para destruir la labor dañina de los publicistas españoles hostiles a la tésis dominicana.

El reciente libro del crítico español Luis Astrana Marín, de más de 500 páginas, se propone dos cosas: demostrar la autenticidad de la cuna de Colón y demostrar que sus cenizas NO SON LAS QUE SANTO DOMINGO GUARDA EN SU CATEDRAL. La primera de estas dos cosas la consiguió a plenitud, demostrando que COLON ES GENOVES. Pero, la segunda, a pesar de sus dotes de hombre cultísimo pero no "especializado", no la ha logrado! Y se le podría con sus palabras, demostrar la flojedad de sus argumentos, y, sobre todo, echarle en cara su duda mortal y su vacilación de hombre inseguro que, en resumen, indica con su duda, la falta de pruebas para echar abajo la tésis dominicana. De nada serviría polemizar ahora ni enconar la cuestión. Pero es hora ya de proclamar que el Faro Monumental,

debe ser erigido y colocadas bajo él las cenizas del "pobre y desgraciado extranjero" como un homenaje de las democracias americanas, al genio de la democracia del mar, que le arrancó al océano el secreto de medio mundo, para la libertad, para el trabajo, para la esperanza.

Luis Astrana Marín es hombre bien reputado en España. Lo conocí en Madrid. Le interesaba en esos días destruir en la prensa todos esos muñecos de Colón gallego, extremeño, catalán, etc., le ofrecí el folleto del austero y atildado escritor Emiliano Tejera, sobre la verdadera tumba de Colón. Y se alegrró mucho de mi ofrecimiento. Al día siguiente lo tenía en sus manos. Y ese es el folleto que él glosa, comenta en su libro, como si lo desnudara con garras, y uñas y dientes. No me pesa haberle facilitado el folleto. Si me duele no haberle vuelto a ver, para explicarle la calidad moral e intelectual de Tejera, a quien él trata poco más o menos que irrespetuosamente en su libro. Y es que todavía apasiona a España el caso de la cuna y de la tumba de Colón. Todavía este inmortal navegante le quita el juicio a la Madre Patria. El hecho de que Colón no quisiera nunca, ni en la hora de morir, ni para salvar sus intereses ni sus derechos, ser español, adquiriendo esa nacionalidad, que tanto le hubiera honrado y aprovechado, no se le perdona en España. Y en las páginas del libro de Marín, este espíritu de animosidad toma cuerpo. Colón dió a España, a perpetuidad, el don de juventud, con un Mundo Nuevo. Pero, sin España, hay que confesar que Colón no hubiera logrado la universalidad de su nombre. El espíritu de España infló las velas de sus naos y la ha mantenido siempre en alto y desplegadas al través de los siglos, manteniendo en sus topes la luz que envuelve el

nombre y la hazaña de Colón. Otras naciones hubieran borrado su nombre de esa portentosa hazaña, por "pobre y desgraciado extranjero". Pero, España, no. Es justa la queja que produce toda ingratitud real o aparente, aunque ella venga del genio audaz que completó la redondez del orbe.

Toda la tercera parte del libro de Astrana Marín, es decir, desde la página 447 hasta la página 449, la consagra a rebatir a don Emiliano Tejera. Pero lo curioso de este estudio es que comienza y termina con una "interrogación", con una duda. Esta duda no obsta para que en medio del libro, ponga Marín afirmaciones concluyentes en contra de la veracidad que sostiene Tejera.

Astrana Marín, comienza así su estudio sobre los restos de Colón: "¿Dónde se guardan las cenizas del primer Almirante? ¿En Sevilla o en Santo Domingo? Para que el misterio rodee todo lo tocante a Colón, también se ha llevado la oscuridad al paradero de su mortales despojos".

El hombre que tal piensa y tal escribe no demuestra poseer arraigada convicción. Más adelante agrega: "Confuso, ciertamente, se presenta el proceso de sus huesos". Y aborda a continuación el tema y el análisis de la cuestión de los restos desde el primer traslado de ellos hasta el último de que hay conocimiento. Luego, entra en el estudio del hallazgo. Se ve que ha leído bien el folleto de Tejera, pero asistido de prejuicio. Nótase que es su imaginación la que trabaja y la que aporta interpretaciones, no la ciencia ni la experiencia en la materia.

Lo más interesante, o mejor, lo que debe interesar conocer es lo que él dice con respecto a las inscripciones.

BNPHU

Dice: "La caja de plomo hallada el diez de septiembre de 1877 tiene demasiadas inscripciones, por arriba, por abajo, por delante y por atrás, más una planchita de plata dentro, y por ende, ninguna de esas inscripciones pertenece al tiempo de la inhumación de aquellos restos por la virreina. Y ésto es irrefutable". Luego, en el capítulo que titula: "La burda falsificación de la caja de plomo de don Luis", hace estas aseveraciones: "Las letras de la caja que contenía los restos —toda ella de plomo batido— son positivamente modernas—. Y en una llamada que hace al pie de este capítulo, dice: "Todo esto, como se ve, dice bien poco en favor del hallazgo y de la seriedad del asunto". Y termina este capítulo de este modo: "A la verdad, las circunstancias que concurren en el hallazgo: pérdida, reintegro, inscripciones, erradas, etc., ofrecen un tufo de superchería por demás patente". El autor ignora que sabios alemanes, norteamericanos, franceses, han hecho demostraciones y afirmaciones contrarias a las suyas.

Sigue otro capítulo que, entre otros títulos, se ve éste: "CARACTERES DE UNA TORPE SUPERCHERIA". En este capítulo hace el recuento de lo que contenía la caja de plomo, en sus pequeños detalles, siguiendo a Tejera, y con ironía de mal gusto exclama: "y una bala de plomo! . . . A poco se encuentra la célula personal del Almirante!".

No es éste un asunto que se preste a hacer vulgares chistes, mi querido Astrana Marín. Su trascendencia y gravedad histórica y científica requieren espíritu de seriedad, y sobre todo, conocimiento pleno del asunto, al través de una pura ciencia al respecto.

Astrana Marín, rebate a Tejera, sobre la antigüedad

de la caja, diciendo: "Yerra en casi todo ello señor Tejera. Ni los restos salieron de sevilla en 1536, ni semejante caja, por las inscripciones y demás caracteres internos y externos, pudo fabricarse en Sevilla. Nuestra opinión, por el contrario, se inclina a creer que la caja es moderna, sin posible apelación. Moderna relativamente, queremos decir". Y afirma que: "las inscripciones no pueden pertenecer a los siglos XVI ni XVII". Y entra en el estudio de las inscripciones. Pero sólo encuentra para rebatir a Tejera, en lo que este publicista afirma sobre el uso de la palabra "América", lo siguiente: "Don Emiliano Tejera comulga con ruedas de molino si imagina que semejante inscripción pudo ponerse en 1536 ni en Sevilla ni en ninguna parte". "Repito que la inscripción es moderna. Lo indica el carácter de la letra". "Nadie se ha fijado (a lo menos yo no lo he visto en ningún escritor), en la "r" final del Primer Almirante". Esa "r" por sí sólo muestra que la mayor antigüedad que podría darse a la inscripción es el último tercio del siglo XVII". "Efectivamente, es cuando se comienza a usar esa forma de letra, que se asemeja mucho a la "x" y dura hasta 1880, poco más o menos. El avezado a examinar documentos antiguos, no podrá negar lo que exponemos". "Ahora, por el resto de las inscripciones y de la planchita de plata, la antigüeddad de la caja de ninguna manera pertenece ni al siglo XVI ni al XVII ni siquiera al segundo tercio del XVIII, TODO LO DEMAS, a fines de este siglo o principios del XIX. ¿Es absurdo, a la vista de semejantes inscripciones, pensar en una falsificación? Se nos puede creer bajo nuestra palabra, que tales inscripciones —como entenderán bien los versados en epigrafía— no se hicieron jamás

en los siglos pasados sobre cajas de plomo ni de vivos ni de muertos". Insiste el escritor hispano, en otros capítulos, sobre lo mismo, fundando su negación de los restos que están, positivamente, a juicio de eminentes hombres de ciencia, en la Catedral de Santo Domingo. Una sola letra, una "r", le basta para renegar de esos restos. ¡Bien!, paso por alto todas sus afirmaciones y todas sus interpretaciones de una cosa que él sólo, acaso, halla visto en láminas impresas; cállome ante su sabiduría que más vacila que afirma, para quedarme con su duda contenida al principio y al fin de la tercera parte de su libro. Y sobre todo, para recoger el último párrafo con que cierra su estudio de los restos de Colón. Olvido, para ello, la breve afirmarción que antepone a su final. Esta breve y desdichada afirmación dice así: "Indisputablemente, los verdaderos restos de Colón descansan en Sevilla. ¿Pero, ya olvidó Astrana Marín, su interrogante, al comenzar su estudio? ¿Y cómo se explica esa seguridad, con lo que pide y propone o desea en el último párrafo que revela por lo demás una actitud de prudencia? A continuación de esta peregrina afirmación de que los restos verdaderos están en Sevilla, dice, como final de su estudio, que: "ésto demostrado, y proponiéndose los dominicanos erigir el Faro de Colón, donde se encierren los que siguen teniendo por despojos del Almirante, fuera de desear una información oficial completa, en su sepulcro de Sevilla, que, de una vez para siempre, dejará dilucidado este asunto y acabase con la más inocente de las supercherías forjada en torno al Descubridor, que habiendo dado a la Humanidad un Nuevo Mundo, ni siquiera le dejan dormir tranquilo su último sueño".

No le dejan dormir en paz los indocumentados o

malquerientes, que son los que después de su muerte le han atribuído varias cunas y varias tumbas! He leído alrededor de esta polémica que los restos que están en Sevilla, pertenecieron a un pobre barbero que feneció en La Habana. Colón reposa bien tranquilo en su sepulcro de mármol y bronce, en la Catedral de Santo Domingo, mientras no se demuestre lo contrario. Que lo demuestren sus negadores.

La idea de Astrana Marín, de la cita en Sevilla, no me parece mal, pero es ahora inoportuna. ¡Ojalá Santo Domingo la aceptare y concurriera a la cita, con la información oficial completa que él desea. Sato Domingo, no busca otra cosa ni desea otra cosa sino aclarar honorablemente este caso. Nunca estuvo en mente dominicana inventar o patrocinar una superchería. Sepa el cáustico crítico Don Luis Astrana Marín, que la moral dominicana está muy por encima de toda vulgar impostura.

Discútase en buena hora la autenticidad de los restos de Colón. Pero que no se mezcle esta idea con la del Faro Monumental. El Faro de las democracias de América, en honrar al primer demócrata del mundo, será erigido, para iluminar las rutas y las conciencias americanas, en una hemisférica apoteósis de gratitud. El Faro no seguirá a los Restos. Los Restos seguirán al Faro. Y este Faro será la gran pupila de la Democracia, que desde Santo Domingo, bañará los caminos oceánicos que recorrió aquel "POBRE Y DESGRACIADO EXTRANJERO", como se llamaba Colón a sí mismo, repetidas veces, en cartas a los Reyes, como si con ello quisiera humillar sus timbres gloriosos y golpear de tal suerte la cara de la injusticia que le abrumaba, y clavar así, en el vasto cielo, la adversidad que los siglos no han podido borrar todavía de su cuna ni de su tumba.

LA CHINA LEJANA Y SONORA

Para China, país que sufre, la palabra inclina su hálito de simpatía y el corazón sus devociones votivas.

China, tierra de ensueño y de canto, tiene una moderna poesía de inquietudes. Poesía sin murallas, poesía abierta como los mares.

Escuchad, una poesía de un joven poeta chino, desaparecido hace diez años. Cuando él escribió estos versos, estaba en plena radiante adolescencia:

P O E M A

Por SHU TSZE-MO

Quiero cantar las preces de este gran universo
quiero olvidar las penas de este mundo
como el jilguero alegre
gorjeando y saltando
y que ella me acaricie siempre como una brisa leve.

Quiero que mis versos se deslicen como agua cristalina,
y que mi corazón lata con la quietud de los peces en el agua.
Pero mi corazón está agitado
y ya no podré cantar.

¡Oh, Dios!, mientras no me devuelvas la vida y el amor!

¿No son bellos? No se ve en estos versos un corazón de poeta que mira al infinito?

Wang Ching Wei, fué Presidente o Premier de

China, cuando escribió el poema que vais a leer ahora. China, lo considera uno de los más grandes poetas de su lírica moderna y también uno de los próceres más ilustres de su espíritu de modernización.

He aquí su poema:

CONSERVARE SOLO MI ALMA INMORTAL

Por Wang Ching-Wei

Traer chinas a la playa para llenar el océano parece tarea torpe
(y extraña,
y desesperada ante la expansión de diez mil millas de mar;
pero lejos de aburrirme de mi vuelo solitario,
me avergonzaría descender a nadar entre las gaviotas.

La violetas tienen un encanto embriagador;
cuán difícil es reengendrar a la Naturaleza!
Más cuando estas flores renueven su lozanía en la primavera,
en su púrpura algre y festiva aparecerán los vestigios de mi
(sangre!

Magnánimamente yo le canto al Yen de antaño.
Tranquilo penetro ahora en mi prisión;
qué alegría: morir decapitado,
única muerte digna de una cabeza joven!

El nombre CHING-WEI tiene un significado especial con aplicación a este poema. *Ching-Wei* es el nombre de un pájaro marino, parecido al cuervo, de pico blanco y garras rojas. Según una leyenda china la hija de un rey, se ahogó en el mar. Su espíritu se convirtió en el pájaro lamado Ching-Wei. Este pájaro se dedicó a recoger piedrecitas preciosas en las montañas

para transportarlas al mar en la esperanza de lograr llenarlo para que nadie volviera a perecer ahogado.

Este poeta fué un gran paladín de la causa del pueblo chino contra el régimen Manchú. En el año 1910 fué sorprendido en una conspiración para el asesinato del Príncipe Regente, y fué condenado a la pena de muerte, por decapitación. Posteriormente la pena le fué conmutada por la de cadena perpetua. Desde la prisión dió a la luz pública sus famosos poemas, inspirados todos en un intenso patriotismo.

¡Gran poeta! ¡Gran patriota! ¡Chino eminente! La literatura moderna de China, está cuajada de soles que bañan los oros viejos de la historia gloriosa de sus poetas de la antigüedad, en la cual abundaron grandes poetas clásicos en esa China misteriosa que mantiene en alto el prestigio de sus tradiciones. Qué atrayente estro fulge en las siguientes estrofas:

"¡Oh, cantos elegantes! ¡Oh flautas enervantes!— ¡Oh raras armonías de flautas y violines! — Y bajo los candelabros de plata, el fulgor de las copas de oro y el esplendor de las jóvenes con cejas de color de martín-pescador. — ¡Qué gloria servir a nuestro señor, el soberano del mundo! — Ha de tener realmente un fin tal día? — La Vía Láctea palidece; el cielo se ilumina, y henos aquí, aún sentados; no se dá la orden de partido.— Al aparecer la suave aurora de primavera por encima de las murallas, la luna se aleja del cielo. — Todos los comensales se desvanecen de alegría".

"En las tumbas de oro. Fresca brisa sopla en la tranquila noche. — Sólo, desde la alta terraza, contemplo el panorama del país de Wu y de Tue. — Nubes de plata rielan en el agua, y más lejos, sobre la agitad ciudad

hundida entre murallas. W — Blanco rocío gotea bajo la luna otoñal. — Bajo la luna ha suspirado y permanecido inmóvil largo tiempo. — Desde los más remotos tiempos, ¡qué encantador es tal conjunto de bellezas! Cuando en el cielo La Vía Láctea, río de plata, traza su curso puro y delicado, —quién no se siente maravillado de gratitud por la noche que se va y vuelve?"

Y de *Li Po*, poeta clásico, maestro de la China antigua y rítmica, oid:

"Vivir en el siglo es soñar un largo ensueño. En tanto que se agita confusamente nuestra vida, se agota y por fin se extingue. — Por ello me chispo hasta la caída de la tarde. — En que me escurro y me duermo al pie de las columnas de la fachada.

Un ruido que viene de la sala me ha despertado.— Cantan los pájaros entre las flores. — Y pregunto sorprendido: En qué estación, pues, nos hallamos? — Unicamente me responde la brisa primaveral con los acentos de las oropéndolas.

Enternecido, quizá suspire. — Pero precipitadamente vuelvo al vino. — Y canto con toda mi voz un himno a la rutilante luna. — Cuando mi canto acabe, habré perdido de nuevo la conciencia de mí mismo".

Y de *Tou-Fou*:

"Nubarrones de primavera se ciernen sobre la ciudad y pasean sus sombras por encima de los muros, cruzando los jardines. — La noche matiza de variados colores el río que bordea palacio, y de todas partes asciende la grata pureza de aromas primaverales. — En los vergeles, las flores, azotadas por el aguacero, siembran de pétalos el suelo.

Los nuevos guardias del Dragón-Combatiente se

aglomeran en apretadas filas en torno del trono imperial. — En el palacio de los jazmines, los perfumes se consumen lentamente. — Cuándo volveremos a ver la Fiesta del Don de las monedas de oro? — Cuándo nos embriagaremos con el espectáculo de las bellezas vestidas con telas tornasoladas y con las armonías de sus laúdes?"

¿No es cierto que estos poemas de la China inmortal, representan un valor de ópalo excelso que no muere? ¡Un pueblo que vive de sus mariposas, de sus fragancias, de sus leyendas, de sus cuentos, de sus sueños, tiene pleno derecho al homenaje de las liras universales y al calor de todos los corazones!

EL CANTO MUTILADO

Lo que en Cuba se llama *"Oriente"*, no es más ni menos que una mina de sonoros diamantes. Desde los más tristes días coloniales, fué el Oriente cubano, fragua y crisol del cántico patriótico que estremeció el lauro de la independencia de la isla de Martí. Sus liras fueron, de pueblo en pueblo, de nación en nación, por sobre los picos andinos y por sobre el fatigado fastidio de los llanos desoladores. El Centro y Sur América, escucharon la voz de los diamantes inconsolables, que salían de la isla, para la conquista de los corazones americanos con la angustia que dejaban tras de sí, sangrando en su tierra irredenta. Uno de estos peregrinos del Ideal, iba en un humilde *carrito de manos,* tullido, mutilado, sin movimiento en sus piernas. En su carrito, recorrió medio mundo. ¿Quién era este diamante prisionero? Venía de Cuba a Centro América. Traía en las manos una pluma y en el corazón un canto. Luminoso el astro, encendida la palabra. Era *"El Cautivo"*, así lo llamaban todos con respecto. Así firmaba él, como para señalar más que su condición física, su personalidad moral de hijo de una patria esclava. En su *"carrito"* de manos, Cuba era su invisble lazarillo, que le empujaba hacia adelante, por todos los caminos. Tribunos y poetas le rodeaban y veneraban como viviente lámpara votiva!

¿Su nombre de pila? Acaso, no sea necesario de-

cirlo, porque le bastaba con llamarse "El Cautivo". Pero su nombre era Desiderio Fajardo Ortiz.

En 1891, *"El Cautivo"*, peregrino del luto patrio, rueda por tierras de América. Su pluma no cesa de fustigar al tirano, que humillaba su Estrella Solitaria, vive de su pluma, muere de su canto. No le importan sus piernas. Siente en los hombros las alas. Bebe su alcohol. ¿Quién que sufre no apaga un poco la pena en el fondo de un vaso de vino? Si falsa es la alianza del dolor con el vino, por lo breve o fatal, en cambio, hincha las velas del estro y mantiene abiertas las alas. Brilla entonces más alto el diamante cantor. En una de esas noches deslumbrantes de Nicaragua, Rubén Darío, escribe en su álbum, la siguiente improvisación. Rubén improvisaba siempre. No ví nunca poeta más fácil. Tenía en su panal íntimo, el milagro del vate. He aquí las estrofas:

A "EL CAUTIVO"

Como el príncipe del cuento,
las piernas tienes de mármol;
como poeta y artista,
tus ojos miran los astros.

Si eres cautivo, eres grande;
si eres poeta, eres mago;
si eres vate, tienes flores;
y si eres dios, tienes rayos.

Tienes tus mil y una noches,
como el bello solitario;
las venturas de tus himnos
y las nubes de tus cantos.

Ansía todos los cielos,
ama todos los zodiacos,
y haz dos alas inmortales
con las ruedas de tu carro.

"El Cautivo", lee lo que dice el poeta. Coloca el álbum sobre sus piernas, medita y escribe al pie de la poesía de Rubén, sin detenerse un instante, estas estrofas:

PAGINA GRIS

Sola está el alma. Dondequiera sombras.
En el cielo de plomo hay un lucero que a ratos ilumina
como gota de luz, el firmamento.

El ángel compasivo de la noche
vendrá en breve a borrarlo de los cielos,
dejándole a la bóveda sombría
su lúgubre color, triste y enfermo.

Donde pasa la esponja del olvido
todo se queda, por fortuna, negro.
¡Y no hay quien raspe la tremenda idea
de la página gris de mi cerebro!

Se abrazan los dos poetas. "El Cautivo" siente algo divino que le aprieta el corazón. Una lágrima cae sobre el diamante que lleva en el alma. Y se hace más luz en medio de la noche. Vuelven las copas a llenarse del vino que desata la elocuencia y que eleva el martirologío callado del vivir sin patria, del caminar sin rumbo cierto.

En donde quiera que *"El Cautivo"*, detiene su carri-

to, se acerca un amigo; se asoma una mujer a la ventana y cae de un tiesto de flores una rosa. Esa rosa es para Cuba, dice él, con acento apagado por la emoción. Y pule el brillante lírico del *Cautivo* una estrofa a la dama como alfombra a la rosa recibida.

Antes de partir de Nicaragua, Rubén Darío, el más puro y más grande diamante de la lírica hispánica le entrega al *Cautivo*, su libro *"Azul"*, con esta hermosa deicatoria, autógrafa, en versos. Dicen así:

A "EL CAUTIVO"

Arte y amistad nos ligan.
Mientras yo exista y tú existas,
seamos hermanos yartistas:
arte y amistad obligan.

Arte es religión. Creamos
en el arte, en él pensemos;
a sus altares llevemos
nuestras coronas y ramos.

Hagamos de la expresión
que siempre armoniosa sea,
y hagamos de cada idea
una cristalización.

La prosa es el material;
adorno, las frases mismas,
y las letras son los prismas
del espléndido cristal.

Y dejemos sus enáticas
reglas y leyes teóricas

a los que escriben retóricas
y se absorben las gramáticas.

Pensar firme; hablar sonoro
ser artista, lo primero:
que el pensamiento de acero
tenga ropaje de oro.

Rubén estaba en lo mejor de su gran talento literario, en el fresco esplendor de su genio de artista. Y reconoce en *"El Cautivo"*, un valor y una lira. Estas estrofas gallardas del Verlaine americano, dedicados al caminante que lleva bajo su frente el oro de su Estrella, valen como un pentélico, como una púrpura sobre el ara sacra de un templo consagrado a Apolo.

¡Benditas sean las horas tristes de los grandes soñadores, porque de ellas recibe la humanidad, los mejores diamantes!

¡Loada sea para siempre la mina oriental que lanzó al mundo desde Heredia hasta el *"Cautivo"*, el dolor de Cuba!

GLORIA ARGENTINA

Así como hay un Aguila del Norte, una Estrella Solitaria de Cuba, un Cóndor de los Andes, un Cristo Redentor de Río de Janeiro, hay una Gloria Argentina que despide un haz de resplandores y desborda una copa de ambrosía sobre la tierra temblorosa de mieses que congrega ansias universales en un ideal de humanidad para todos los hombres que sufren hambre y sed de justicia en el mundo. La Gloria Argentina concentra en su seno la esperanza de una febril aspiración de paz en el trabajo, de fe en los destinos de una democracia fecunda, de una libertad que reparte pan de espíritu para el alma y pan material para el cuerpo. Tierra destinada a la humanidad, a la libertad; consagrada al pensamiento libre, al arte libre, al viento libre de la pampa inmensa; sus caudalosos ríos como mares y de mares como ríos, no podían ser otra cosa que pedestal para una grandiosa orla de amor que cubra con sus resplandores el vasto panorama de la democracia argentina. En Buenos Aires, todo ideal de igualdad tiene su asiento. Sus grandes estadistas fundadores —Sarmiento, Alberdi— no araron en el mar como Bolívar, "el agudo Simón de las batallas", genio de la guerra sin cuartel, el último en la escala de los forjadores de la llama que llenó de sacrificios la pupila de los cielos americanos.

Y todo, por fundar una democracia en América, como el Quijote, la soñó en sus andanzas por tierras de

Castilla. El error de estos paladines del ensueño, con la sola excepción de Jesús, emisario de Dios, para la redención del hombre, consistió en el olvido de que el hombre viene, como dice la Biblia, de mala levadura. La ingratitud siempre le comió los talones a los peregrinos del bien universal. Jesús ascendió a los cielos, pero los otros se quedaron comiendo polvo y lamiendo el seco aire de la derrotas, para hallar, al fin, la gloria eterna. De esta gloria está formada el alma de la nación argentina. En ningún país del mundo he gozado mayor suma de grandeza heroica ciudadana ni mayor suma de fragancias evangélicas. ¡Qué siente el místico efluvio del oro y del canto en las mañanitas de sus templos!

Buenos Aires —cuatro millones de habitantes. Desbordamiento de espectáculos de civilización que estalla en leyes sabias, en estupendas avenidas, en confort, en todo género de inquietudes intelectuales, en todos los matices de la curiosidad artística, en todo lo que representa progreso, conquista jurídica, consagración de derechos, independencia de la Justicia, pensamiento escolar progresivo, pureza étnica, loanza al pasado y loa al porvenir. No se sospecha desde las Antillas ni desde Centroamérica, ni aun desde el Brasil, tierra maravillosa, lo que es en fuerza y en belleza la ciudad de Buenos Aires.

Tuvo esta nación la suerte de una unidad étnica superior, por visión de sus fundadores, de no mezclarse con razas inferiores en los crisoles criollos de provincia, logrando así arrojar a las fronteras del Brasil, lo que no convenía al plan que trazaron Sarmiento, Alberdi y Mitre. Y los argentinos se encontraron para modelar su nación con elementos de selección que asimilaron. Extirparon los gauchos. En la Argentina no hay gauchos

sino en el teatro, en la imaginación de los novelistas y dramaturgos. La Pampa que termina en Buenos Aires, está cubierta por el arado, por el ganado, por el trigo, por irlandeses, italianos, españoles y por hombres de razas nórdicas europeas que juegan un domingo a ser gauchos, como nuestros campesinos juegan gallos los días festivos.

El pensamiento argentino sólo está preocupado del mejor cuadro, de la mejor conferencia y de la mejor traducción del Dante, de la última expresión de la democracia y la libertad en el mundo. Los esposos sólo se separan por diferencias de lecturas, de literatura. No hay divorcio en la Argentina. No por imposición clerical sino por voluntad nacional.

El árbol de la Gloria Argentina está cargado de hojas ilustres. La nación argentina tuvo la suerte de que sus fundadores fueran hombres de visión del porvenir. Tres próceres: Sarmiento, Mitre, Alberdi, fueron tres columnas de la democracia, que echaron los cimientos de una Argentina, grande por el espíritu y por el pensamiento.

Alberdi, con sus "Bases". Mitre, con su espada y su palabra. Sarmiento, con su buril y su candil de hombre que derriba tiranías con un libro, y que luego riega bibliotecas en campos y ciudades, que dice con una valentía insólita verdades que aún están en pie, es un coloso de piedra. Va a los Estados Unidos como embajador y sólo se preocupa de enviar maestros, técnicos, de adaptar a su país, instituciones culturales. Somete su mal genio al Genio de la Nación y sienta las bases, ya en la presidencia de la República, de esta Argentina de hoy que a todos nos maravilla por su amor a la cultura.

Alberdi proclama, ante todo, el Estado jurídico; abre las puertas a la ola inmigratoria europea de razas superiores, y afirma la democracia argentina.

Mitre es el patriarca. El traductor de la Divina Comedia. Funda el periódico "La Nación", como entidad, como institución. Buenos Aires tiene los dos primeros diarios de lengua española. No les son superiores el mejor de Londres ni el mejor de New York. "La Nación" y "La Prensa", tienen ambos tanta fuerza de opinión que si no fueran todo integridad moral, se repartirían por mitades el territorio nacional para su provecho.

La historia democrática argentina está basada sobre los fundamentos de su nacionalidad, de modo tal que ningún movimiento contrario a ella podría sacarla de su pedestal.

Paul Groussac, maestro de juventud, lábaro de una generación argentina, de origen francés y de alma americana, se consagra a la Historia y a la crítica, en grado tan alto que bastaba una palabra suya para iluminar una reputación de escritor o de poeta o para desterrar un falso ídolo literario del escenario de las letras y las liras de la Patria de San Martín.

La Argentina, gran país, gran pueblo, responderá siempre al llamamiento de América, en defensa de la libertad del mundo.

La formidable fuerza espiritual de la Argentina ha hecho de esta nación del sur, la patria de los poetas y escritores de mayor proyección moral en América, Juan Pablo Echagüe, pluma de historiador, de crítico, de literato, con una variada y copiosa obra mental, figura entre los primeros hombres de letras de Buenos Aires. Innumerables son los valores de la literatura del maravillo-

so país que ha levantado la primera nación de habla española en el Nuevo Mundo. Como no trato de hacer un almanaque de nombres citaré algunos valores argentinos. Arturo Capdevila, gran poeta, gran escritor, goza en Buenos Aires de la más alta estima por sus versos y por su prosa. Manuel Ugarte es, un gran prestigio.

Margarita Abella Capriles, sobrina del gran prócer Bartolomé Mitre, en una poetisa de renombre. Escribe sus agudas prosas todos los días en el diario "La Nación".

No hay para qué hablar de Lugones. Se fué mal del mundo. En un vaso de whiskey, un chorro de cianuro. Lo suficiente para rajar la pampa en dos. Su prosa y su verso quedarán eternamente en la memoria de América. Se mató así, brutalmente, sin dejar un canto lírico o épico, por un desdichado amor hacia una linda poetisa. Ni siquiera una carta de despedida, una página para su patria o para América.

Prestigian las calles bulliciosas de Buenos Aires tres viejos ilustres que pasan ya de ochenta años: Leopoldo Díaz, poeta parnasiano. Don Ramón Cálcano, a quien conocí de embajador de su país en Río de Janeiro. Gran señor. En todo tiempo con una sonrisa y con una flor en el ojal.. Parece que siempre acaba de salir de un fresco jardín. Su obra como historiador es copiosa y grandiosa. "Volando Sobre Siglos", la publicó en el Brasil.

Por cierto, recuerdo que un día, alguien durante una comida, le envió dentro de un sobre, una cerilla apagada, es decir, quemada ya la cabeza. Y Cálcano, la tomó en sus manos y dijo sonriendo: "Si viene de una mujer, acaso tenga razón. Y si es de un hombre, no tiene cabeza", y la tiró sobre la bandeja.

El último de estos tres grandes prestigios de las le-

tras argentinas, es aquel inolvidable traductor de Belkiss. Me refiero a Luis Berisso, en cuyo álbum Rubén Darío dejó está página inédita, que hoy se publica por primera vez. Dice así:

"Buenos Aires, 7 de noviembre de 1898.

"Hasta luego, mi querido Berisso, hasta luego.

"Entre lo que siento, cierto, profundamente, al dejar a Buenos Aires, están su conversación, su fraternidad, su talento, que yo certifico y certificaré en toda estación, y esa bondad de hombre sin malos escondrijos, en donde hay generosa y mucha grata y consoladora luz. Yo no sé si usted es eso que se llama un amigo, pues ello me llevaría a escribir un tratado de la amistad a mi manera; pero entre todo lo humano que me ha tocado rozar, casi no encuentro con quien comparar a usted sobre ese concepto. Y lo que le ha llevado a estimarme y a quererme es sobre todo, o únicamente, Dios sea bendito, el Arte. El cual también bendito sea, ya que me da entre tantos dolores y penas que han flagelado mis treinta y tantos años, cosas cristalinas y valiosas que vienen a mí de espíritus como el suyo, y placeres mentales que tan sólo sabría vencer el amor. Gloria sea dada a todos los que a semejanza suya sean nobles y buenos en la tarea armoniosa en que mil mueren para la vida de uno; y cuando como usted se tiene el inflexible querer y la fortaleza misteriosa de quien confía en su sueño, no deja nunca de presentarse el galardón, y más o menos perlas o tréboles tendrá la corona, pero la corona se logra.

"Usted con todos los compañeros, lucha en nuestra amada y enorme Buenos Aires.

"Yo voy a Europa a decir lo que hay aquí de palpitaciones nuevas y cómo es el nacer de la primavera nueva. Trabajen, luchen, siempre en la obra, con el alma hacia la aurora. El mundo nos ha de mirar muy pronto, y antes de que la Muerte nos haga un signo, veremos levantarse el palacio futuro.

"Hasta luego, mi querido Berisso, hasta luego. Crea usted que mi abrazo trae la felicidad y el augurio de victoria, en medio de la emoción de la despedida.—Rubén Darío".

Haría interminable este artículo si me pusiera a evocar nombres, a citar obras de jóvenes escritores y poetas o de viejos paladines del pensamiento argentino

Es Buenos Aires, una ciudad sorprendente, no sólo por la grandeza, la extensión, la belleza, lujo y deslumbramiento urbano, sino por su espíritu que guarda tesoros de una superior civilización intelectual, moral, poética y artística.

BIBLIOTECA NACIONAL

II

TAREA PATRICIA

"DESEO QUE MIS AMIGOS VIVAN MUCHOS AÑOS PARA QUE VEAN COMO SE DIRIGE UN PAIS"

Brindis íntimo del Presidente Trujillo en el Año Nuevo de 1940.

VERDADES DE AMERICA

La verdad hay que decirla tantas veces como sea dicha la mentira. Cada hora tiene su experiencia propia en sí. La experiencia de la hora pasada no nos servirá para la hora que viene después. De ahí que aproveche esta hora en que unos pocos dominicanos viven fuera de su país, sorprendiendo y emponzoñando la conciencia de la América Latina, con un cúmulo de abyectas felonías contra el Presidente Trujillo, para proclamar una vez más la verdad que está en pie en la tierra dominicana.

Así, como hay una Era de mentiras, que las leyendas, doran, existe una Era de Verdades que el clima adversario se empeña en convertir en monstruosas mentiras que arrojan al aire, en su siniestro apostolado de arruinar el nombre sagrado de la Patria, que les vió nacer, pero que ellos no sienten como ciudadanos ni agradecen la cultura que recibieron como patrimonio moral.

Ajeno a toda loa que favorezca situaciones personales, que no necesito para seguir mi rumbo político, afirmo enfáticamente que en el Presidente Trujillo, aparece encarnado por primera vez, en la historia política, el milagro dominicano. La tierra y el trabajo, como expresiones de riqueza nacional, reciben paternal cuidado y apoyo decidido del mandatario que rinde todas sus reverencias al hombre que trabaja, al hombre que cultiva la tierra, que la ara y la hace producir. Su po-

lítica del arado y el regadío podría ser sintetizada en esta breve plataforma: ¡para todos los cultivos, tengo mi brazo protector, y para todas las culturas, tengo mi pecho abierto!

Del país convultivo de ayer al país constructivo de hoy, media tal diferencia que puede afirmarse que es otro el Santo Domingo de ahora, y que, en nada recuerda al Santo Domingo de los tristes tiempos pasados.

Trujillo, suma una acción a otra acción, en su briosidad impetuosa por reformarlo todo, por encaminarlo todo, por encauzar la prosperidad para su pueblo y por encontrar el camino de progreso y de honra que él sueña para su patria.

Cabría entre el pasado incoherente, sin fé, lastimero, y el presente lleno de alientos nuevos, un océano de sorprendentes afirmaciones venturosas. En la presente aciaga hora crítica de la economía universal, en Santo Domingo, no hay escasez, no hay hambre, no hay angustía, no hay crisis, en la aterradora proyección de la palabra, como en otros países, porque el cultivo de los frutos menores abunda. Porque en vez de camiones se fabrican carretas de maderas del país, porque la Ley de Presupuesto ha previsto con anticipación la posible merma de las entradas fiscales, y esta Ley se cumple al pie de la letra, sin alterar las partidas. Porque no se permite que los barcos se lleven los frutos sino cuando arriben llenos de mercancías para nuestro comercio y de materias primas, o de lo contrario no hay frutos que llevarse. España manda sus barcos para nuestro tabaco. Inglaterra los suyos y el Canadá para nuestros azúcares y nuestro cacao, pero para sacar un fruto hay que dejar un bulto.

Esto es obra y pensamiento de Trujillo. Está a la vista del que quiera verlo.

¿Qué ocurría antes de Trujillo, con el campesino? El asalto a sus pequeñas haciendas, el robo de su ganado; de sus frutos; de su ahorros y la impuesta incorporación a las filas de los *alzados*, de su persona y de la de sus hijos! Y en la mayoría de los casos o quedaban enterrados sus cuerpos a flor de tierra, bajo un montón de hojas secas en un rincón de monte, o regresaban mutilados, cojos o mancos o tuertos de un tajo de sable o de un tiro de fusil, a un hogar deshonrado por la pobreza y deshecho por el fuego fratricida.

¿Quieren los enemigos del Presidente Trujillo que vuelva a reinar en el país ese estado de cosas? ¿Y pretenden seguir llamándose dominicanos y defensores del derecho? ¿Y qué es lo que ocurre hoy con el campesino y con sus campos? Si los enemigos lo callan, tengo el deber de decirlo a gritos: Desde que subió al Poder, el Presidente Trujillo, trazó un plan de garantías efectivas para el hombre de campo que trabaja la tierra. Favoreció con leyes, decretos y atención paternalista al agricultor, dándole tierras del Estado al que carecía de ella; la protección más amplia en todo sentido les fué otorgada a manos llenas. Cuando sus cosechas no se vendían o se cotizaban a precios ruinosos, el gobierno las compraba o las exoneraba de tributos. Numerosos puentes de acero y concreto acortan ahora las distancias. Esos puentes no fueron levantados con fines militares sino con propósito de dar salida fácil a los productos de los agricultores. El fin era el desarrollo agrícola del país. Y nuevas vías se abrieron por tierras ubérrimas que estaban sin salida a las carreteras centrales. Tierras fértiles que

permanecían sin ser holladas por la planta del hombre, como en la hora del Descubrimiento, ahora están sembradas de arroz.

La protección franca y decidida a las pequeñas industrias; a los labradores y a los trabajadores, basada en una moderna, avanzada legislación, esparcen sus alientos en un himno de simientes que eleva la gratitud de las cosechas, en torno al Presidente Trujillo. El regalo de implementos para la agricultura, junto al regalo de ejemplares de animales de raza para cruzarlos con los criollos. El regadío de las tierras yermas. Toda esta política, sin parangón en la historia dominicana, no puede ser negada. De ahí que los campesinos y los obreros, ampliamente protegidos, ayudados, favorecidos, serían los primeros en salir en defensa del régimen que encarna el Presidente Trujillo. El recorre dos veces al año hasta el último rincón del territorio nacional, para informarse directa y personalmente de las necesidades de los campesinos, y comprueba de este modo si las leyes dictadas en favor del campesinado son fielmente cumplidas.

Frente a la revolución de palabras soeces que lanzan bajo cielo extranjero su adversarios, Trujillo les contesta con progresiva evolución nacional. El progreso urbano sigue su ritmo ascendente al igual que el progreso rural. Escuelas rurales por los más apartados y abruptos lugares del país logrará extirpar el analfabetismo. Los hospicios, los Hospitales, las Instituciones científicas y culturales se crean y se amparan en el favor oficial.

Sanatorios, Hoteles, Balnearios, barrios obreros, Reformatorios, Matadero Modelo, la industria de sacos y cordonería que antes importaban los ingenios de azúcar, ahora cubren las necesidades de las industrias. Estas ma-

BNPHU

quinarias trabajan con la *"cabaya"*, fibra que crece silvestre en la República. Fábrica de aceite, el cultivo del arroz en cantidades que permiten abastecer los mercados antillanos, cuando anteriormente se importaba el arroz de Siam para el consumo nacional. Bien puedo decir en alta voz que Trujillo es el hombre que más bien ha hecho a la República dominicana. No puede un hombre hacer más por el engrandecimiento y la cultura de su patria. "La providencia sólo depara trabajos grandes a las almas grandes", ha dicho un genial educador cubano. Y yo agrego: la naturaleza carga de responsabilidades al músculo viril y de agudas vigilias a los espíritus gigantes: ¡Loado sea el cielo que nos ha dado en Trujillo, el prócer de la paz y del progreso nacional!

El odio incapacita moralmente para juzgar y opinar sobre la conducta de los demás. El ojo del odio no abarca la extensión de la obra de Trujillo. Todo no lo puede negar el odio del adversario o taponar la envidia o vitriolar el egoísmo de los vencidos, porque la obra en marcha quedará siempre en pie. Quien la negare, mancharía la verdad, y se incapacita moralmente para actuar en la vida pública dominicana. El odio no es elemento de juicio. La paz y el progreso de un país valen más que todas las ficciones del derecho. *"Pueriles cortapisas"*, ha llamado el Presidente Roosevelt, a esas trabas de los estorbadores que se interponen al paso de los próceres de las realidades imperativas. Contra la acción del estadista no hay derecho que valga para detener la ola de progreso de un país. Es bello el derecho, pero más útil la fuerza creadora, elevadora del nivel común de un pueblo.

¿Qué es lo que quieren los enemigos del Presidente Trujillo? ¿El Poder? El Poder no se regala. Se conquis-

ta por las armas o por los votos, ambas cosas cuestan afán contínuo y riesgo incesante. Se regala pan al hambriento, pero no la Presidencia de un país a los ineptos.

¿Qué es lo que pretenden esos sarcófagos del odio? ¿Qué es lo que quieren los enemigos?, que el Presidente Trujillo se cruce de brazos y se deje asesinar? El caso de Jesucristo no se ha repetido en la Historia. El que le salga al frente a Trujillo se encontraría frente a un valiente.

En nuestros medios políticos, si un gobierno no se defiende lo derriban, y si se defiende, entonces lo califican de dictadura. En toda era de creación, en toda faena de organización, de plan de orientación de un país, el mandatario tiene que proceder con mano firme y fuerte, si quiere labrar sobre roca firme la base de la grandeza pública.

Con vacilante levedad no se construye la piedra que resista el peso de los siglos. El leve hálito es propio para la plegaria en los templos o para el balcón donde la novia espera. Pero, el progreso sólo se construye con sudor de la frente y sacrificios del brazo. Santo Domingo ha tenido la suerte de que en la precisa hora solsticial, surgiera el hombre que habría de ser con su permanencia en el Poder, la encarnación viva del milagro dominicano.

De un libro reciente, resonante de verdades, que acabo de leer con interés, titulado "Patrias Opacas y Caudillos Fulgurantes" de Evelio Alvarez del Real, antiguo compañero y amigo, copio los siguientes párrafos, porque si bien él los aplicó a la política cubana, caben cumplidamente en la política dominicana. Estas ideas deben grabarlas en su memoria los adversarios de Trujillo. Dice Evelio, en defensa del régimen de Machado, cuando aún éste mandaba en Cuba: "si las cosas continúan si-

tuándose en el plano desdichado de las negaciones absolutas, la reacción del Poder no puede ser amable y transigente sino enérgica y dura hasta donde resulte necesario". "Esto lo saben por experiencia los que ayer ejercieron en circunstancias parecidas y pretenden ahora que se les deje realizar sin molestias y sin peligro la obra de desconcierto y de disolución que se han propuesto". "Siempre me parecerá un mal síntoma que debe corregirse, un sistema de disolución, un síntoma de muerte, la relajación del principio de autoridad, la falta de compenetración y de apoyo recíproco en los Poderes Públicos, la actitud subversiva de ciertas clases, el grito de guerra que se lanza no ya contra un gobierno sino contra la esencia misma de las instituciones".

"Cuando el Gobierno pretende mantener el orden, el desorden reclama la impunidad. Si el Gobierno se defiende es sanguinario y si se deja atacar lo derriban".

"Estas verdades verdaderas", como las llama Evelio Alvarez del Real, aplicadas a Cuba son trasplantables al ámbito político de toda América, y, especialmente a la República Dominicana, hoy en marcha hacia una política de evidente utilidad pública, como no la tuvo jamás antes de la aparición de Trujillo en la vida política dominicana.

La pesada carga que el destino ha colocado sobre los hombros del estadista dominicano, la lleva sin Cirineos, con la plena responsabilidad de su alta misión.

No imita ni adopta normas o formas exóticas en el desarrollo de su política. No cambiaría nunca el más humilde tizón del terruño por el más gallardo pentélico extraño. Sueña con la grandeza de la patria. Es un enamorado de la elevación cultural y mental de su país. A este

respecto acude a mi memoria el famoso terceto de aquel viejo bardo español, que desde el extranjero, en su *"Epístola a Pedro"*, dice:

"Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares
Con las memorias de la infancia llenos".

Trujillo, recorre viejas y nuevas civilizaciones. Aprende pero no trasplanta moldes, ni ideologías ajenas ni maneras de otras tierras. Prefiere y cultiva la tradición nacional, la proyección de lo propio como sostén y alimento de la nacionalidad. Venera y practica la religión de la democracia, la sirve con calor y amor de paladín. Juzga que ella es la esencia, la raíz de la vida de los pueblos americanos. Miente quien le atribuya otros sentimientos o que le mixtifiquen esos innatos movimientos de su espíritu.

Ajeno a todo rencor, olvida y perdona a sus tenaces enemigos. Perdona los atentados a su persona, pero no los atentados a la paz pública. Porque sobre ella descansa el edificio del bienestar de sus conciudadanos y el prestigio internacional de la República. Nadie le aventaja en el deseo y en el propósito de realizar el bien, de ayudar a los necesitados, de amparar al obrero, al agricultor, al intelectual. Pero nada de esto detiene la campaña de hostilidad, de difamación, de calumnia, que han emprendido desde suelo extranjero los ambiciosos, los indultados por su generosidad, los fracasados, los ilusos que deliran con sustituirlo en el Poder en su menguada creencia de que ahora el Poder no es fragua de crecimiento sino alfombra para la molicie y lecho pa-

ra la pereza y playa de descanso como era la Presidencia antes de que la ocupara el dinamismo de Trujillo. Religión de actividad es el Poder en manos del Benefactor de su pueblo. ¡Que siga y aumente la floración continua de sus actos de bienestar público, sordo a las diatribas pueriles e indiferente al lúteo lastre de la impotencia. Y cuando ,terminada su obra de engrandecimiento patrio, se acoja a la lumbre hogareña, flote sobre su espíritu el perdón para todos sus adversarios y contrarios a su política de redención económica, social y moral de su país. Y piense, entonces, con más piedad que nunca, que por la estrecha Calle de la Amargura, no transita desde que Jesús puso su pie en ella, sino la Verdad coronada de espinas pero besada eternamente por la gloria inmortal.

Por encima de las torpes negaciones y de las blasfemias, brillarán las espinas y sobre ellas el pesado madero recibirá un himno de alabanza que abre un claro en el espacio para que pasen los resplandores de perennidad de los pueblos redimidos.

Habana, Nov. 1932.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

BIBLIOTECA NACIONAL
RICARDO FERNÁNDEZ ESPERA

EPINICIO DE CIVISMO

La presencia del Generalísimo Trujillo, en el Poder, por la voluntad nacional, eleva por sobre los horizontes de la política, una emoción que va de pecho en pecho, uniendo corazones y estrechando banderas. Y todo, porque en el alma del Generalísimo Trujillo, no encuentran asilos las ruindades que abaten las frentes ni los dardos que hieren las espigas de las grandes cosechas de la evolución mental de la República.

El vive abrazado al credo de la dignidad humana, como antaño vivieran los paladines de los tiempos heroicos, abrazados al honor de su escudo.

Desde el primer instante de su vida pública, fué el Generalísimo Trujillo, como una bandera que dialogara con los astros, demandándoles luz victoriosa, para tenderla a los pies de la democracia dominicana. Su espíritu de demócrata insigne garantiza la voz del Derecho en las instituciones dominicanas.

Cuando en la vida política de un país aparece un hombre de ese linaje de vuelo, necesariamente se convierte en una reliquia. De ahí, que su nombre sea rodeado hoy de una unanimidad de vítores nacionales.

En la personalidad de Rafael L. Trujillo Molina, cítanse las bravuras del soldado, los penachos del caballero, los atributos del ciudadano y los delirios del soñador.

Pesa demasiado ir por el mundo, llevando sobre los hombros la carga de la historia de un país, frente al

futuro, y siempre de cara al sol de la posteridad. De ahí que, los hombres que gobiernan hombres, semejan cumbres iluminadas. Para un Jefe semejante, no hay espacio libre para mimar la inercia de la jardinería efímera, sino lugar severo para la fragua de la responsabilidad y del deber. Esta realidad que saludamos en Trujillo, es seguro pedestal para que el pueblo dominicano deposite su confianza y la juventud su esperanza.

Pienso en el Trujillo de hoy y en el Trujillo de mañana, y aparecen ante mi vista, dos montañas que se contemplan entre sí, cambiándose estrellas en la nohce, en un perpétuo coloquio de grandezas: sobre esas dos montañas está abierto el libro de la historia, donde su mano de cíclope labra columnas para sostén del templo que guardará la fé en la nacionalidad, y sobre ellas escribe él, al mismo tiempo, un vasto poema de granito, bajo soles que nunca se apagan y flores que nunca se marchitan.

La gloria de Trujillo, posee en su resplandor el poder extraordinario que electriza las multitudes. Y es que en él todo es pensamiento a caballo. Cuando habla, como cuando calla, siempre está con las bridas en las manos, como un jinete infatigable de la acción democrática.

En el alma de Trujillo, la patria concentra la belleza de su bandera y la gloria envolvente de su himno. De ahí que, su vida y su obra, sea igualada en significación patricia, a la vida de los fundadores de la nacionalidad dominicana. Los próceres y mártires de nuestra historia, cubren de gracias la misión patriótica que él realiza. Trujillo podría acercarse a la tumba de los Padres de la Patria, para rendirles cuenta del uso que ha hecho del Poder, y dejar flotando en el aire del

templo estas palabras arrancadas a su corazón: he cumplido vuestro gran sueño de patria engrandecida!

En un mágico alarde de epincio de redención nacional, pasarán a la historia las banderas de Trujillo, saludando el pasado y bendiciendo el porvenir, mientras en la conciencia pública yérguese Trujillo, que ha creado el molde para Presidentes ejemplares de la República. ¿Qué fama como esa? ¿Qué honor como ese?

Y ahora, Presidente: abrid vuestro corazón al pueblo. ¡Gobernad con el corazón en alto, con el pueblo en alto, que comparta por entero vuestro sueño de grandeza. Y viva el resplandor del gran epinicio nacional que luce su sol sobre las dos montañas de nuestra historia política: el Trujillo de hoy y el de mañana se cambian estrellas en la noche, en un perpetuo coloquio de grandezas!

UN SANTO DOMINGO NUEVO

Líbreme Dios de repetir —hágalo el turismo y no yo— la latitud y longitud de la República Dominicana. Ni voy a insistir tampoco en ofrecer al público de América, la excelencia del cofre de las viejas piedras monumentales de la Ciudad Primada de Santo Domingo, fué lazo secular, que señaló con índice histórico, a los descubridores, el camino para el completamiento del vasto esfuerzo unificador del Descubrimiento y la Conquista. Haga esto, una vez más, si así le place, el estudiante de historia americana.

Lo que hizo Santo Domingo, en el pasado, en acción civilizadora, sobre varios países, ya está bien dicho por plumas nativas o extrañas. Basta, pues, de besar el polvo de la vieja huella de la planta dominicana sobre el movimiento cultural en la América primitiva. Que si bien el pasado es lauro de honra, de nada serviría éste si el presente fuera de deshonra. La luz que desciende del amor a la libertad, si bien crea un estado de respeto en los pueblos, debe obligar también como toda herencia moral, a proclamarla sin sombra, proclamarla de siglo en siglo, como banderín de vergüenza sobre el escudo de la Patria.

No quiero ser considerado como agente para insistir en agitar la opinión pública de América ni para llevar a su conocimiento el imperativo deber de América de levantar, en memoria del primer navegante que apretó en-

tre sus manos las fibras de los siglos, el mármol consagrador de su Genio, que, en forma de faro monumental, aspira a erigir en suelo dominicano, la gratitud de América, por su Descubridor. Esa labor le pertenece por entero a otras plumas. Tampoco quiero ser considerado como un apasionado trujillista que sale al extranjero a mixtificar los hechos del régimen que Rafael L. Trujillo encarna y preside. Las intrigas me han separado dos veces de este hombre y las dos veces él las ha puesto en vergonzosa fuga, despreciándolas, convencido de que su persona me inspira un gran afecto y su régimen un gran respeto. Luego, no es hombre ciego, en cuyo espíritu prevalezca la pasión ni la injusticia. Conozco el régimen por dentro, su modo de andar, su aire de dormir, su manera de actuar. Sé lo que ha hecho y lo que está haciendo y sé lo que era antes de ahora la República Dominicana y lo que es hoy en día. De ahí que, en este artículo, sólo me proponga destacar un aspecto culminante de un Santo Domingo nuevo.

La mano de Trujillo, en la organización de la vida democrática dominicana, está impresa en estos últimos once años de la existencia del régimen, en todo adelanto material, moral e intelectual, y sobre todo, en la economía dirigida de la nación, cuya Ley de Presupuesto de Gastos, se ha cumplido religiosamente, con superávit siempre.* La estadística no miente. Ella demuestra los afanes de este hombre dotado excepcionalmente de una briosa capacidad de trabajo. Pero yo no quiero escribir un himno a Trujillo, ni sumar mi voz al coro ovante de su obra de gobierno. Lejos de mí tal propósito. Señalo sólo el hecho. Quiero, eso sí, destacar que hay

---

(*) El superávit en el año de 1942, ha sido de $2.036 211.69.

un Santo Domingo nuevo, lleno de esperanza, representada por una valiosa juventud que espera la hora de sumar sus entusiasmos en la lucha por la libertad y la democracia, uniendo sus pechos y sus manos y sus votos por aquellos que bregan y sufren por el restablecimiento de la justicia, del derecho, de la libertad y de la democracia en el mundo. En esta lucha les acompaña y les alienta con su palabra y su ejemplo el generalísimo Rafael L. Trujillo, cuyo corazón siente con el corazón de América. Su pueblo siente como él, comulga con su fe, enciende como él la lámpara votiva por el triunfo de los altos ideales de la democracia universal.

Esa juventud no cree en las tiranías. Rechaza e increpa toda irrupción del despotismo que pretende entronizar el Eje de Sombra que amenaza ahogar entre sus espuelas y tenazas las conquistas morales que el espíritu de la Civilización ha ido acumulando de siglo en siglo y de cumbre en cumbre a lo largo de la Historia.

La América tiene que renovar ante sí su conciencia, su pacto moral con sí misma, de latir al toque de la libertad. Y ese nuevo Santo Domingo ha renovado ya este pacto jurando que, si un día, la planta del brutal torbellino universal nazi, hollare su suelo, daría su sol, sus hombres, sus aguas, sus cielos, en unísono impulso por arrojar del mundo la mancha de la vergüenza que esclaviza pueblos, que mutila soberanías, que despedaza ciudades, entenebrece hogares. La América o se salva junta o se pierde junta, como afirmó apostólicamente José Martí, la palabra de la Cuba irredenta.

La América española, que ha sufrido tanto, que ha visto correr tanta sangre por sus campos y ríos, en demanda de su independencia, no puede atar sus manos ni encadenar sus pies por pruritos de convencionalismos

utópicos que le impidan ofrecer heroica resistencia al altanero despotismo totalitario. De la Democracia surgió la América libre y limpia a la vida del pensamiento y del sentimiento universales. La libertad la condujo de su mano al Capitolio, ¿cómo resignarse a que el grillete la conduzca al establo?

Vuelvo a referirme a Santo Domingo. La intriga ha querido restarle entusiasmo por la Democracia. Nada más lejos del Santo Domingo de hoy que la absurdidez de abrazar otra causa que no sea la que late en los labios del presidente Roosevelt, orgullo de hombres libres, ejemplo de hombres de corazón puro y mente esclarecida. Su desinterés sólo tiene una ascendencia: Jorge Washington y un sólo ideal: la dignidad de la democracia en toda América.

Se preocupa actualmente Santo Domingo por los tratados comerciales. Acaba recientemente de firmar uno con la República de Haiti. Se están dando los últimos retoques jurídicos a los eslabones de una mutua comprensión, con un tratado con la República de Chile. También está sobre el tapete el tratado comercial con Washington. Los Estados Unidos habían dejado de la mano a Santo Domingo, que luchaba sólo en el mundo comercial, sin apoyo y sin favores que la economía de ambos pueblos hacía indispensables. El tratado comercial con Cuba, con quien estamos fraternalmente unidos por la gloria y la historia, por ley geográfica y moral, por mandato imperativo de muertos gloriosos y de corazones que deben vibrar bajo el arco de una sola esperanza, debe hacerse sin más tardanza.

Réstame referirme a un acto de Santo Domingo, en Washington, cuyo primer aniversario ha tenido lugar el reciente 24 de septiembre. En dicha fecha se reali-

zó el acto de la firma del nuevo tratado Trujillo-Hull, por ambos eminentes estadistas. El tratado anterior que quedó anulado por el actual instrumento, era una argolla de vejamen y de escarnio que oprimía el cuello del patriotismo dominicano. Basta decir que el presidente de la República Dominicana no podía ni nombrar los funcionarios que recolectaban en las aduanas los fondos pertenecientes al fisco ni se podía, sin la anuencia del presidente de los Estados Unidos, modificar los aranceles. Hoy, el Estado dominicano, ha doblado la garantía a los bonistas de su empréstitos y nombra sus funcionarios de aduanas y puede modificar a su antojo y conveniencia los aranceles de la República. Ya no hay Receptoria General de Aduanas ni receptores extranjeros, nombrados por un presidente extranjero, como garantía a los bonistas.

Desde hace un año la inteligencia nativa viene demostrando su capacidad e idoneidad para los fines que le están encomendados. Y todo marcha sin que se note la falta de expertos y peritos extranjeros en el manejo de la recaudación de las rentas fiscales.

¿No es esto, acaso, un triunfo dominicano? ¿No se debe, acaso, este triunfo a Trujillo? Que lo nieguen los que puedan, los que, por encima de todo, ponen su odio y su rencor en el lugar en donde sólo cabe poner justicia y decoro.

Probó Trujillo ser un espíritu aliado de la Democracia facilitando la concertación de este Tratado, revelador de su evidente disposición de ánimo a la cooperación y colaboración de los fines de la política de Buena Vecindad, que enarbola en su gallardete de adalid de la Democracia y del respeto a la libre determinación de los pueblos, el jefe que, desde la Casa Blanca, ofrece a

la humanidad la esperanza como un nuevo mandamiento divino.

En honor al espíritu democrático de Trujillo y de su política hispanoamericanista, puedo afirmar que las instrucciones que recibí directamente de él, cuando era yo Ministro en Cuba, Buenos Aires y Río de Janeiro, eran las de pugnar con el mayor esfuerzo por el incremento de todo cuanto se refiriera a los problemas de la economía y del comercio, por acuerdos durables y benéficos. Y de que el panamericanismo de paz y de amor tuviera cada vez más ancha y sólida su base, por el conocimiento de la cultura y los ideales democráticos. Y de garantizar que el alma y el Gobierno dominicanos estarían detrás siempre de esos ideales.

Si penetráramos en lo recóndito de todo alto espíritu americanista, como el que posee el generalísimo Trujillo, como en todo movimiento del corazón de los hombres de América, nos afirmaríamos en la creencia de que esta guerra de los aliados de la Democracia es una *"guerra santa"*, una cruzada épica por el honor y el bienestar de la humanidad!

"Diario de la Marina 6 de octubre, 1941.

LAURELES PATRIOS

Las Antillas se ven tan lejos desde Suramérica o el Sur se aleja tanto de las Antillas, que casi no conoce sus características antillanas, ni las geográficas ni las políticas. En este lujo de ignorancia de la geografía antillana, debiera comenzar por decir dónde está enclavada la República Dominicana, qué mares la bañan, qué cielos la cubren, qué raza la puebla, en qué idioma se expresa.

La República Dominicana, es la segunda de las Grandes Antillas, por su extensión, y la primera en el descubrimiento y en el asiento de la Cultura en el Nuevo Mundo.

La Antilla predilecta de Colón, cuyo primer nombre fué La Española, y más tarde Santo Domingo, es hoy la República Dominicana. Su Capital se llama desde hace poco tiempo "Ciudad Trujillo". Su desarrollo urbano y cultural crece de día en día bajo la dirección política de Rafael L. Trujillo.

Me es grato repetir que fué desbordante de entusiasmo la predilección que sintió el Descubridor por ella. Se establece Colón desde su primer viaje en sus dominios, fundando allí por tanto, el primer centro de civilización cristiana en el Nuevo Mundo, por lo cual se la ha descrito como "el corazón de su descubrimientos".

Seductora es la naturaleza de la isla. "Dios me la dió milagrosamente", expresa Colón en su testamento. Y allí es, donde goza él la máxima exaltación de su des-

tino. En ella clava la Cruz de Cristo, y es tan óptima la simiente, que, a lo largo de más de cuatro siglos, religión, idioma, tradiciones, costumbres, germinan vigorosamente defendidos y mantenidos por un pueblo contra los invasores que hollaron con su planta el suelo de su Patria.

El hermano del Gran Almirante, Don Bartolomé Colón, fundó en 1594, la primitiva Santo Domingo de Guzmán; allí permanece aún, aunque en ruinas, la primera capilla de piedra que cobijara la oración cristiana, en el Nuevo Mundo. Las aguas del Río Ozama las cortó Colón cuatro veces, con las proas de sus carabelas.

En la margen izquierda, al frente, están todavía enhiestos los muros del Alcázar, edificado por Diego Colón, por cuyas venas corría sangre portuguesa. También permanece enhiesta la Torre del Homenaje. Y en el recinto de las viejas murallas, la segunda Santo Domingo, está su bella catedral, la fortaleza, bastiones, la primera Universidad, instituída en América.

España templó los músculos en Santo Domingo, para la empresa de los descubrimientos y fundaciones, extendida desde los 40 grados de latitud Sur, desde el riñón de los Estados Unidos, hasta el caudaloso Plata, red de vínculos que hoy estrechan fraternalmente a la República Dominicana, con todas las otras de América; pues la almáciga de La Española, reparte esplendor a una vasta porción del Nuevo Mundo: Hernán Cortés que calza las espuelas de Caballero en Santo Domingo, lleva de allí a la tierra azteca la industria azucarera; y florece en Lima, donde afluye el arquitecto constructor de la Catedral dominicana, y también en

divina gracia, pues Santa Rosa nace en Lima, a poco de llegar sus padres de La Española.

Flora maravillosa la suya, fauna benigna y clima sano, privilegiada tierra, ríos caudalosos y numerosos, montañas más altas que en ninguna otra tierra antillana; frente a Panamá, entre Cuba y Puerto Rico, en la Zona Tórrida, cerca del Trópico de Cáncer, tal es la situación geográfica de la República Dominicana. Hasta la evidencia es ella corazón del fecundo archipiélago antillano.

El 27 de febrero del año 1844 surge a la vida independiente. Fueron los egregios apóstoles de la gran epopeya, Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella. Tríptico heroico, indivisible en la inmortalidad, indivisible en el mármol de la devoción dominicana. Conmueve mi espíritu evocar hoy desde la tierra argentina, escuela de héroes, solar epónimo, esas lejanas cumbres morales de mi patria, en este aniversario de su indepndencia nacional. La República Dominicana ha luchado mucho, ha sufrido mucho. Tres guerras de independencia ha realizado y las ha ganado sola, teniendo por testigos el Caribe y al Atlántico. Dos inmensidades azules la abrazan. Por mi patria ha corrido mucha sangre. Acaso el dolor más grande le viene de sus propios hijos, que en veces retardaron la cultura y el progreso, y la sumergieron en décadas sombrías y sangrientas, hasta que, cansada de sufrir afrentas, surgió en su horizonte político, un hombre, que recogió en su alma todo el anhelo de su pueblo. Un hombre, de pie, frente al futuro, acusando al pasado y afirmando el presente. Y de sus brazos en alto, sale un temblor de patria nueva y crea un estado de milagrosa floración de cul-

tura. En cinco años, crea, reajusta, disciplina, es un titán que avanza deslumbrado hacia las fiestas de las espigas que su mano de sembrador regó por todos los caminos de la República. Cinco años de Poder, representan por el logro de su obra, un cuarto de siglo de bienandanzas de todo linaje. Ese hombre se llama Rafael Leónidas Trujillo Molina.

Lanza sobre los ríos, puentes de acero, como brazos que estrechan tierras; abre caminos, funda mil quinientas escuelas urbanas y rurales; embellece ciudades... Se suceden las inauguraciones de edificios, de parques y de avenidas. Organiza la Hacienda Pública,, y un ejército de cinco mil hombres bien instruídos, y cierra con superávit el presupuesto de la Nación, desde su primer año de gobierno hasta la fecha. La Agricultura recibe un gran impulso. Cientifica los cultivos. La tierra agradecida aumenta su fecundidad. Este hombre tiene cuarenta y cinco años. Militar: autodidacta, es un ejemplar de valor y de deber. Podría decir todas las noches, al encomendar su alma a Dios, que empleó su día en el bien de su patria, en el amor de su familia, en el ejercicio de un ideal de progreso.

No importa que esta patria sea pequeña en extensión. Para el héroe, bástale la extensión moral de su obra. Crear una conciencia colectiva en una patria, equivale a romper los horizontes. Cuando un hombre simboliza el alma entera de su pueblo, su vuelo es como el de un cóndor que está más cerca de las estrellas que del pico de la montaña. En esta ruta le acompaña a Trujillo una emoción de grandeza.

Elevo, desde la tierra argentina, mi anhelo de con-

fraternidad hispano-americana, en esta fiesta nacional de mi país, por la perdurabilidad, en el afán de estrechar los vínculos que mantiene mi patria con todas las patrias del continente americano!

Buenos Aires 1936.

GRACIAS DEL JEFE

Damas y Caballeros:

Traigo las manos llenas de gracias arrancadas del corazón del Presidente Trujillo, en señal de su gratitud por este homenaje que él recibe esta noche.

El acaba de depositarme su anhelo de que yo riegue en su nombre flores para las damas y abrazos para los amigos. Este día es el más dichoso de mi vida. Completan esa dicha, la espontaneidad de este homenaje. Deseo agregar dos palabras por mi cuenta que no quiero confiar a la improvisación, porque quiero que queden escritas.

No es empeño oratorio ni alarde partidarista, lo que mueve esta noche mi voluntad ni mi entusiasmo bajo este pedazo de cielo dominicano, que viera un día nacer al hombre, que ha recibido el más alto honor al ser designado candidato para un nuevo período de mando. Una llama levanta mi fe en los destinos de la Patria, mientras el Generalísimo Trujillo la presida. El me ha dicho en una ocasión reciente esta frase que llevo encendida en mi mente: "busco todos los días la perfección de mi gobierno". Pues bien, en esa frase está retratado el perfil moral y político del hombre aclamado hoy para un nuevo período presidencial. Esa frase sintetiza una norma de moral política. Esa frase no es vana promesa. Es una ardiente realidad. Junto a su noble afán de perfección el honorable Sr. Presidente de la República, posee convicciones y creen-

cias que revelan hasta donde elevará él los destinos de la República. El cree que sólo en la fuente del trabajo encuentra el hombre perdurable luz de felicidad que le hace afrontar todos los peligros con una sonrisa en el alma!

El cree que la nación ha de salvarse por la práctica de la virtud doméstica, y que, en la defensa y conservación de sus tradicciones, está la grandeza de los vínculos de la familia dominicana. Un hombre que piensa así, que vive abrazado a la verdad, que soporta y afronta y vence adversidades; que echa sobre sus hombros el ideal de civilización de su pueblo, está indicado por la mano de Dios, como el más apto y el más digno para mandar a sus conciudadanos. Por eso es Jefe; por eso nació Jefe y morirá Jefe. Mientras él esté en el Poder, habrá paz, habrá honor y decoro incrustado en el alma radiante de la Patria.

El hombre que acaba de recibir el más alto honor dejará impreso su nombre en los anales históricos del país, como el de un titán sin reposo. Su único momento de reposo lo obtiene cuando se refugia en el cariño de su hijo, como un águila solitaria que busca por entre el ramaje virgen el rumor de un riachuelo que refresque el empuje perenne de sus alas!

Despierta el Generalísimo Trujillo, en sus amigos, como caudillo del bien, oleajes de lealtad que no se extinguen sino que se prolongan y crecen y permanecen como juramentos de honor. Esta afirmación que hago descansa sobre dos frases que escuché. La una, en labios del Sec. J. B. Peynado, y la otra en labios del Sec. Pina Chevalier. Quiero repetirlas: El Lic. Peynado díjome: "Si un día la suerte fuera adversa al Presidente Trujillo,

yo recibiría como un honor sufrir el martirio y la humillación que quisieran aplicarme sus enemigos". La otra frase que me ecocionó profundamente del Sec. Pina Chevalier fué ésta: "Si yo lo viera un dia muerto, acabaría mi vida ese día acabando vidas". Pues bien, señoras y señores, quiero ahora juntar a esas frases estas expresiones mías que consisten en jurar ante vosotros que me uniría en todo tiempo al Sec. Peynado al Sec. Pina Chevalier.

Si aludo a esto, en momento de unificación delirante de todas las fuerzas vivas del país, que están al lado del Hon. Sr. Presidente Trujillo, no es por placer de herir a sus envidiosos, sino porque sé que siempre que se levanta un asta en el firmamento político de una nación, ya están algunos hombres incapaces buscando cómplices en su loca pretensión para derribarla. Pero a esta gloriosa asta del trabajo y del progreso patrio, no podrán derribarla ni rayos ni tempestades, porque está afirmada y clavada en la entraña misma de nuestro pueblo. Esta asta de acero y oro, que es el Presidente Trujillo, sólo se inclinaría al peso de la voluntad nacional. Y la voluntad nacional agradecida está con él, es de él y le responde como un sólo cerebro y como un sólo corazón!

Casino San Cristóbal, República Dominicana. 1934

SANTO DOMINGO Y SU JEFE

Abierta al mar Caribe, como una lengua de fuego que habla al mar su vieja historia de guerra y de honor, de bravura y de heroísmo, hay una pequeña tierra, que es la mía. Esa tierra fué la primera en el alborar del misterio que envolvía el milagro del Nuevo Mundo. Ella señaló, con voz de rocas y de raíces, a los épicos conquistadores españoles, el cruce a Tierra Firme, camino firme para completar la epopeya del Descubrimiento. Esa tierra, a manera de balcón, asomó su faz a la Providencia, para contemplar la insólita y flamígera teoría de centauros que proyectaban sus aceros sobre la sombra de los cráteres de la contienda vislumbrada. Los leones hispanos, desde allí, magnetizaron el horizonte. Un vasto rumor oceánico trepidaba en sus entrañas y encendíales los ojos. Y así partieron, desnudo el acero, libre la ambición, febril la fantasía, hacia costas y tierras, en donde la más bella de las razas suspiraba bajo el candor de sus cielos tropicales.

¡Qué cita de cíclopes!: Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Pizarro, Alonso de Ojeda y Diego Velázquez; ¡reguero de titanes que llevaban por delante la Cruz de la Redención del Nuevo Mundo! Así partieron los conquistadores, desde la humilde y pequeña tierra dominicana. El heroísmo no tiene otros nombres más altos que ofrecer a la admiración de las espadas ni tiene más lumbres que dar al lábaro que agita la Leyenda.

Esa tierra la bautizó Colón LA ESPAÑOLA. Luego, Santo Domingo de Guzmán. Los indios lla llamaban Quisqueya, —tierra baja— los dominicanos le pusimos el nombre de República Dominicana. Pero, sigue siendo por su sangre, su idioma, su religión y su tradición, la ilustre y antigua ESPAÑOLA, de Colón. Todavía están en ella las aguas en donde el más desventurado de los hombres rompió la onda virgen, hiriéndole con la quilla de su bajel providencial. Todavía están en ella los montes en donde el más iluminado de los nautas, clavara la cruz que une por la esperanza y purifica por la oración a los que sufren hambre y sed de justicia en este mundo!

Mi tierra es LA ESPAÑOLA, de siempre, y al afirmarlo así una vez más interpreto el sentimiento de mi país. Porque si bien es cierto que en noble lucha, arrancó de las manos de España su soberanía, fué por amor a la libertad que había aprendido de España, como medio de alcanzar la plena dignidad del hombre sobre la tierra. En todo tiempo podríamos rendir cuenta a la Madre España, del uso que hemos hecho de la independencia. Hoy más que nunca podría responder y afirmar el Presidente Trujillo, que está intacta entre sus manos la herencia de libertad recibida de Duarte, de Sánchez y Mella, fundadores de nuestra nacionalidad. Y podría también contestar y afirmar el Presidente Trujillo, que, Santo Domingo, no ha mancillado ni envilecido su soberanía, agregando, que, en su pecho de soldado valiente de la Patria, bien segura y bien defendida está la independencia nacional.

Cierto que ha habido algún eclipse, contrario a todo derecho, en nuestro cielo libre. Pero la moral ciuda-

dana ostentó la unificación heroica de todas sus fuerzas cívicas, y pudo al fin de cruentos padecimientos, borrar el eclipse sin que dejara huella imborrable en la conciencia del país. Este triunfo de la integridad moral de la Nación, es revelador de un estado permanente de virtudes legendarias, heredadas de España. De ahí que os dijera que Santo Domingo, sigue siendo LA ESPAÑOLA, del principio del Descubrimiento, porque no están extinguidos en su seno los alientos de la raza progenitora. No medir obstáculos ni peligros: tal es el gesto que define y caracteriza la silueta moral de la República Dominicana y de su Jefe. Tierra milagrosa de ensueño y de esperanza. Hombre milagroso que la dirige como piloto al puerto de la dicha.

Pequeña y humilde tierra del Caribe. Pero, no por humilde ni pequeña, ha menguado el aliento de su espiritualidad hispánica. La verdad del árbol no está en la corteza ni siquiera en la flor, sino en la raíz incrustada en la tierra, de modo que no puede arancarse sin que traiga tierra mezclada entre sus fibras. Y la raíz de Santo Domingo es española y se extiende a todo lo largo y a lo ancho de su pulmón. El venero de civilización espiritual que allí existe, emana aroma de gesta de cada vieja piedra que dejó el Descubrimiento y la Conquista. En ese marco, actúa el hombre que rige sus destinos. Entre ese marco de piedras funda el nuevo Santo Domingo. De las piedras viejas él labra la estatua viva, infiltrando savia al tronco. Para los dominicanos esas piedras representan una inextinguible luz de honor.

Santo Domingo, venera como reliquia, en su Catedral Primada de América, los restos del Descubridor del Nuevo Mundo. La huella de Colón está allí devota-

mente conservada. La tierra dominicana que cubre la tumba de Colón, en Santo Domingo, la consideramos tierra que está bendecida por la mano de Dios mismo. ¡Ninguna otra tierra más deseada por el desgraciado Almirante Viejo, para cubrir sus caras cenizas! ¡Ninguna otra tierra más agradecida a la predilección del Descubridor del Nuevo Mundo!

Por ningún tesoro cambiaría Santo Domingo la gloria única de poseer en su seno los restos de Colón y de darles el calor de sus corazones.

Todo el mundo sabe que Santo Domingo fué la primera tierra que recibió el beso raudo de las carabelas de Colón. Pero lo que no sabe todo el mundo es que Santo Domingo, pequeña y humilde tierra del Caribe, ha realizado sin ayuda tres independencias políticas. Y sigue luchando por alcanzar la cumbre de su desarrollo y su progreso, bajo el mando de su Jefe amado.

El Presidente Trujillo consagra su vida al auge de las instituciones democráticas dominicanas. Santo Domingo le debe a este hombre la entrega plena de su juventud, y de colocar dentro del marco de sus piedras prodigiosas, el florón vívido de todos los prestigios de la dignidad humana a que aspiran los hombres y los pueblos.

Santo Domingo ha dado nombres continentales a las letras de América y un nombre universal a la Libertad. Este hombre fué el Libertador de Cuba. Trujillo es el hombre de las grandes unificaciones. En su mente se desenvuelve como una cinta de plata el proceso de las unificaciones geniales, sobre las cuales imprime la imagen de la Patria. La más estricta moral administrativa regula los actos de su Gobierno. La más severa vigilancia

en el manejo del Tesoro de la Nación, la ejerce Trujillo. Es el primer Gobierno sin parásitos y la primera obra de Gobierno consumada sin claudicaciones. La defensa de la paz y del orden mantiene entre sus manos la flama de una inflexibilidad sin desmayos.

En presencia de estos hechos. cábeme el honor de afirmar que el Jefe de Santo Domingo, es el creador vigilante de una Patria Nueva, dentro del marco viejo que dejaron los conquistadores. El mantiene el brío y el brillo de aquellos paladines extraordinarios de la más estupenda epopeya que los siglos han contemplado. El posee el mismo intrépido espíritu de aquellos campeones, sin miedo y sin tacha, que ponían el corazón libre y la voluntad recia en cada acción emprendida. Escuelas, carreteras, puentes, edificios, avenidas, leyes, ateneos. He ahí su obra y su tarea emprendida y lograda.

¡Paz y Trabajo!, sintetizan la clave de su obra en el Poder. Ambas palabras le sirven de columnas que retan victoriosamente a la turba inicua de sus pocos adversarios políticos, en cuyos rostros lívidos la envidia espectral marca huellas lastimeras de un vencimiento tembloroso.

El Presidente Trujillo es hombre que va de una pluralidad de propósitos altruistas a la síntesis fecunda de la acción directa. De ahí que no pierda tiempo en la realización del bien público. Justo es que la Patria, agradecida, borde guirnaldas y levante altares a su nombre.

Trujillo y Santo Domingo vienen a ser, por impulso de una radiante compenetración de ideales, la raíz y la flor del árbol del progreso patrio. Y no es que todo haya sido manantial de linfas rumorosas o lúcida cosecha de flores. Hay que saber que todo, en Santo Domin-

go, como en la vida de Trujillo, ha sido obra de esfuerzo, de propósito, de fragua y de empeño.

Ningún linaje de hecatombe le ha ahorrado a Santo Domingo, la Naturaleza. Santo Domingo ha luchado contra una pertinaz ignorancia de afuera y contra una indolencia pesimista de adentro. A tal punto, que su nombre sólo tenía acogida en la Prensa universal para informar del paso de un ciclón sobre sus costas o de una revolución sobre sus lomas. No ha tenido Santo Domingo prensa fácil a su tarea afanosa por la paz y por el progreso. Comienza ahora a tenerla. Hoy se conoce que hay un Presidente que lucha y trabaja y un pueblo que le aplaude. Ahora se conoce que no sólo la tierra es rica y fecunda sino que también es probo y laborioso el Gobierno que la rige. Y se sabe también que Santo Domingo tiene abierto su espíritu y sus riquezas a los hombres que aspiren, con el sudor de su frente, a construir un hogar para sus hijos. "Los hombres que trabajan son mis mejores amigos", ha declarado el Presidente Trujillo.

¡Qué bien se evoca a Santo Domingo desde España! Desde aquí sí que cabe emoción en el recuerdo de la isla predilecta del genovés errante. No hay pedestal mejor que España, para lanzar al aire mi palabra dominicana, en homenaje al pasado y al presente de esta España que sufre y de mi Sto. Domingo que espera. Desde el calor del seno materno, cuán grato es auscultar el corazón de la hija lejana que no la olvida ni la deshonra sino que la reverencia y la enaltece por su misión en la tierra.

Para España, cargada de laureles, y para Santo Domingo, que los gana, elevo plegarias, en un voto perenne por la gloria y el decoro que une a ambos pueblos, a través del tiempo y la distancia.

No hace mucho dije que si fuera dable arrancar de la memoria de los siglos el nombre de España o borrarlo de la historia de la civilización, equivaldría a quedarse la tierra sin la mitad del Sol que la alumbra.

Una dama española, me pidió que le dijera cómo era Trujillo en la intimidad. Le contesté de este modo:

—El Presidente Trujillo es hombres de poco hablar y de mucho hacer. Ademán lento; gesto pausado. Hombre de elegantes maneras. Bien plantado. Sencillo y afectuoso. Su rostro insinúa una sonrisa que pocas veces llega a dar por entero. Hay una expresión inglesa que no es dable traducir al español en toda su exactitud. Esa palabra es *"dignidad"*, que no es lo mismo que prestancia. Esa dignidad personal es innata al Presidente Trujillo. Su porte militar produce la convicción de que, delante de él, se está en presencia de un hombre superior. Es joven todavía. Pero sus arduas labores de estadista, le han plateado prematuramente su cabeza. Lo más característico en él es cierto misterio que cruza por sus ojos de modo inesperado. Entonces, parece como si la mirada se le fuera lejos de sus ojos o como si sus ojos buscaran a lo lejos una mirada. ¿Es el amor? ¿Es la tristeza? ¿Es la victoria? Quién sabe. Lo curioso es que entonces es cuando más ve y cuando mejor escruta la conciencia de los demás. Trujillo no es un hombre alegre. Es de temperamento melancólico y hermético. Prefiere el silencio al bullicio. La soledad teje en su pensamiento una endecha que sólo él escuha en el silencio de su corazón.

Tal es el Jefe, a grandes rasgos. Al destacar su figura, sólo me ha guiado el más sincero espíritu de pleitesía a sus virtudes. Al fijar ante el público español la silueta

moral de este hombre extraordinario y de su pueblo, he cumplido con un mandato de mi conciencia. Termino, agradeciendo esta oportunidad que me permite declarar que Santo Domingo es y sigue siendo LA ESPAÑOLA, de siempre, y que su Jefe es como un español más en Santo Domingo, que cumple su altos deberes en América.

PALABRAS A LOS PERIODISTAS

Señores: Amigos:

No quiero confiar al cálido vuelo de la improvisación, estas pocas palabras. En un ambiente de hombres de pluma, prefiero fijar ideas para que permanezcan en sus diarios a lanzarlas entre el hálito de la jovialidad que las disipa.

Este Banquete de la Cordialidad Periodística, que la gentileza del Generalísimo Trujillo nos ofrece, en celeberación del Día del Periodista, que él elevó a institución como un apostolado de bien público que la prensa ejerce cuando son nobles sus medios y puros sus fines, demuestra la íntima y plena identificación de la prensa con su persona y con su obra, cuya huella de luz recoge a diario con unánime aplauso, la nación entera.

Estamos en el dintel del democrático acontecimiento comicial de mayo, y considero este banquete de una feliz proyección simbólica. Es, podríamos decir, como si bajo el palio del periodismo, partiera la candidatura del Jefe, a conmover los aires y las almas embanderadas, para regar la esperanza en el pueblo dominicano. La prensa sigue al Jefe en la conquista de ese lauro aclamatorio, con todas sus antorchas encendidas de amor y gratitud. Porque nadie ha logrado como él afianzar la ética periodística dominicana, ni nadie ha luchado más que él por el auge y la preponderancia del diarismo. La

moral de la prensa refleja la moral de un país y la moral de un Gobierno. Nuestra prensa es ejemplo de las ejecutorias de la moral ciudadana que Trujillo ha depurado, elevándola, para que corra pareja con su obra por el mundo.

La prensa nacional noblemente corresponde al Generalísimo, en su deseo de ser justa y en su deber de ser honrada. Si Trujillo no fuera todo lo que es para su patria, y se le preguntara un día qué cosa quería ser: respondería ¡Periodista! Lo es por su inteligencia, como por su patriotismo es estadista, como por su genio es organizador, un hombre de Estado y de Gobierno, como por su amor al orden y la paz es hombre de armas que crea y cuida un Ejército, admirablemente dirigido para llenar las funciones de guardián de la paz pública y del sosiego y garantía de los hombre de trabajo.

Gran lector de la prensa, el Generalísimo, posee el secreto del periodismo. De natural le viene el sentido del estilo sobrío, ceñido, expresivo, que se desprende de su palabra. Por eso podría ser el más interesante columnista de periódico. Es hombre que hace una frase como una coraza. En una palabra encierra una idea, en un adjetivo un estado de pensamiento, en un verbo una vida. La política nos ha quitado un periodista de raza, de emoción penetrante y mérito singular. Y de ahí que os pida, si no lo habéis hecho ya, el acuerdo de que se le nombre *periodista honorario.*

Con Trujillo, los hombres de prensa, llegarán a tener su casa-club, su casa-hogar, donde sean recibidos y hospedados los representantes de prensa americana que visiten nuestras playas. Como tendrá también nuestra Universidad, la Cátedra de Periodismo, de donde los

titulados salgan airosos y aptos para servir en las Empresas editoras, remunerados debidamente.

La prensa dominicana le debe mucho al Generalísimo Trujillo, y esta deuda no se termina de pagar, porque cada vez será aumentada con nuevas aportaciones de iniciativas generosas del Jefe, insaciable en la vigilia por elevar cada vez más el nivel de la prensa de la República, hasta que quede constituído por el Estado, el retiro periodístico, recompensa merecida a los que envejecen llenando cuartillas.

Camaradas: Amigos: El varón extraordinario que orienta los destinos nacionales, no puede ser mejor ni hacer más por el brillo de la prensa, por el bien de sus hombres, por el prestigio de las instituciones culturales. ¡Para él, de pie, un gran aplauso!

Ciudad Trujillo, 1942.

URNAS DE MAYO

Obras de bien social son himnos y votos triunfales que recibe con orgullosa complacencia la democracia dominicana, al recorrer el Caudillo sin mancha de la Patria Nueva, las ciudades y provincias. Sus obras abrirán las urnas de los sufragios de mayo y las llenarán de votos los ciudadanos. Será para nuestra nación el mes de mayo, el mes de las glorias y el mes de las flores. Bajo el sol de mayo recibiremos ondas de aroma, toques de clarines y estruendo de voces, anunciándonos la victoria comicial.

Trujillo renueva su verde laurel en esta jornada cívica. Es el hombre que no se resigna ni se conforma trillando sobre el mismo surco. Los moldes nuevos obsesionan su espíritu. Esta campaña es distinta a las demás campañas presidenciales. Esta la hace él, recorriendo ciudades y provincias, resolviendo problemas, donando espléndidos y rápidos beneficios a instituciones sociales; calmando o borrando angustias populares y destina a empresas benéficas, obras que estaban estacionadas o aletargadas. Y crea, de tal suerte, en los pueblos, un reguero de intensa fé y de esperanza. Esta es una idea original de imprimir en su campaña electoral un sello indeleble, un perfil único, de timbre personal, sin precedentes. Cada vez Trujillo aparece ante la nación con una cosa nueva, con una faz singularísima que solivianta las masas y las reune a su lado fervorosamente. Este

hombre es una fuerza que se desborda, que ningún brazo de mar puede detener ni contener en su longitud o en su amplitud. Solo. sin oradores ni escritores, como era norma y hábito que fuera, se instala en la conciencia de los pueblos como un altar y desde él riega el fruto de sus desvelos patrióticos, en obras de repercusión social. Antes, en anteriores empeños comiciales, él iba a la cabeza del recorrido victorioso, acompañado de oradores, escritores y poetas. Ahora, no. Los oradores aran el ámbito por otras partes por donde él no ha ido todavía. Las manifestaciones de leales adhesiones se producen sin su presencia. No asiste, hasta hora, a los desbordamientos de la opinión pública partidarista. Cuando el eco de ella se ha recogido en los hogares, para encender, en silencio, sus votos por su vida y por su gloria, se presenta solo, como un viviente obelisco, sin desfile de militares, sin el ruidoso acompañamiento de amigos civiles, que quisiéramos estar a su lado, para reflejar sobre los demás pueblos de la República, sus emociones personales y los oleajes de las multitudes enfervorecidas. Hay que inclinarse ante el genio de Trujillo, que no repite un modelo, que no se copia a sí mismo, y que, siempre tiene el don del acierto en sus incesantes innovaciones y renovaciones de ideas, planes, modos y maneras de actuar, de gobernar y de dirigir. De ahí, que yo piense que este hombre todavía no ha dado, no ha acabado de dar su perfil de mandatario ni todo el material de creación para su definitiva biografía, ni para su historia y su gloria de hombre y de gobernante.

Si bien es cierto que él se presenta solo, como centro de toda acción eleccionaria, hay que reconocer también que sus amigos no cesan de organizar, instruir, fa-

cilitar todo cuanto represente el éxito de una jornada emuladora. Me enorgullece ser justo con los hombres y bajo tal palio de honor declaro: que la labor de Paíno Pichardo, no puede ser superada. Su dinamismo bebió su mejor lección en la fuente dinámica del Jefe. Si algún día Paíno Pichardo, fuere llevado a otro cargo, *"qué hueso tan duro"* le legaría a su sucesor.

La prensa nacional le ha brindado al Jefe una espontánea cooperación que la convierte en un baluarte de vanguardia. Todos los elementos, los gubernamentales como los sociales y populares, individuales y corporativos, rivalizan en una diaria y grandiosa tarea civilista para que, los sufragios de mayo, constituyan una impresionante apoteosis nacional que sirva de demostración de la capacidad cívica de la ciudadanía dominicana, prosternada ante la rectitud de miras de un hombre que realiza el bien y que abre sus brazos, ¡únicos brazos para abrazar!, entre los cuales acuna la imagen de tres esperanzas: la de la juventud que estudia y sueña; la de la mujer que ha obtenido en noble lid el ejercicio de sus derechos, y la esperanza de los hombres que aspiran a la consagración del trabajo, que les traiga a manos llenas, los dulces beneficios para sus hogares abatidos.

Confío mucho en el próximo período presidencial del Generalísimo Trujillo. Espero mucho de su gestión gubernativa! No soy dado a predicciones. Pero formulo el vaticinio de que este nuevo ejercicio de su mando, recorrerá una amplia luminaria de hondo sentimiento democrático, tan arraigado en su espíritu, que colmará su política de una abundante esencia de liberalismo. No habrá queja que no recoja; no habrá error que no corrija; ni habrá abusos que no impida; ni día que no siembre

la confianza en la austeridad de su mando y en la perennidad de su obra de gobierno, ni florecimiento de ideas sanas que no acoja, para que prendan en su pecho y en su mente de estadista reposado y de soñador de sueños de felicidad nacional. Su nuevo mando marcará una brillante etapa en la historia del liberalismo democrático, que es lo que él siente en el fondo de su corazón, y lo que lo mueve y conmueve más profundamente.

Su célebre y reciente frase: *"y seguiré a caballo"*, no la acogí como una expresión de altanería. No es ella un reto. No es una lanza de dominio sobre el pueblo. Es sencillamente la concreción de una fuerza de sacrificio y de creencia en la eficacia de una obra y en la continuación de la gloria de una vida. *"Y seguiré a caballo"*, quiere decir: ¡seguiré mi senda de predestinado, defendiendo y ampliando mi tarea civilizadora! Quiere decir: no descansaré: no dejaré de mi mano la paz ni el bienestar de la República. No dejaré el timón de la nave hasta no conducirla a puerto seguro. *"Y seguiré a caballo"*, no es una amenaza, porque él lo conducirá no con bridas de hierro sino con un cordón de seda!

TARDE DE BANDERAS

Si buscáramos una frase que concretara la gigante apoteosis de la esperanza que ayer desplegó su faz radiosa sobre la ciudad capital de la República, diríamos necesariamente que fué una tarde de banderas: ¡banderas en las almas de los hombres que desfilaban en majestuoso alarde cívico! Banderas en los balcones, en los portales, en las aceras. Banderas en las sonrisas de las mujeres. Banderas en el sol de fuego. Banderas en el azul de los claros cielos capitaleños. Banderas eran los hombres; banderas eran las mujeres. Trujillo era una bandera en un balcón que se inclinaba al paso de las otras banderas, y todas estas levantaban su vista hasta él para recibir su emoción, y con ella delante, seguir la marcha por entre la multitud embanderada en las aceras y en los balcones! ¡Qué bella estaba así la ciudad de Febrero! Una gigante manifestación caminaba. Otra manifestación inmóvil en las aceras, estacionada, compacta, en la que no había un solo punto libre para la huella de un pie.

Toda la ciudad en la calle con aire de felicidad, de júbilo incontenible, insaciable hasta el grado que hasta las doce de la noche no cesaba el arrogante mujerío ni el río humano desbordado en las calles.

¿Qué era lo que pasaba? ¿Qué nombre sazonaba este manjar de delirio popular?

No era otro sino el nombre de Trujillo. No era

otra cosa sino la presencia de Trujillo, y la presidencia para Trujillo.

La espectación de la ciudad daba la impresión como si ante sus ojos se desposara la gloria con la posteridad. Y toda la capital salió a ver la pareja feliz, bajo un trémulo acompañamiento de banderas. El Jefe, parecía emocionado. No perdía detalle el Generalísimo, su atención ante la muchedumbre era constante. Su espíritu, desbordante de luz, era propicio a captar el más fino aroma que cruzase por el aire. Vió venir las flores que dos damas le traían como ofrenda.

Las damas se acercaron a él. Apretó contra su corazón las rosas. Gran gesto. Bella gentileza. Era una tarde toda envuelta en el triunfo de las banderas.

Nuestros ojos se encontraron y cambiaron recuerdos y alegrías ante la apoteosis de hoy que la ciudad le rinde, nuestros ojos hablaron fraternalmente de emociones del pasado.

Mi corazón seguirá desfilando presentándole de cerca o de lejos, a su corazón, armas de fidelidad.

Y ahora: Generalísimo y Jefe y amigo: ¡recoje la esperanza de tu pueblo!

Sigue labrando tu grandeza sobre los servicios a tu patria. Por ese camino verás siempre todas las grandezas a tus pies y todas las sonrisas a tu paso!

¡Sobre tu corazón, sólo la Patria! Bajo tu corazón, tu pueblo: ¡que estén siempre amparados por tu corazón los destinos del país dominicano!

¡Tarde de banderas, te llevo en mis retinas, en mis fibras, para que alimentes mis noches en la ausencia, mis nostalgias, mis puestas de sol en playas extranjeras!

Ciudad Trujillo, Mayo, 1942.

POLITICA Y CULTURA DOMINICANAS

Conferencia ante los Profesores y Estudiantes en el Liceo de la Capital del Estado de Río de Janeiro en 1938

Señores: Recojo en mis primeras palabras el eco que resuena en mí de una familiar ciudadanía americana. Hay en nuestra América, un hálito de hermandad en lo moral como en lo físico. Sentir este hálito es sentirse ciudadano de una sola, grande y única Patria americana.

Cuando acepté este amable convite de juventud tan valiosa brasilera, pensé más bien en venir a escucharos que a ser escuchado. He venido con las manos vacías del peregrino, en la seguridad de que con vuestra excelencia sentimental, me las llenaréis de dádivas de fraternidad. Sólo os traigo como recompensa, la certidumbre de que el eco de esa ciudadanía moral de que os hablo, nutre mi pensamiento, vigila mi sueño, halaga mi oído y ensancha mi corazón, tal como en el viejo rosado caracol del indio, el grito que recoge el eco de sus montañas vírgenes y el libre rumor de sus aguas, a la par que la endecha, que vuela de estrella en estrella, en busca de un llamamiento errante, que aprisione el oro muriente de sus notas.

Ningún país como el Brasil; ninguna ciudad como Río de Janeiro, para sede de esa fraternidad americana, tan anhelada, por todos los que sienten la respon-

sabilidad histórica de la cultura de la raza ibérica. (1)

Cada vez que extiendo, o mejor dicho, que encierro, la mirada en el marco único del Guanabara, y contemplo la cita de colinas que lo rodean, pienso que en ellas está toda la América representada. Imagino que esas colinas vienen de todas partes, de lejos, de muy lejos, para concurrir al cortejo bautismal de la grandiosa ceremonia de la solidaridad continental. Y me afirmo, entonces, cada vez más, en la creencia de que la naturaleza ha creado a Río de Janeiro, para una alta y grande misión en la tierra. En este sentimiento de solidaridad interamericana, la voz del Presidente Trujillo, se escucha como un himno que se desprende del espacio. Desde el comienzo de su gobierno imprimió perfil americanista a su política exterior. Es la primera vez que la República Dominicana, asume la responsabilidad de una política internacional. La República carecía de política exterior, con Trujillo comienza a tenerla.

La conducta internacional de la República Dominicana ante cualquier problema americano, la coloca con perfil definido y propio. Se debe al Presidente Trujillo, el renombre que va alcanzando ahora mi país. La loza de la indiferencia no oprime ya el nombre de mi patria. Por la voluntad pacifista de Trujillo, se hace firmar tratados internacionales, que ponen términos a espinosas situaciones. Su voz llega a todas partes de América, como una bandera blanca. Lucha Trujillo, porque los pueblos americanos se conozcan

---

(*) Cuatro años después fué en Río de Janeiro la Conferencia de Cancilleres Americanos.

entre sí, borrando, de tal suerte, la ignorancia que los aleja más que la distancia. Salvar este desconocimiento es ganar la mejor victoria para el futuro continental. De ahí su noble empeño de que toda la América reuna sus brazos y sus luces en una Liga de Naciones Americanas, que haga a la América, grande por la unión y fuerte por la responsabilidad.

Me siento tan dichoso, señores, y tan confiado en el aire que respiro esta noche, entre vosotros, que os diré algo de la política y de la cultura en mi patria, mezclando ambos temas, ya que andan unidos en la historia, y ya que es tan visible la huella de la una en la otra. Juro, ante todo, atar de piés y manos la hipérbole, y poner pies de plomo a la lisonja. Prometo colgar de un árbol el Enfasis, como a un malhechor. La lisonja y la hipérbole constituyen, políticamente, en América, un muro de cursilería abominable.

El énfasis es la guarida donde refúgiase la mediocridad, que se corona la frente de guirnaldas hechas de viento. En cambio, el elogio merecido y justo, procede de noble alcurnia; no así el ditirambo hipócrita y la rumiante loa. Estas pertenecen, por entero, al estabio. No vengo, pues, con un incensario a derramar preciosa mirra sin saber sobre qué cabezas ni sobre qué altares. desciende.

Se me caería de las manos avergonzado, si la verdad no ardiera en él y si la honestidad no fuera la llama que besa el aire que lo mueve.

Santo Domingo, vivió siempre aferrado a la preocupación de la cultura desde los más remotos tiempos de la Conquista. Siempre fué tierra que tuvo por principal don el saber tanto como el valor. Fué el primer país del Nuevo Mundo, que tuvo letrados y magistra-

dos. Los primeros obispos los tuvo Santo Domingo, llamada "La Española". Los indios la llamaban Quisqueya. Tuvo la primera Audiencia Real, en el Nuevo Mundo. Y la tercera en tener imprenta en el año 1538. Sus conventos y sus escuelas florecen en los años de 1502 al 1540. Fué la depositaria de la cultura europea en el Nuevo Mundo. Su español se conserva puro como en Castilla. Pero, por sabido, doblo la hoja de la historia del Descubrimiento y de la Conquista, donde aparece Santo Domingo, con manto ateniense. Sería prolijo enumerar fechas y nombres de cosas que están en la memoria de todos vosotros. Sin el nombre de Santo Domingo, que fué faro de orientación y cátedra de enlace, la historia del Nuevo Mundo, quedaría como criatura sin registro civil.

Abundan en Santo Domingo, en todos los tiempos, los poetas, los oradores, los humanistas, los hombres de pensamiento y los hombres de lira. En la lírica contemporánea el poeta José Joaquín Pérez, autor del "Junco Verde" y de otras notables poesías, canta los indios como si le salieran del corazón. Sus temas siempre son de altura. La poetisa y educadora Salomé Ureña; gran mujer para un gran pedestal, canta la patria, el progreso, la paz, el hogar, con nobleza de lira de Quintana. Historiadores como José Gabriel García; del Monte y Tejada, Bernardo Pichardo honran con sus plumas la historia nacional. Del estro de Salomé Ureña, se podría formar un altar. Su poesía "Ruinas", es tal vez la mejor poesía dominicana de su época. El poeta Gastón F. Deligne, y su hermano Rafael, cantan el trabajo, el mar, a Dios. El poeta Gastón F. Deligne, autor de grandes poesías, es desconocido en América. Pero su númen está montado sobre hechizos. Poetas como Arturo Pellerano Castro, autor

del libro "Criollas"; Fabio Fiallo, gran poeta y fino cuentista y articulista de sangrienta pluma, autor de las poesías "For Ever", y "En el Atrio"; Enrique Henríquez, voluptuoso del erótico cántico sutil, abordan temas de amor pero manteniendo su númen en altura incontaminable. Dos Arzobispos: Monseñor Fernando Arturo de Meriño, y Alejandro Nouel, ambos de gran elocuencia y sapiencia, a título de dominicanos insignes, ocuparon la Presidencia de la República. Fueron, en la cátedra sagrada como en la prédica civilista, dos espectáculos de patricia virtud y dos exponentes de alta cultura. La iglesia dominicana aportó siempre, en todas las épocas, noble porción espiritual y mental a la cultura patria. Honran la lengua escritores como el eminente Emiliano Tejera, autor del folleto los "Restos de Colón en Santo Domingo", de estilo purísimo. Pensadores como Eugenio María de Hostos, autor de textos de Moral Social, de Dereco Constitucional, de Lógica y de Etica, que, aunque nacido en Puerto Nacido, de madre dominicana, radicó en Santo Domingo, y fué allí donde realizó su obra de varón aristotélico, que le hace jal, sobre su tumba, en el momento en que caen sus caros despojos, esta desoladora verdad: "Esta América infeliz, que sólo sabe de sus grandes vivos cuando ya son sus grandes muertoss".

Cuenta, Santo Domingo, con críticos y filósofos y escritores como el eminente Américo Lugo y como el insigne escritor Pedro Henrríquez Ureña, y con literatos, novelistas y escritores, cuentistas y narradores áticos y exultadores epónimos, como Tulio M. Cestero; Miguel Angel Garrido y Max Henríquez Ureña, Flérida Lamarche, y Sócrates Nolasco, Abigail Mejía y Gustavo Adolfo Mejía, y otros más que están presentes en la memoria lite-

raria de Hispano América. Novelistas clásicos como el egregio Manuel de Jesús Galván, del fluído estilo, tan puro, en su novela "Enriquillo", que creó un modelo inolvidable de novela histórica americana. Los talentos abundan, bastaría con citar a Jacinto B. Peynado. Y jóvenes que descuellan en prosa y en verso, como Troncoso Sánchez; Ramón Emilio Jiménez, Virgilio Díaz Ordoñez; R. Pérez Alfonse; Juan Bautista Lamarche; Noel Henríquez y Enrique Aguiar; oradores de verbal cascada castelarina como Arturo Logroño, y Joaquín Balaguer, también poeta y prosista de oriental fantasía. Interminable sería la enumeración de nombres y de obras, en este bosquejo panorámico de la cultura nacional dominicana. Poetas como Emilio A. Morel, Valentín Giró, y el malogrado Apolinar Perdomo y Altagracia Saviñón, producen flores de antología. En Santo Domingo, el verso es una credencial de excelencia. La vida literaria brilla por su calidad y la cantidad de su prosistas y poetas, que prestigian la vida dominicana. Tuvo la suerte Santo Domingo de dar las dos primeras poetisas del Nuevo Mundo. Elvira de Mendoza y Leonor Ovando. Ellas esparcieron la milagrosa semilla de la poesía femenina en América, que germina sin cesar de generación en genración, como que cayó esa prenda de canto en surco americano, predestinado al cántico de amor. Pero, en ninguna época, fué tan nutrida como en la hora actual, la falange mental y lírica dominicana. Una inquietud de saber agita la entraña patria. La juventud brilla de júbilo en su anhelo universitario.

Sobre el pasado cultural dominicano abundan las pruebas y sobran las palmas. Su linaje intelectual abro-

quelado en la verdad histórica. "La Cuna de América", como se llamó a Santo Domingo, por tantos y tan justos acontecimientos, mantuvo en alto el prestigio de su nombre. Y, a pesar de sus períodos de eclipse; a pesar de sus lucas largas y sacras de tres guerras de independencia; a pesar de sus oscuras y amargas lacras de contiendas fratricidas, no dejó Santo Domingo, apagar sus luces de cultura. Estas se refugiaban como antorchas en pequeños cenáculos, cuando se sentían amenazados para reaparecer, todas encendidas, en cielo abierto. Doblo, pues esa ilustre hoja de la historia inicial del Nuevo Mundo, donde aparece mi Patria, durante un cuarto de siglo, influyendo en todos los centros culturales de las Antillas; de Venezuela, del Perú y de Colombia. Esa hoja, cargada de santidad de linaje, al doblarla mi mano, siento como si por ella rodase la oración del pasado. La cierro, para hablaros de política y de cultura durante estos siete últimos años, en los cuales la influencia de la política del Presidente Trujillo, determina un florecimiento en la cultura nacional. Jamás, mayor número de talentos tomaron parte en la vida pública. Trujillo los ha reunido a todos a su lado, con una que otra excepción.

Décadas sangrientas, tres independencias hechas, y un desfile de dictaduras, con pocas honrosas excepciones de gobiernos liberales, fueron empobreciendo la nación, limitando sus posibilidades; estancando su progreso; retardando su desarrollo, y creando por consecuencia, el desconocimiento de su nombre y de su historia. Pero, la capital Dominicana, pupila de civilización, depositaria del pensamiento nacional, no dejaba rodar ese tesoro al arroyo de sangre sino que lo escondía

como enseña refugiada en lo mejor de los pechos nativos.

La juventud vivió leyendo siempre, estudiando siempre. Se le crecía el alma, plena de reserva espiritual, al contacto con las viejas piedras monumentales que legaron el Descubrimiento y la Colonización. La mentalidad dominicana, producía poco, pero se preparaba para producir mucho el día de la redención. Este día llegó, por fin, prendido de la punta de una espada. Un soldado, vástago ilustre, salta del cuartel, a la política, y hace de la política una cátedra. Es el milagro que tenía reservado el destino a los dominicanos, en recompensa a tanta sangre vertida de sus hombres empeñados en un duelo a muerte por un poder que casi no lo era, por lo efímero, y por la poca honra que dá el poder usurpado.

Nace la República a la vida soberana el 27 de Febrero de 1844. Pronto tendrá un siglo. Volando esta noche sobre etapas o apartando crespones de la historia convulsiva, llego al 16 de agosto de 1930, en que toma posesión de la presidencia de la República, el General Rafael L. Trujillo y Molina. Días después de su juramento se encierra sólo en su despacho. Cruza los brazos. ¿Qué piensa? Nadie lo sabe. Pero su frente arde. Sin duda piensa que si no procede con mano militar se le viene abajo la victoria. Su mesa de trabajo es un río de cifras sobre papeles. Es un general que tiene delante el campo listo para la batalla. Ahora son sus pensamientos los soldados de línea. Todo está preparado. Tiene delante el Presupuesto Nacional, que no resiste la Nación, comprometida al pago perentorio de empréstitos contraídos por gobiernos anteriores y dilapidados ignominiosamente. Los superavits simulados ocultaban la realidad de los déficits vergonzosos.

Hay una Deuda Exterior y una Deuda flotante Interior. Los "bonistas" extranjeros, apremian. Urge, pues, el ataque en línea recta. Un cúmulo de inmediatas e inminentes realizaciones se imponen. Parte Trujillo el Presupuesto en dos, y ordena que se cumpla. No oye los gritos de las víctimas. Cubre sólo las necesidades del servicio de la administración. Despoja el Presupuesto de todo follaje parasitario. Los empréstitos, a corto plazo, reclaman su atención, y pone en vigor una Ley de Emergencia, que le dá respiro a su gobierno, hasta obtener un arreglo que le permita pagar puntualmente los intereses de la Deuda Exterior, depositando parte para su amortización. Y paga la Deuda Interior flotante. Crea al mismo tiempo, fuentes de producción y de ingresos. Fiscaliza todas las rentas. Impone un severo criterio de recaudación y de administración. Lo toca todo con su mano. Lo miltariza todo. Y entonces aparece en él de cuerpo entero el estadista a la par que el político. Traza un vasto Plan de Obras Públicas; de Educación; de Urbanismo; resuelve mil problemas cada día. Cada hora de esos tres primeros años de su gobierno, es una piedra fundamental en la historia de la patria nueva, que él ha moldeado. En torno a él, todo es crisol, horno, creación. El caciquismo montaráz quiere asomar la cabeza y se la aplasta. Ahoga el Caudillaje. Remueve la tierra como un sembrador. Vuela constantemente de un lado a otro, incesantemente. ¿Es un hombre? ¿Un Centauro? Es una suma de hombres en marcha forzada, hacia un fin. Moviliza la juventud intelectual de la Nación, y la invita a gobernar con él. Exige la máxima labor. Prestigia la nacionalidad, frente a veladas intromisiones extrañas, y se yergue como un

sable frente a las amenazas de afuera y a las conjuras de adentro. Su actitud impone respeto. El país se dá cuenta de que le ha caído encima una voluntad de hierro. Detrás queda un pasado político de claudicaciones, de vicisitudes que él borra con la austeridad de su presencia en el Poder. Lleva en sí una fuerza desplegada de la naturaleza que derriba obstáculos. Es un obrero para construir el futuro de la Nación. Le tiene el pie encima a la hidra revolucionaria, para que no se atreva a enrojecer de nuevo el rostro de la Patria. Y comienza su gran obra de reconstructor de la ciudad capital, que poco tiempo después de jurar la presidencia, un huracán la echó abajo, hecha trizas, el 3 de Septiembre de 1930. Jura reconstruirla y cumple su palabra. Parece que sueña. Pero día tras día, hora tras hora, realiza su promesa y la lleva a término feliz. Veinte magníficos puentes de acero tiende sobre los ríos, abrazando tierras. Dispone creaciones sin comprometer la realización de su plan de transformar y de crear puertos, carreteras, ciudades, hasta que llega a dotar la capital de la República, de un gran puerto moderno con calado para los más grndes trasatlánticos que cruzan los mares. Cambia toda la entrada portuaria, embelleciendo la costa y creando modernos muelles y haciendo jardinería feérica a la entrada del puerto. Surgen las avenidas como por arte de encantamiento. Los edificios públicos se suceden. Los rascacielos aparecen. Ha creado ya una capital que es, en pequeña proporción, modelo de ciudad que tiene en su seno el espectáculo de civilización de toda capital moderna. Conserva y restaura ruinas y monumentos de la colonia. Científica la agricultura. Dedica preferente atención al mejoramiento de la pecuaria,

de la cria caballar. Estimula y honra al productor, al campesino, al industrial y al obrero.

Es un hombre-síntesis. Sus frases son breves pero cada una encierra un programa. Traza una línea de conducta política. Y dice: "no hay peligro en seguirme". La ciudadanía la vió comprobada. Se temía en él al militar. Y la Nación ha visto con placer y orgullo que detrás del militar sólo había un político paternalista y detrás del político, un estadista prudente y sagaz. Después dijo: "El agricultor, el hombre que trabaja, es mi mejor amigo". Expresó luego que "prefería las últimas piedras a las primeras", frase que definía su política de obras públicas, que consiste en inaugurarlas sin anunciarlas. Más tarde externó: "Un buen juez vale más que un buen presidente", para definir de este modo la misión del magistrado que aplica leyes y hace justicia. Luego ha dicho: "Educar para la paz", y "gobernar es alimentar". Y he ahí, señores, adonde quería llegar en esta rápida reseña de una política que me permite decir que la hora cultural que vive ahora la República Dominicana, podría ser sintetizada con esta sola y única palabra: "¡Trujillo! No quiero decir que sin él no habría cultura en mi patria ni que sin él se hubiera perdido la huella de la civilización dominicana. Pero, es innegable que sin él, la cultura sufriría un paréntesis de sombra. Su influencia en ella no será posible borrarla; el dinamismo de Trujillo, su apoyo, su entusiasmo, ha puesto en movimiento todas las fuerzas culturales dominicanas. Crea instituciones civilistas. Dota de recursos a los centros intelectuales, impulsa los Ateneos, los Liceos. Dentro de las salas de cultura, el pensamiento no cesa de latir. Imprime obras, reimprime las

agotadas de ilustres escritores muertos. Estimula la inteligencia nacional. La premia y la eleva al gobierno. Los periodistas, los editores, no claman ya por la ausencia del apoyo oficial. Dota la Universidad, de todos los elementos y de todos los adelantos. Proyecta la Ciudad Universitaria. Los estudiantes son complacidos y oídos. Se sienten tan protegidos que se convierten en protectores de la vida del Presidente Trujillo.

Los poetas viven ahora felices, entre aplausos oficiales. Saben que el buen Presidente, es buen catador y gustador de poemas. El bono dominicano, se elevó en las bolsas extranjeras y readquirió su crédito. Y todo, porque se sabe afuera, que Trujillo, en el Poder, es seguridad, garantía, honradez, responsabilidad, justicia.

La República Dominicana, tiene alrededor de dos millones de habitantes, con un territorio de cincuenta y cuatro mil kilómetros cuadrados y una privilegiada posición geográfica. Al sur, el mar Caribe; al norte, el Altántico. Y frente: dos canales, el de la Mona y el de los Vientos. Frente a este privilegio, organiza entonces, el turismo con éxito resonante. Y construye un elegante y cómodo hotel para el turismo.

Crea Trujillo el Instituto Científico para el estudio de la fauna, la flora, la biología, la oceanografía, entre otros fines científicos. Llama de Francia al profesor Marión, para explicar su clínica operatoria en la Universidad Central de Santo Domingo. Crea hospitales, asilos, reformatorios: mejora la dotación y el instrumental de los hospitales de la República. Muchas veces sufraga estos gastos de su peculio personal.

Ya la montaña del problema político y la montaña del problema económico, desaparecen. Sobre estas dos

montañas está Trujillo, de pie, como una estatua viva. Las Escuelas rurales abren sus planteles en los más apartados rincones del país. He aquí el plan de Trujillo, puesto en ejecución: Granjas Agrícolas, Casas Escuelas Rurales; Dispensarios Médicos Dentales; Talleres de Carpintería; Bibliotecas Rurales, Radios y Cines en los Campos; Ganado y animales de tiro para campesinos: Semillas e Implementos; Escuelas de Radio, Telefonistas, ¡Telegrafistas y Locutores, Departamento Forestal de Caza y Pesca; Barrios Obreros; Escuelas de Artes y Oficios; Legislación Social; Aumento de Población; Premio a las Madres Prolíficas; Escuelas de Marinos; Marina Mercante Nacional; Protección de la Infancia desvalida.

Las escuelas de artes y oficios se pueblan de alumnos. La red de carreteras es perfecta y completa. Legisla incesantemente en beneficio del obrero, renovando toda la legislación social, recabando casi para sí la iniciativa de las leyes. Su predilección por la educación y por la agricultura, se destaca en su obra de gobierno. Contrata en Chile, misiones pedagógicas para que implanten en el país los nuevos métodos y procedimientos en materia educacional.

Surge, a su amparo, el Instituto de Investigaciones Históricas, e inunda el país de iniciativas culturales a la par que de Canales de Riego; sabe que el país dominicano es esencialmente agrícola y que la tierra guarda el milagro de la redención económica del hombre y se entrega íntegro a proteger y difundir esta verdad. Escuelas de Agricultura, Granjas Agrícolas, Exposiciones de productos nacionales, se inauguran y se multiplican.

Prodigaliza el bien. ¿Qué más puede pedir un pueblo a un hombre?

Educa el corazón de su pueblo tanto como el intelecto y el brazo. Disciplina la voluntad de sus conciudadanos. Los años que lleva en la Presidencia, me hacen el efecto de siete obeliscos levantados al progreso y a la cultura de la Nación. Adopta un moderno plan de enseñanza para la instrucción pública. Crea la estadística nacional. Pero no es todo esto, señores, lo que me hace pensar en él como en una recompensa del destino. No es la organización ni la eficacia que ha impreso al Ejército Nacional. No son las orientaciones nuevas en el orden pedagógico. No son las escuelas funcionando con un total de 1,973 maestros ni son los miles de alumnos que reciben instrucción en las escuelas. No es el Censo Nacional que ha llevado a efecto, sin costo, para el Estado. No es todo eso, con ser mucho, lo que me arrebata de entusiasmo al aplaudir su obra. No es su labor de organización de la hacienda, ni el embellecimiento de las ciudades ni la creación del gran puerto de la capital. Es, señores, que este hombre le ha dado al país dominicano, una nueva ideología política y los dominicanos del futuro serán felices y recibirán los beneficios de este cambio.

Es más fácil transformar la piedra que transformar el alma de una Nación. Lo primero es la obra de las manos. Lo segundo es obra del cerebro. Este hombre ha hecho de un pueblo que amaba solo la guerra como una fiesta, un pueblo que ama el trabajo y la paz. Este hombre ha hecho que las Provincias se conozcan entre sí y se amen, borrando la huella de ruines rencores provincialistas. De un pueblo vencido, desunido, ha hecho un pueblo vencedor por la unión de todas sus fuerzas. He

ahí, señores, su mejor triunfo de gobernante. Pero hay algo más: su concepto del Estado y de la Democracia, como patrimonio social y moral que obliga por igual a todos sus hijos a la práctica de la virtud y al deber del sacrificio, sin el cual toda la grandeza acumulada por los siglos se evaporaría del escenario de la civilización del mundo.

La América, desde sus turbios orígenes, está compuesta, políticamente, de pueblos sin gobiernos o de gobiernos sin pueblos. Trujillo palpó esta realidad y quiso dar un pueblo a su Gobierno. Y hoy la República Dominicana es un pueblo con Gobierno y un Gobierno con un pueblo. Esta es su obra de mandatario genial.

Trujillo proclama el mérito de conservar sin mácula ni mezcla el tesoro de las tradicones nacionales. Ha escrito una Cartilla Cívica, para su pueblo, que es como un lábaro de ética ciudadana. En ella habla de patria, de hogar, de la bandera, del deber, de la paz. Se preocupa de la salud de los niños, y es que él tiene un hijo que venera, y vé en los hijos ajenos, el hijo propio, de quien un día serán ellos compañeros y amigos en el servicio de la patria y en la conservación de la República.

Todos los intelectuales de la Nación están con él, con una que otra excepción que, sumadas no llegarían a cinco. Los periodistas, los profesionales, los escritores y poetas, todos los literatos, liras y togas, rinden sus alabanzas a su vida y a su obra. Pero no se envanece por ello. No es un megalómano como lo pintan sus enemigos. El no ha pedido jamás un elogio ni da gracias cuando los recibe. En el paisaje moral que se levanta sobre su cabeza, abriendo un trazo en la historia patria, desbordan las esencias del pensamiento nacional. El día que

este hombres descienda del Poder podría decir a sus adversarios: si destruís mi obra, os seguirá la sombra de ella por todas partes. Mi obra la garantiza el progreso.

Toda esta lucha de Trujillo, por el bienestar de su pueblo, le ha creado una atmósfera de unanimidad, de respeto, de voluntades amigas y de adhesiones políticas. Desde luego, alguna que otra vez habrá recogido una que otra espina de ingratitud o de perfidia. Es dura ley que para alcanzar la cima de la historia, se tropiece antes con una historia de amarguras, sobre todo, cuando un hombre se echa a cuestas la salvación de los hombres. Porque viene el hombre de mala levadura, como dice la Biblia, Y es cierto. A las conjuras contra su vida, responde Trujillo con el perdón. No abriga su alma sombra de rencores. Su mano es fuerte pero también es suave. Ha llegado a identificarse tanto con su misión y con su obra, que el pueblo lo ve en todas partes y él vé a su pueblo presente en todo. Y así, refugiado en la imágen de la Patria, realiza el sueño de grandeza de los fundadores de la nacionalidad.

Un día apareció junto al monumento a Colón, en la Catedral dominicana, Primada de Indias. Lo rodean altos dignatarios y funcionarios. Viene a reparar una injusticia histórica. Y de pie, sobre el sepulcro abierto de Colón, lee un Mensaje a los Presidentes de América, que la onda recoje y diluye en el aire. Y con voz que parece venir de la propia entraña de los siglos, o levantarse de las propias cenizas del Almirante, exclama: "La República Dominicana, que tiene la fortuna de poseer, por la propia voluntad del héroe, la sagrada reliquia de sus restos mortales, ha sido escogida como sede del Faro destinado a servir de símbolo de la unidad espiritual del

Continente, porque esta es, sin duda, la porción de tierra americana más unida a la vida del Descubridor y la más vinculada a su memoria. Centro de la civilización en el mundo occidental, Santo Domingo fué, en la era de la colonización, lazo de unión de toda la vasta zona del Mar Caribe. En el orden político, su Real Audiencia, establecida en 1511, ejerció jurisdicción sobre toda la América Central, desde Panamá hasta Nicaragua y todo el noroeste de América del Sur, desde Venezuela hasta las costas que en el Océano Pacífico corresponden a la Nueva Granada. En el orden eclesiástico, su Arquidiócesis fué sede primada de las Indias desde 1504. En el orden intelectual, fué también centro del Mar Caribe con su Universidad de Santo Tomás de Aquino y su Universidad de Santiago de la Paz, conservando esta supremacía hasta muchos años después de fundarse la Universidad de Santa Rosa, en Caracas y la de San Jerónimo en la Habana. Pero sobre cualquier otro título justificativo de que se le dispense la honra singular de servir de sede al grandioso monumento, emblema de una reparación histórica y moral ya inaplazable, está la suprema razón de haber sido esta porción de América, por virtud de superiores designios, la tierra que más amó el Descubridor y el lugar destinado para su última morada".

Y la América le responde, desde Washington a Buenos Aires, con su adhesión y con su aplauso. Y ya la idea del Faro Monumental, está latente en el espíritu de los gobiernos y de los pueblos americanos. Por mandato de la conciencia agradecida del Nuevo Mundo, será realidad este Faro a Colón. El Almirante Viejo, será al fin, altar de toda la América, y tendrá por pedestal toda la

Historia, en la ciudad que fué cuna de su hazaya y pedestal de su genio.

La República Dominicana, ha erogado ya más de 350.000 dólares, para la erección de este Faro. Es el único país que hasta ahora ha depositado su cuota. Este Faro, monumento de arte y de gratitud, tendrá la blanca expresión marmórea de una cruz larga y doble que, saliendo de la tierra hacia arriba, será como una bendición suspendida en el espacio. Debajo, una capilla guardará la urna de cristal de roca, donada por Trujillo, para encerrar en ella definitivamente los restos del Gran Descubridor. Y en uno de los brazos de la cruz, veinte y un altares consagrarán las Repúblicas Americanas! ¡Cuánta grandeza y cuánta belleza hecha mármol y hecha Cruz!

Cierro los ojos, y veo ya la luz del Faro, como un reguero de diamantes en la onda y como un desprendimiento de perlas en la brisa. Y sobre diamantes y perlas, la cruz de Colón, cubriendo el horizonte.

Señores: para terminar, permitidme referir un hecho reciente de Trujillo. El país está ahora en plena período preeleccionario. El pueblo le pide que acepte un nuevo mandato. Pero Trujillo no quiere la reelección. Quiere dar ese ejemplo a su patria. Pero el pueblo le reclama. Entonces Trujillo, envió al Senado una solicitud de licencia para ausentarse al extranjero. El país entero le sale al paso suplicándole que desista de su propósito, y el Congreso Nacional, haciéndose intérprete del sentimiento público ,no le otorgó la licencia. Pero, oid, como pide la licencia: "La Paz y el orden imperan en todo el territorio nacional y ellos están asegurados, las instituciones funcionan normalmente, en medio de las li-

bertades y las amplias garantías; el progeso del país es visible; la situación económica es buena y las esperanzas halagadoras. Por estas razones cuento con que me concedais la licencia que os pido". Luego, reafirmó Trujillo, su voluntad de retirarse del Poder.

En Santo Domingo el derecho es centinela de la moral ciudadana y la fuerza ampara y garantiza la libertad. Cuando esto acontece, la cultura crece, la paz se salva. Surge, entonces, el tipo ideal de civilización que termina siendo cifra de espirtualidad.

Se sabe que un hombre, no es la historia pero no hay historia sin un hombre. Es el caso de Trujillo, en la República Dominicana. Es el caso de todos los grandes forjadores de caminos hacia la inmortalidad. No importa que el escenario donde ellos actúen sea grande o pequeño. La estrella no es estrella por el tamaño de cielo que ocupa sino por la perfección que alcanza. Por eso, los hombres de acción llevan una estrella en la frente y un sol en el alma, y viven del sacrificio de darse y del dolor que reciben. Y terminan casi siempre espiritualizándose en sus obras. Y es, entonces, señores, cuando surgen las eras que los siglos bautizan con sus nombres.

¡Contemplados esos hombres, al través del tiempo y la distancia, pasan por delante de nuestros ojos, como una lluvia de estrellas, rompiendo el fino cristal del Infinito!

Río de Janeiro. 30 de Octubre de 1937.

PALABRAS ANUNCIADORAS

(Vuelo Pan-Americano)

ALAS ANTILLANAS: Al rayar el día evocador del próximo 12 de Octubre, una escuadrilla de aviones cubanos y dominicanos, partirá de la "Punta Torrecilla" lengua de tierra que se adelanta unos pasos en las aguas del puerto de Ciudad Trujillo, Capital de la República Dominicana. Justo es que partan de allí a rendir pleitesía a la nobleza de las patrias americanas; Santo Domingo es una viva historia de piedra del Descubrimiento y la Conquista. La ciudad que guarda los restos de Colón, es un santuario de la Raza. Es un poema en donde cada estrofa de piedra prócera, es como una campana que despierta el sueño de los siglos. De ahí que sea la ciudad única, para iniciar este vuelo de Buena Voluntad, en pro del Faro Monumental, a la memoria de Colón.

Este gran vuelo, de Confraternidad, de unión. de solidaridad afirma la convicción de que el patrimonio moral de la América, es uno sólo e indivisible para todos sus hijos.

Al conjuro de este vuelo, quedará en la conciencia de América, unificada la voluntad de inaugurar esta obra, en la fecha del noveno centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Fasto glorioso que será sin duda celebrado como un acontecimiento digno de la epopeya colombina que llenó de luz los ojos de la Historia,

y dilató en el ámbito de un mundo nuevo, la conciencia cristiana de un Mundo Viejo.

La iniciativa de este vuelo, nació en el seno de la prestigiosa Sociedad Colombina Pan-Americana, de La Habana. Pero, desde su albor, fué esta iniciativa amparada con entusiasmo por el corazón del gobernante dominicano, Generalísimo Rafael L. Trujillo. El donó a la escuadrilla, el avión que bautizara con el nombre de "Colón", avión insignia, de este vuelo Pan Americano. El Presidente Trujillo, ve en este vuelo concretados su amor a la justicia histórica, su clamor contra un olvido histórico, y su inmensa fé en los altos destinos de América. Los oficiales pilotos de esta escuadrilla, vienen en misión oficial, como Enviados Aéreos, con cartas Presidenciales Autógrafas para los señores Ministros de Relaciones Exteriores; de la Guerra; de la Marina; de Educación, Jefes de Estados Mayores del Ejército y de la Armada y Alcaldes de las Capitales. De este modo testificarán ellos ante los gobiernos y ante los pueblos, el espíritu de Confraternidad y de pacifismo luminoso que ilustra la política que ha desarrollado el Presidente Trujillo, desde su advenimiento al Poder. Pláceme decir que el Presidente de Cuba, el íntegro Coronel Laredo Bru, hombre amante de toda acción de grandeza, también ha protegido y amparado oficialmente este Vuelo, y lo ha ungido con todos los atributos oficiales de su cargo. Los dos Presidentes Antillanos se sienten dichosos al confiar tan noble misión a esta escuadrilla, y se sentirán aún más dichosos si el éxito corona sus esfuerzos. El ideal de amor que estos aviones esparcirán sobre los horizontes de América, reunirán como en un himno de gloria, las luces de la solidaridad de los dos gobiernos y de los dos pueblos, en homenaje al Descubridor del

Nuevo Mundo. Cuba y Santo Domingo, vivieron siempre unidas en la Historia. Y al reunir ahora sus alas en este vuelo, no hacen más que continuar por los aires la tradición que han mantenido en la tierra. De ahí que vengan hermanadas en este vuelo de Cordialidad, regando por los cielos del Sur, soplos que tienen calor de cuna americana! Declaro con orgullo que el corazón del Presidente Trujillo, nunca late más fuerte ni más hondamente, que cuando lo hiere el ideal de la grandeza de la Raza, cuya bandera sostiene con brio su mano de soldado y prestigia su mente de estadista. Es justicia que le tributo y no ditirambo que le rindo. La América verá en las alas que cruzan sus espacios, el claro símbolo de un mandato de cooperación fraternal, a cuya sombra crecerá firme y robusto el árbol de la democracia americana. El Presidente Trujillo, cree en la América, la siente en su espíritu, la reverencia en sus sueños de caballero de la Raza, la exalta en sus latidos de patriota del Nuevo Mundo. En todo pedestal que se levante a su progreso, a su cultura, a su paz y felicidad, contad, americanos todos: con la ayuda y apoyo de Trujillo.

Con ello revela él su dominio del porvenir de esta vasta porción del Mundo. Por eso es suya la iniciativa de la Liga de Naciones Americanas; y fué su país el primero en ratificar las convenciones celebradas en la Conferencia de Buenos Aires. Por eso dió el ejemplo de liquidar, como en mesa de hermanos, el enojoso litigio fronterizo con Haití. Y por eso lanza ahora su corazón al Sur, en este Vuelo de Confraternidad, como expresión de su conciencia americanista. Siento como Ministro y como hispanoamericano, orgullo en declarar que ninguna nación está más alta que el Brasil, para es-

cuchar las voces de las alas de las Antillas. La influencia del Brasil, en la solidaridad americana, es pura y diáfana. El Brasil no es sólo la patria del paisaje y de la belleza, es también la patria de la democracia. La Historia del Brasil es un ejemplo de alta moral republicana. Da gusto a mi espíritu reconocer que el Brasil es cuna de gentileza, en América. Todo impulso de nobleza encuentra en su seno calor de lumbre de hogar. El gran Presidente Vargas es un ejemplo de las insignes virtudes de su patria. Abrigo la certeza de que las alas antillanas que llegarán a Río de Janeiro el 22 de Octubre, serán rodeadas por las simpatías populares de esta gran nación del Continente Americano. Restame destacar el valioso concurso del Coronel Batista, Jefe del Ejército de Cuba. El ha prestado su más decidida ayuda y simpatía a este Vuelo de Buena Voluntad. El Coronel Batista encarna en Cuba la Paz Constructiva, que abre surcos a los ideales de una era de cultura popular. La unión y la Cordialidad inter-americana, están bien respaldadas por el Generalísimo Presidente Trujillo, por el Presidente Laredo Bru, y por el Coronel Batista.

Desde el Brasil elevo mis votos por el triunfo de las alas cubanas y dominicanas, alas de amor, que en breve vendrán rompiendo auroras por los cielos del Sur, para decir cómo late el corazón de las Antillas, detrás de la idea de erigir en fecha próxima el Faro Monumental a la memoria de Colón, en la tierra que guarda sus restos y bajo el cielo que cubre su gloria!

Rica luz continental que ha de permanecer unida a la que proyectará sobre los mares el Faro a Colón, que la América erigirá para honra suya, en la tierra que es por designio del cielo, vínculo del Descubrimiento, en el nudo de los siglos de la Historia Americana!

INDICE

PRIMERA PARTE

(Tarea literaria)

Vida y muerte de Fabio Fiallo.. 7
Los Diamantes Cantores.. 35
Muerte de Fabio Fiallo.. 39
Mujeres de Rubén Darío.. 43
La Tónica de los Apóstoles.. 53
El Poeta de la Pampa.. 59
El Milagro del Brasil.. 67
La Vigilia de los Astros.. 71
Junto al Poeta.. 77
Pétalos de Oro.. 87
Rubén Darío en el Salvador.. 93
Reclinatorio (Isabel Alvarez).. 101
Lágrima Infinita.. 107
El Faro de la Democracia.. 117
La China Lejana y Sonora.. 127
El Canto Mutilado.. 133
Gloria Argentina.. 139

BNPHU

SEGUNDA PARTE

(Tarea Patricia)

Verdades de América.. 149
Epinicio de Civismo.. 159
Un Santo Domingo Nuevo.. 163
Laureles Patrios.. 169
Gracias del Jefe.. .. ..a 175
Santo Domingo y su Jefe.. 179
Palabra a los Periodistas.. 187
Urnas de Mayo.. 191
Tarde de Banderas.. 195
Política y Cultura Dominicanas. 197
Palabras Anunciadoras.. 217

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Rosales en Flor. — Poesías. — Santo Domingo, 1901.
Arcos Votivos. — Poesías. Habana, 1907.
Parnaso Dominicano. — Barcelona, 1912.
Parnaso Antillano. — Barcelona, 1913.
Campanas de la Tarde. — Poesías. — Habana, 1922.
Movimiento Intelectual Dominicano. — Washington, 1922.
Huerto de Inquietud. — Poesías. — París, 1926.
La Apoteosis de las Lágrimas. — Discurso. — Habana, 1926.
Cabezas de América. — Habana, 1932.
La Cruz Transparente. — Buenos Aires, 1939.
Vidas de Iluminación. — Conferencia. — (*Influencia de Martí en Rubén Darío*). — Habana, 1932.

EN PREPARACION:

Vida de Rubén Darío
Remos de Sombra. — Poesías.